

"SEGUIRÉ CAMINANDO POR EL DESIERTO"

Ejercicios Espirituales del P. José Antonio Plancarte y Labastida

Por Mons. Juan Esquerda Bifet

INDICE

Introducción: Del desierto a la misión**1. Un camino de desierto hacia la misión**

A) La luz de una llamada vocacional (1856-1862)

B) La entrega evangélica para siempre (1862-1865)

2. Un camino de desierto en la misión de párroco y fundador**3. Un camino de desierto como misionero apostólico y Abad de Guadalupe****4. Las características de un camino misionero por el desierto: la dinámica santificadora y apostólica de los Ejercicios**

A) A partir de un amor apasionado por Cristo

B) El realismo de conocerse con franqueza

C) Confianza inquebrantable en el amor y misericordia de Dios

D) Seguimiento evangélico radical

E) Santificarse en relación con la actividad apostólica

F) Una vida teologal que unifica el corazón

G) Compartir la suerte de Cristo crucificado y resucitado

H) Un plan de vida realista, comprometido y perseverante

I) Con María y como Ella

J) Entrega apasionada para anunciar a Cristo sin fronteras

A modo de conclusión: El camino del "desierto" ha florecido en frutos espirituales y apostólicos

Apéndice: Cronología de los Ejercicios Espirituales del P. José Antonio Plancarte y Labastida

Introducción: Del desierto a la misión

No es frecuente poder disponer de los apuntes privados de Ejercicios Espirituales de una figura histórica de gran relieve misionero. Este es el caso excepcional del P. José Antonio Plancarte y Labastida, estudiante en Inglaterra y Roma, párroco, misionero apostólico y Abad de Guadalupe. Su vida discurre entre 1840 y 1898.

Son 27 Ejercicios Espirituales de los que queda constancia, celebrados entre 1857 (durante los estudios en Inglaterra) y 1897 (año anterior a su muerte). De todos ellos se conserva alguna referencia, especialmente en su Diario espiritual, pero de ocho Ejercicios nos han llegado los apuntes casi siempre completos y recogidos en forma de cuadernos manuales muy manejables.

Es interesante descubrir en estos textos el itinerario espiritual de un apóstol enamorado de Cristo, de María y de la Iglesia, que gasta su vida por la salvación de las almas, es decir, por la evangelización.

Se descubre, en el trasfondo, una dinámica que consiste en adentrarse frecuentemente en el "desierto" de la oración, al estilo de Jesús, para después darse plenamente al apostolado, sin dicotomías y sin perder la "unidad de vida" (PO 14). Parece actualizar los pasos de Jesús:

Desierto: "Jesús, lleno de Espíritu Santo, se volvió del Jordán, y era conducido por el Espíritu en el desierto" (Lc 4,1).

Misión: "El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva" (Lc 4,18).

La actitud que el P. José Antonio va asumiendo en los Ejercicios de cada año, se repite y afianza en retiros espirituales mensuales, visitas a santuarios, exámenes de final de año. El Diario espiritual completa y ambienta los contenidos del texto y los propósitos de Ejercicios.

El texto de los Ejercicios de 1963, ya seminarista en Roma, es un punto obligado de referencia. Junto con el texto de los años 1864-1865, es un programa de vida sacerdotal que se irá reafirmando y perfeccionando en todos los Ejercicios sucesivos. Ese texto de 1863 resume también las líneas ignacianas presentadas por eminentes jesuitas. Naturalmente, habrá que distinguir la terminología y las insistencias de la época, diferentes de la nuestra, pero sin perder de vista los contenidos fundamentales comunes y permanentes.

Las actitudes que se reflejan en todos los Ejercicios oscilan, en una tensión de equilibrio, entre la entrega a la oración y meditación de la Palabra (que en la presente publicación llamamos "*desierto*") y la entrega total al *seguimiento evangélico de Cristo* en vistas a la *misión*. Es decir, es una dinámica de pasar del "desierto" a la misión evangelizadora.

Son, pues, Ejercicios que reflejan un alma contemplativa y misionera. De hecho describen un *camino misionero del desierto a la misión*. La noche del 29 de abril de 1883, arrodillado sobre la piedra del Calvario, dejó escritas en su Diario estas palabras: "**Seguiré caminando por el desierto... Valor y confianza**". Estas palabras son el punto de llegada de una etapa y el punto de partida de otra etapa nueva, las dos marcadas por la cruz. Ante estas notas personales de Ejercicios, vienen a la mente las palabras de Isaías: "El desierto y el yermo se regocijarán, florecerá el páramo y la estepa" (Is 35,1).

Aunque intentamos entrar en los detalles que nos han quedado de los 27 Ejercicios de toda esa vida sacerdotal, hacemos hincapié en los contenidos

de los textos (casi siempre completos) de ocho de esos mismos Ejercicios. Resumiremos los contenidos, matizándolos con notas biográficas que hagan resaltar la interioridad del P. José Antonio, en relación con los mismos Ejercicios y con la acción apostólica desarrollada por él en su contexto histórico.

Distribuimos este estudio en cuatro capítulos. En el primero, recogemos los datos de Ejercicios entre 1857 y 1865, como camino preparatorio para la ordenación sacerdotal (año 1865) y para la acción apostólica posterior. En el segundo (desde 1866 hasta 1882) se hace resaltar su vida interior durante sus años de párroco en Jacona y de fundador incipiente. En el tercero (desde 1882 hasta 1898), se destacan sus actitudes interiores en relación con los nuevos cargos ministeriales ejercidos en y desde la capital de México. Un cuarto capítulo intenta hacer una síntesis valorativa global, indicando las notas características de este itinerario, que pasa por el "desierto" para aquilatar más la acción misionera.

Si el lector pudiera disponer, al mismo tiempo, de un resumen biográfico, así como de los textos de los Ejercicios, se daría cuenta de que tiene en las manos una figura espiritual y misionera de primer orden. Efectivamente, se trata de una figura extraordinaria que nos ayudará a cruzar fiel y generosamente los umbrales del tercer milenio del cristianismo.

Mis notas de estudio quieren ser sólo una invitación a adentrarse en este campo, donde todo lector, con el ejemplo y la intercesión del P. José Antonio, quedaría más enamorado de Cristo, de María, de la Iglesia y de la misión evangelizadora. Con esas notas, he intentado delinear y resumir la *herencia misionera de un maestro espiritual*.

Nota bibliográfica:

Además de los Escritos espirituales del P. José Antonio Plancarte y Labastida (Diario, Epistolario, Conferencias, Ejercicios, etc.), pueden consultarse las biografías y semblanzas, especialmente: J. ESQUERDA BIFET, Seguirán tus huellas. La figura sacerdotal de José Antonio Plancarte y Labastida (1840-1898), México 1993; A. TAPIA MENDEZ, José Antonio Plancarte y Labastida, Profeta y Mártir, México, Edit. Jus 1973; J.G. TREVIÑO, Antonio Plancarte y Labastida, Abad de Guadalupe, México 1948; F. PLANCARTE Y NAVARRETE, Antonio Plancarte y Labastida, México 1914.

1. UN CAMINO DE DESIERTO HACIA LA MISIÓN

El año 1856 hizo cambiar de rumbo la vida de José Antonio, para participar de algún modo, junto con su hermano Luís, en el destierro de su tío D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, obispo de Puebla.

Hasta entonces, la vida de José Antonio había discurrido relativamente tranquila y normal. Nacido en México (1840), pasó su primera infancia con su familia residente en Zamora (1840-1847), hizo sus primeros estudios en Guadalajara, Morelia (1847-1855) y Puebla (1856).

Fue educado principalmente por su cristiana madre, D^a Gertrudis de Labastida y Dávalos, hermana de Don Pelagio. Su padre, Don Francisco Plancarte y Arceo, murió en 1854. De este período de su infancia, José Antonio deja algunas notas en su Diario sobre las comuniones, amistades y estudios. En esas notas autobiográficas muestra cualidades de buena relación con los demás, dedicación al estudio (salvo el año transcurrido en Puebla), afición al deporte y sanas diversiones. Pero deja también constancia de su acción de gracias después de las comuniones eucarísticas. Su recuerdo principal es sobre el Colegio de Morelia, al que describe con frases admirativas en sus notas del año 1852: "La religiosidad es muy grande, y hay muchos actos devotos en el año... Este Colegio tiene una Biblioteca muy buena y muy bonita... es uno de los Colegios mejores de México... han salido de allí hombres tan sabios y útiles a nuestro País y a nuestra Iglesia pues es el Colegio que ha tenido y ha producido los mejores Teólogos que hay en México".

Con su hermano Luís, acompaña a su tío D. Pelagio hacia el destierro, primero en dirección a La Habana y luego hacia Europa (1856). Los dos hermanos ingresaron en el Colegio de Santa María de Oscott, cerca de Birmingham, en agosto de 1856, para iniciar estudios de comercio. Era un Colegio para aristócratas ingleses. Pudieron entrar en él gracias a los buenos oficios de su tío con el Cardenal Nicolás Wiseman. Allí se formó José Antonio en virtudes humanas y cristianas, y trabó buena amistad con Ignacio Montes de Oca y Obregón, que sería posteriormente obispo de Tamaulipas, Monterrey y San Luís Potosí.

Los años en Oscott transcurrieron serenamente, con estudios realizados con normalidad, deportes y excursiones, actos piadosos y Ejercicios Espirituales anuales. Todo queda reflejado con transparencia y amenidad en su Diario.

La estancia en Oscott duró desde el 25 de agosto de 1856 hasta el 19 de mayo de 1862, cuando saldría para Roma con la decisión inicial de ser sacerdote. Los Ejercicios Espirituales, en Oscott y en Roma, reflejan una rica interioridad imantada por el amor a Dios y el deseo de salvar almas. Hay abundantes detalles en los que manifiesta sus sentimientos sobre la presencia de la Santísima Virgen en su vida cotidiana.

A) La luz de una llamada vocacional. Ejercicios Espirituales entre 1856 y 1862

En Oscott, pasó José Antonio los mejores años de su juventud, desde los 16 a los 22 años. En su diario deja entrever una vida cristalina, con virtudes y defectos, luchas y esperanzas. Su buen amigo Montes de Oca era también su confidente y tutor. Durante cada uno de esos años practicó los Ejercicios Espirituales, dejando traslucir las luces recibidas, la frecuencia de sacramentos (confesión y comunión), la asistencia a las funciones litúrgicas del Colegio, las funciones de Semana Santa, etc. En los

altares de la Virgen María no faltaban nunca las flores ofrecidas por él, especialmente durante el mes de mayo.

El inicio (año 1856) fue un tanto difícil por la nostalgia de la patria y de la familia, pero con una perspectiva de fe. Escribe en el Diario: "Los primeros días fueron para mí muy amargos y dolorosos, y sólo encontraba consuelo en las horas de capilla y cuando levantaba el alma a Dios para pedirle descanso para mi difunto padre y hermano y salud para mi ausente madre y familia". Por esto, en vacaciones de Navidad anota que apenas salía de su cuarto, si no era para ir al refectorio y a la capilla. Pero él mismo se admira de su rezo cotidiano del rosario: "Aquel Antonio que con mil trabajos lo hacía su madre decir el rosario, ahora... se arrodilla diariamente y dice el rosario".

Los documentos del Colegio dejan constancia de su aplicación a los estudios, actitud dócil y conducta buena. Aunque no obtuvo grado académico en la carrera de comercio e ingeniería, estudió satisfactoriamente inglés, francés y latín, frecuentando el curso breve de tres años llamado complementario.

Probablemente fue el acontecimiento doloroso de la muerte de su querida madre (28 de octubre de 1859), la ocasión principal para pensar en lo pasajero de la vida terrena y la posibilidad de vocación sacerdotal. El Diario del año 1860 deja entrever algunas señales iniciales de vocación, sobre todo con sus propósitos de una vida más renovada. Las cartas frecuentes a su tío Don Pelagio y a su hermano mayor José María, durante esos años, indican una decisión que se iría afianzando. Don Pelagio le animó e incluso escribió a José María diciendo: "nada es capaz de separarlo de su vocación".

Parece extraño, pero sus dudas se irán disipando al tener que responder a las dificultades provenientes de su hermano mayor, de quien (después de su muerte acontecida en 1874) dirá con gran respeto y afecto: "fue el crisol de mi vocación".

De hecho, empezó a vestir la sotana el 18 de agosto de 1861. Durante los Ejercicios Espirituales anuales abría su corazón a los directores, confesándose con ellos y consultando su posible llamada al sacerdocio.

Su amigo Ignacio Montes de Oca, ya ausente de Oscott, en carta del 30 de diciembre del año 1861 también le había ayudado a disipar sus dudas. José Antonio le había expuesto los posibles obstáculos para su vocación: su afabilidad y sus cualidades administrativas. Pero su buen amigo le indicó que esas cualidades podrían ser un buen medio de apostolado: "Está Vd. llamado a conquistar almas... Vd. tiene, a mi ver, todas las señales de vocación sacerdotal".

En este contexto y arco de años (1856-1862), José Antonio hizo seis veces Ejercicios Espirituales. A partir de los detalles que nos han quedado, principalmente en su Diario, podemos descubrir un itinerario espiritual interior, que es el único que puede explicar las actitudes respecto a los acontecimientos exteriores. Traspasenta siempre un gran sentido de Dios, aprendido ya anteriormente en su familia, corroborado por medio de las cartas de su madre (que murió en 1859) y favorecido por el ambiente disciplinado y piadoso del Colegio.

Ejercicios de 1857

Tiene 16 años. Es el segundo año de estancia en Oscott. En el Diario va anotando detalles de la vida académica. En las cartas precisa mucho más, incluso en cuanto a los deportes y convivencia. Pero habían surgido algunas

dificultades por no comprender bien el idioma o por escasez de medios económicos, hasta el punto de pensar en dejar los estudios. Por esto, en ese año de 1857 anota en su Diario que uno de sus "grandes consuelos" era el de poder entender y hablar el idioma inglés. Así pudo participar con provecho en "los Ejercicios Espirituales, las funciones de Semana Santa, el Mes de María". Se goza en poder adornar el altar y la imagen de la Virgen. Su madre escribe por estas fechas, al leer las cartas de sus hijos: "Por sus cartitas veo lo muy contentos que están".

Los Ejercicios tuvieron lugar en el mes de abril. De ellos tenemos también referencias por carta de D. Pelagio: "Ahora he recibido la del 12 del corriente en que me dicen lo que practicaron en los días de Retiro... Me parece muy bien lo que Antonio leyó en las horas de recreación durante los Ejercicios, y no dudo que se aprovechará del cúmulo de Indulgencias". En el diario anota que, gracias a los Ejercicios, a la Semana Santa y al mes de María, se decidió a no volver a México hasta que no concluyera los estudios.

En su correspondencia, José Antonio anota que los Ejercicios comenzaron la víspera del viernes de dolores (26 de abril) para concluir el Miércoles Santo. Los dirigió "un padre jesuita de Londres". No deja de anotar: "lo pasamos perfectamente". El fruto de los Ejercicios se notó en la celebración de los días santos: "La Semana Santa la pasé muy bien y mucho mejor de lo que yo esperaba... porque aún se conservaba el recogimiento de los Ejercicios y así pude considerar mejor todo lo que se representa en esa semana, y pasarla como se debe. ¡Qué diferencia tan grande, de mi Semana Santa en el año pasado, a la de éste".

Ejercicios de 1858

Tiene 17 años. Durante este año, la imaginación de José Antonio bulle con grandes proyectos para el futuro. En su correspondencia con su hermano mayor, sueña con empresas comerciales de largo alcance internacional. Su tío Don Pelagio emprende el regreso a México dejando a sus dos sobrinos con sentimientos de soledad. La madre escribe a sus dos hijos calificándolos "de poca edad, pero de buen juicio y parece que la Providencia les está proporcionando todos los elementos con que puedan ser felices en esta vida y en la otra". Al mismo tiempo les alienta a aprovechar la "educación moral religiosa que están recibiendo". Los estudios iban mejorando.

Los Ejercicios habían tenido lugar del 19 al 31 de marzo, dirigidos por el jesuita P. Eyre. En ellos anota el horario-reglamento. Escribe en su Diario la hora de comienzo (las 6 de la tarde), así como las normas de recogimiento: "Durante los Ejercicios no se permite hablar, ni ir a los cuartos, todo el día se pasa en la Capilla, Librería o Estudio, y en la hora de recreación va uno al lugar que le asignan".

Como en los Ejercicios anteriores, las cartas las escribe antes en comenzarlos y no escribe ninguna hasta terminarlos. Deja constancia del día de su confesión general, después de un examen personal detallado: "Este día (lunes, 29 de marzo) acabé de hacer mi examen de conciencia... hice mi confesión general de tres años en menos de un cuarto de hora, siendo que yo creía que a lo menos tardaría una hora... Muy contento quedé de haber hecho mi confesión con el P. Eyre, pues me agradó mucho y creo que nunca me había confesado con un Padre tan bueno como él".

Al final, describirá el talante del predicador: "Concluyeron los Ejercicios, los cuales este año me agradaron más que nunca. Los sermones del P. Eyre fueron magníficos y nos hacían reír mucho con los ejemplos que nos contaba; todo lo explicó muy bien y con mucha claridad". En la correspondencia (final de Ejercicios) añade: "Nos predicó unos sermones muy buenos y con tanta familiaridad que parecían conversaciones, y no Sermones,

y nos explicó todo tan bien, que hasta el hombre más idiota hubiera sido capaz de comprender y quedar convencido de todo lo que él dijo. Yo hice mi confesión general con él, y creo que tan bueno es para confesor como para predicador. El estudió en este Colegio. Hoy he ganado el Jubileo".

Al final de Ejercicios tenía lugar la comunión general, también para ganar el Jubileo, con sermón de perseverancia por parte del director. El plan de vida y la confesión general serán siempre dos notas características de sus Ejercicios posteriores. Las cartas llegadas durante los Ejercicios se repartían al final de los mismos.

Los días de Semana Santa quedaron marcados por el fervor de Ejercicios. El Jueves Santo, anota detalles como el de ir a la procesión "vestido de Padre y sobrepelliz", y que pasó "casi toda la tarde y en la noche de 8,15 a 11,00 en el Monumento acompañando el Santísimo". De aquel Viernes Santo recuerda que pasó orando personalmente en la capilla desde las 7,15 hasta las 8,15 de la mañana, "y después de almorzar me fui al Monumento y estuve allí hasta las diez menos cuarto". Aquel día todavía escribe una nota de humor, tan característico en él: "A las diez empezaron los Oficios, y cuando estábamos en ellos ya no aguantaba la risa, porque al sentarme me había puesto el bonete de mi compañero, y yo me había sentado en el mío, y el otro buscaba su bonete con gran empeño y no lo hallaba".

Las vacaciones del verano de ese año tuvieron un tinte muy equilibrado y piadoso. En el Diario anota detalles interesantes: asistencia a la Misa diaria, ratos largos de lectura, paseo por las plantaciones (donde aprovechaba para fumar), rezo diario del rosario en su cuarto con su hermano y otros amigos, visita a la capilla antes de acostarse, descanso suficiente, etc.

Ejercicios de 1859

Tiene 18 años. Siguen las dudas sobre continuar los estudios en Inglaterra, debido a dificultades económicas por parte del hermano mayor José María. En su Diario, José Antonio es transparente contando sus defectos (ira ante abusos de sus compañeros) y, al mismo tiempo, deja entender una fuerte tendencia a la piedad popular y litúrgica: devoción eucarística, rezo del santo rosario, adoración ante el Santísimo, colaboración para solemnizar el mes de mayo... Dice de él mismo que "sufrió un cambio muy notable", porque comenzó a conocer el mundo y sus engaños".

En estas fechas ya se siente más seguro en sus criterios: "más firme en mis ideas". Por esto llega a afirmar: "En el año de 1859 lo pasé mejor que los anteriores... Los Ejercicios y la Semana Santa excitaron en mi corazón mayor duración y firmes propósitos de vivir una vida muy arreglada para morir bien". En el Colegio tuvo lugar la celebración de un Sínodo, durante el cual prestó buenos servicios y pudo conversar con el Cardenal Nicolás Wiseman, gran amigo de su tío D. Pelagio. El 28 de octubre de este año muere su madre en Zamora, dejando a José Antonio muy impresionado sobre la contingencia de las cosas pasajeras y la importancia de la vida futura. A raíz de este acontecimiento doloroso, se manifestó todavía más su piedad eucarística y mariana.

Los Ejercicios tuvieron lugar del 14 al 20 de marzo, también en la Semana Santa. Durante los Ejercicios, dirigidos por un padre jesuita, consulta sobre el porvenir. En el Diario, José Antonio nos deja también una buena pincelada sobre el director, sin indicar su nombre: "Nos los dio un Padre Jesuita, y nos echó unos sermones de lo que se llama bueno y por los cuales se convence uno de su flaqueza y miseria... nos hizo reír mucho con sus sermones". No deja de apuntar que hizo con él la confesión general, precisando que era "el lunes después de cenar".

De estos Ejercicios se conservan también algunos detalles en su correspondencia con su hermano mayor, donde afirma: "En esos días en que el alma goza de tranquilidad celestial estuve pensando en mi porvenir, y me propuse resolverme a seguir alguna carrera". También le narra a su hermano la consulta que tuvo con el confesor sobre afrontar la carrera de ingeniero civil; el padre jesuita, a quien José Antonio califica de "muy sabio", le dijo que podía seguir esa carrera si veía que en ella podía salvar su alma y si disponía de abundante dinero para costearla; pero prefirió que José Antonio consultara sobre esta materia con sus Maestros. Los detalles de esos Ejercicios fueron también conocidos por su tío D. Pelagio, quien alabó la actitud de consultar sobre la carrera que debía seguir.

En el Diario hay unas notas sobre el fin de año de 1859 (31 de diciembre): "Este día arreglé mis cartas y rompí cuanto papel inútil había en mi cuarto. En la noche me fui a confesión. Este año la suma de todas las cartas que recibí son 9".

Ejercicios de 1860

Tiene 19 años. Era el quinto año de sus estudios en ese Colegio para aristócratas católicos ingleses. Es en este año comienzan sus intuiciones sobre la posibles vocación sacerdotal. De hecho, en noviembre de 1860 escribe a su tío D. Pelagio que hizo un buen examen sobre ello y que "este examen dio por resultado que la vida eclesiástica era la más segura para mí".

Las dificultades no faltaron. La principal provenía de su hermano mayor José María, quien se opuso desde el principio, creyendo que se trataba de una imaginación y queriéndole ayudar sinceramente. Al mismo tiempo, no era fácil cambiar de rumbo en los estudios. Pero pidió ser admitido como seminarista. Los superiores le infundieron confianza para emprender su nuevo camino. Se decidió, pues, a estudiar latín, filosofía y nociones iniciales de teología. Así pasó los dos años que todavía estaría en Oscott.

En ese mismo año de 1860, el Diario de José Antonio deja constancia de la confianza que ponían en él sus superiores, especialmente el Presidente del Colegio, Don. G. Morgan. También desempeñó el cargo de "Public Man", que le granjeó muchas simpatías de sus compañeros. Su devoción mariana llega a tonos líricos y crematísticos con compromisos concretos: "Me entró un gran entusiasmo por adornar bien a la Virgen, y el mes de María lo hice como nunca lo había hecho en Oscott, tal fue el empeño que tomé en juntar dinero y comprar flores".

Durante los Ejercicios consulta sobre su vocación sacerdotal y prácticamente opta por la carrera eclesiástica. En el Diario anota el trasfondo de su decisión, que tenía sus raíces en las meditaciones de los Ejercicios anuales: "El continuo pensar en que todo lo de este mundo se acaba, menos el alma, me hizo mucha impresión". La comparación entre estados de vida, le hizo aprender un camino de discernimiento hasta llegar a la conclusión: "La vida eclesiástica era la más segura para mí". Las reflexiones se hicieron cada vez más contundentes, aunque sin alejar totalmente las nubes de la duda: "Mis ideas siguieron todo el año firmes, aunque con algunos ratos de vacilación".

El 11 de marzo de este mismo año había escrito a su tío comunicándole sus ideas. D. Pelagio le dio unos buenos consejos, pero le dijo que "consultara con Dios". Las consultas con el Director de Ejercicios dieron como resultado la decisión de afrontar las dificultades y resolverlas, para hacer una buena elección de estado.

Ejercicios de 1861

Tenía 20 años. Aumenta su "amor por las cosas de la Iglesia", según escribe en su Diario, al tener que desempeñar el cargo de sacristán, hasta el punto de que las funciones resultaban muy bien organizadas, con el agrado y afecto de sus superiores. Precisamente este contacto diario con las cosas santas y la práctica de los Ejercicios fueron el sostén de sus convicciones.

Ya desde enero, encontramos cartas dirigidas a D. Pelagio, en las que afirma que no ha cambiado de pensamiento respecto a su vocación. En momentos de tentación se consuela "en pensar en la gracia que el Sacramento del Orden da al hombre y en las gracias que da Dios al que las pide... Entre yo y mi confesor hemos arreglado el que empiece filosofía el 12 de enero... ¡Dios y María Santísima me den gracias para empezar y acabar!". En este carteo relativamente frecuente, va exponiendo que sus ideas están cada vez más firmes y que espera la Cuaresma y los Ejercicios "para conocer el estado en que le he de servir mejor".

Decide comulgar con más frecuencia como algo excepcional en aquella época (viernes y domingo) y hace esta oración: "Dios mío, llamadme al estado en que queréis que os sirva". Con estas disposiciones se decide a entrar en Ejercicios, dispuesto a seguir las orientaciones que el director le dé en su camino vocacional: "Con el auxilio de Dios y la obediencia al que da los Ejercicios, decidiré positivamente al final de la Semana Santa".

Al hacer referencia al fruto de estos Ejercicios del año (que solían ser siempre en torno a la Semana Santa), escribe que sus ideas sobre la vocación sacerdotal se han reafirmado, y que ha dominado sus pasiones. Los obstáculos se han ido superando para dejar libre el camino hacia el sacerdocio.

Se decide, pues, a repasar el latín y estudiar filosofía y algunos elementos de teología. El mes de mayo, según sus palabras, "lo hice mejor que el anterior y tanto se contentaron con el altar que puse, que hasta lo retrataron". El día 18 de agosto vistió la sotana.

Sus tiempos de recreo los emplea en trabajar en el jardín. Las vacaciones navideñas le sirvieron para preparar el nacimiento, que, según sus palabras, "quedó precioso". También en esas fiestas entrañables, demostró sus cualidades literarias y teatrales, al preparar la escenificación de un fragmento del Quijote, que, según él, "agradó más que la comedia inglesa; fue la primera vez que se representó en español".

No todo fue a pedir de boca. En el mes de mayo había comunicado a su hermano José María la decisión de estudiar para ser sacerdote. Como en ocasiones anteriores, su hermano "no aprobó la decisión". La voluntad de José Antonio se haría más firme y madura, pero ello también tendría muy pronto repercusiones en su salud.

Ejercicios de 1862

Tenía 21 años. En este año de 1862 las dificultades fueron aumentando hasta producir "algunos ratos de amargura", como dice José Antonio en el Diario. Se trataba de la oposición de José María a su camino vocacional, de los mismos estudios eclesiásticos que se le hacían cuesta arriba, de las noticias llegadas de su querido México y de lo mal que iban los negocios de la familia en su patria. Todo ello llegó, según afirma él mismo, a "enfriar mi vocación". A esto se añadieron los dolores de estómago, que le dejaban sensación de tristeza. Todo le serviría para madurar su personalidad.

El epistolario con su hermano mayor refleja ideas semejantes, pero profundizando él mismo sobre el sacerdocio: "El sacerdote se desposa con la Iglesia... ¡Qué felicidad tan grande es ser Ministro de Jesucristo y ofrecer su cuerpo y preciosa sangre!... En cualquier estado hay felicidad si se tiene vocación para él y Dios da su gracia".

Su carteo con D. Pelagio va reflejando la evolución de su camino vocacional. Expone clara y confiadamente sus dificultades, especialmente las dudas sobre la perseverancia, pero llega a esta conclusión: "Yo en Dios y María Santísima pongo mi confianza y en este mundo en Vd., mi confesor y José María, y así espero no errar mi elección".

No obstante, las dudas y vacilaciones iban surgiendo en su interior, influyendo negativamente en su salud física. Necesitaría, pues, hacer unos Ejercicios a fondo y consultar de nuevo con toda claridad.

Los Ejercicios de 1862, siempre en torno a la Semana Santa, fueron decisivos. José Antonio los había anhelado como nunca. Consultó ampliamente su situación interna. El P. Aylward, que en un primer momento le indicó el camino del matrimonio, después de oír su confesión le aseguró que tenía vocación sacerdotal.

La alegría de José Antonio se manifiesta también al escribir en su Diario que había "conquistado" el dominio de su pasión dominante. La conclusión a la que llega es la siguiente: "El Director y Confesor Mr. Grosvenor siempre me dijo que tenía vocación y convino conmigo en que dejara a Oscott y me viniera a Roma para ver si con el cambio me decidía".

Es, pues, en este año de 1862, el día 19 de mayo, cuando José Antonio deja Oscott, donde había pasado casi 6 años, para dirigirse a Roma. El mismo nos deja constancia de uno de los detalles que más recordará de esos años pasados en el Colegio: "Muchas horas pasé recogiendo flores en tus hermosos jardines para ponerlas sobre el altar de María".

La ida a Roma fue a través de Londres, París (donde se encontró con su tío D. Pelagio), Marsella y Civitavecchia. El Diario recoge muchos detalles de paisajes y ciudades, mostrándose un buen observador. No dejará de anotar que, además de los Ejercicios, fueron los mismos viajes los que le hicieron descubrir la caducidad de las cosas pasajeras. Su tío D. Pelagio había reflejado esas actitudes en carta a José María: "Ni le gustan ni toma interés por otras cosas que por las que tienen algo de eclesiástico y divino".

El día 1 de junio ya tuvo la oportunidad de asistir, junto con su tío y otros obispos mexicanos, a una audiencia del Papa Pío IX. La bendición y la plegaria que le aconsejó el Santo Padre, quien se había interesado sobre su vocación, quedaron grabadas en su memoria y en su Diario: "Señor, enséñame a hacer tu voluntad, porque Tú eres mi Dios".

Gracias a los buenos oficios de su tío y a la recomendación del Cardenal Wiseman (presente en Roma por aquellos días), fue admitido en la Pontificia Academia Eclesiástica de Roma. Allí había sido también admitido Ignacio Montes de Oca, que era ya subdiácono.

En su corazón quedaron impresas todas las circunstancias de la canonización de veinticinco mártires en Nagasaki, Japón, en cuya lista se encontraba el protomártir mexicano San Felipe de Jesús. Era el 8 de junio de 1862, fiesta de Pentecostés. La figura del Papa Pío IX le impresionó enormemente. Todavía tuvo ocasión de saludarle en otra audiencia del día 19 de junio. Posteriormente, en agosto, viajó a Oscott para despedirse del Colegio, saludando y agradeciendo a sus superiores.

Con su tío D. Pelagio y su hermano Luis, viajó al Oriente y Tierra Santa (del 28 de septiembre al 26 de noviembre) antes de iniciar el año académico en Roma. Todos los detalles de la peregrinación se quedaron como huellas imborrables en su memoria y en su corazón. Todo le hablaba del Señor: Nazaret, Belén, Jerusalén... Es allí "donde Jesús, José y María vivieron... cada piedra es un testigo de nuestra redención". El camino del Calvario parece decirle continuamente: "aquí". En el lugar de la crucifixión experimenta su propia "debilidad y miseria". El Cenáculo le habla de la Eucaristía y de la misión, porque "de allí salieron los Apóstoles a predicar el Evangelio a todo el mundo". Los Ejercicios que practicará y dará posteriormente aprovecharán estas gracias e impresiones.

Al final del Diario del año 1862 recoge tres eventos importantes de la vida de José Antonio. Oigamos sus mismas palabras: "El Señor se compadeció de mí y me condujo insensiblemente por sus secretos caminos al fin que yo deseaba, es decir, me hizo conocer claramente que su divina voluntad era que yo le sirviera en el estado del sacerdocio... Mi viaje a Roma, mi resolución de continuar ahí mis estudios y la visita a los Santos Lugares son los eventos que han sellado mi porvenir".

B) La entrega evangélica para siempre. Ejercicios entre 1863-1865

El 28 de noviembre de 1862 empezó sus estudios eclesiásticos en el Colegio Romano (universidad Gregoriana). El 1 de diciembre pudo asistir a su tercera audiencia pontificia con Pío IX, acompañado de Mons. Cardoni, Rector de la Academia. El Papa, sabedor de su vocación sacerdotal y de su regreso de Tierra Santa, le dijo: "Pues te has santificado, ahora a estudiar con empeño".

Su Diario, desde enero de 1863, va narrando las circunstancias de su trabajo académico y de su vida en la Academia Eclesiástica, visitas a las iglesias de Roma (especialmente al Gesù), viacrucis en el Coloseo, asistencia a sermones de misión popular con la metodología característica de diálogo con el pueblo, etc. Tiene detalles de profunda vida eucarística, como cuando escribe: "visitaba el Santísimo en la iglesia de las Sacramentarias". Cuenta también con todo detalle eventos cívicos y eclesiásticos de la Ciudad Eterna. No falta la narración curiosa de alguna refriega entre soldados suizos y franceses.

Los acontecimientos de su vida académica en Roma, desde noviembre de 1862 hasta su ordenación sacerdotal en junio de 1865, y su partida de Roma en octubre del mismo año, se pueden encontrar fácilmente en su Diario. Pero hay que notar que sus apuntes se centran principalmente en la preparación para el sacerdocio. Allí aparecen sus notas sobre los Ejercicios Espirituales practicados, sus consultas, su dedicación al estudio, las celebraciones litúrgicas, su vida de oración, sus visitas culturales. La ilusión de ser sacerdote le ayudó a superar todas las pruebas, especialmente sus dudas de si estaba preparado, y su enfermedad que le llevó a procurar curas primero en Genzano en la casa de vocaciones del Colegio Pío Latino (1863) y luego en las montañas de Silesia (1864). Los sufrimientos del tratamiento en Silesia fueron tales que, según escribe en su Diario, los pudo afrontar sólo por el deseo de ser sacerdote.

Los detalles más importantes son los que se refieren a su ordenación sacerdotal y a su primera Misa, así como a las Misas celebradas en Roma, especialmente junto a la tumba de San Pedro. Pero esta riqueza de contenidos espirituales, apostólicos y sacerdotales, están en relación con sus notas de Ejercicios Espirituales, que practicó cinco veces durante esos tres años.

Ejercicios de 1863

Tenía 22 años y tres meses. Son los primeros Ejercicios tenidos en Roma, del 20 al 28 de mayo de 1863, inmediatamente antes de la Semana Santa. Los hizo en San Eusebio, con el permiso del Rector de la Academia, y fueron impartidos por el jesuita P. Curci (autor de "La Civiltà Cattolica"). De ellos nos ha dejado una amplia redacción, en folleto aparte. La nota dominante es la del seguimiento evangélico radical y la disponibilidad de sufrir por Cristo hasta dar la vida por él.

Además del cuaderno aparte (de 16 hojas), nos ha dejado una pincelada en su Diario, especialmente sobre la fidelidad a su vocación. El discernimiento se hizo con buen método ignaciano, tomando nota de las luces recibidas. José Antonio tomó nota de todas las meditaciones e instrucciones; ese texto es el que forma el cuaderno aparte. En Diario anota: "Muy contento quedé con los Ejercicios... quedé más convencido de que mi vocación era de Dios". Sus dudas quedaron desvanecidas precisamente durante la meditación sobre la elección al apostolado, que es la del seguimiento evangélico radical. Allí tomó la resolución de vivir pobremente a imitación de Cristo.

Veamos ahora sintéticamente el contenido del cuaderno donde quedaron escritos, con su misma caligrafía, los datos más importantes de estos Ejercicios. Se constata una distribución del texto que indica una buena metodología: Objetivo de los Ejercicios, temario con sus puntos concretos y distribuido cronológicamente, propósitos de cada meditación, oración final muy amplia que recoge las luces y mociones principales. Es importante prestar atención a estos Ejercicios del año 1863 que, a mi entender, son los que *marcan la pauta para los sucesivos y para toda su vida apostólica*. No me refiero a los temas habituales de los Ejercicios ignacianos (distribuidos en cuatro semanas), sino al enfoque evangélico de los momentos principales, que marcó para siempre la vida de José Antonio.

Desde el principio, se traza un objetivo concreto: "Examinar mi vocación". Para poder ser fiel a la misma, habrá de encontrar un plan de vida: "Establecer cierto método de vida para no salir de él en adelante". Esta nota será característica en todos sus Ejercicios posteriores: establecer un plan y seguirlo con fidelidad.

El orden y los contenidos de las meditaciones quedaban en el marco clásico de los Ejercicios Ignacianos: Principio y fundamento (gloria de Dios, fin del hombre), el pecado y lo novísimos, Encarnación y vida de Cristo (destacando el llamamiento a los Apóstoles), pasión y glorificación del Señor. En las notas se refleja la terminología de la época. Todo se dirige a discernir la voluntad de Dios (según el propio estado de vida o vocación) y seguirla con generosidad, con propósitos prácticos que se examinarán periódicamente.

Lo más original de estos Ejercicios (como será también de los siguientes) son los propósitos personales (cargados de principios espirituales y de aplicaciones prácticas) que corresponden a cada meditación. En esos propósitos podemos encontrar la fisonomía espiritual y apostólica de José Antonio. En verdad se ve en ellos un tono contemplativo (de "*desierto*") que lo lleva al *seguimiento evangélico* de Cristo y a la *misión incondicional*.

Ya desde la primera meditación (sobre el fin del hombre), aparece una decisión clara:

"Propongo no ambicionar riqueza, honores y distinciones y tratar de conformarme en todo con la voluntad de Dios".

Después de resumir cada una de las meditaciones sobre el pecado y la misericordia de Dios, va anotando:

"No ofender más a Dios y procuraré satisfacer por los pecados cometidos".

Su decisión (que será luego constante durante toda su vida sacerdotal) de huir de todo pecado y de programar el examen particular, queda expresada así:

"Procuraré abstenerme del pecado más ligero... Al principio del día tendré cuidado de proponerme la enmienda de una falta y en la noche apuntaré las veces que en ella cayere... No desconsolarme cuando caiga".

La meditación de los novísimos le lleva a conclusiones muy prácticas, que serán también propósitos frecuentes en su vida posterior:

"Procuraré despreciar las cosas de este mundo... No haré nada para agradar a los hombres, sino por amor de Dios"

La Encarnación y la vida de Jesús, especialmente los detalles de humildad y pobreza en Belén y Nazaret, delinean su personalidad espiritual:

"Si Dios se humilló de tal manera, fuerza es que yo piense en humillar mi orgullo. Si la Virgen recibió aquel honor (de Madre de Dios) con tanta humildad y aún pavor, fuerza es que yo sea humilde y tema los honores, en lugar de ensoberbecerme y desearlos".

"Viviré pobremente y no me quejaré de mi suerte, sufriré con gusto lo que Dios me mande, haré por imitar a Jesucristo mi Salvador".

La meditación sobre la llamada a los Apóstoles y el seguimiento evangélico le hace entrar con gozo en la realidad de la vocación sacerdotal, puesto que los ministros "sólo son instrumentos". Entonces anota:

"Cuando me vengán a la cabeza las dificultades y privaciones, que hay en el estado del Sacerdocio, recordaré que el sacerdote es un instrumento que sólo tiene vida cuanto está en manos de Dios, y de por sí, nada puede".

La realidad de pertenecer a los "sucesores" de los Apóstoles, le hace descubrir y amar con gozo entusiasta el seguimiento evangélico y martirial inherente a la vida del sacerdote:

"Con la elección de los Apóstoles, desaparecieron las dificultades que mi vocación encontraba... Con las de la vida de Cristo, me vinieron grandes deseos de imitarlo en todo y un grandísimo deseo de despreciar las cosas de este mundo y negarme a mí mismo. La idea de vivir pobremente y hacer obras de caridad..., de entregarme enteramente a la voluntad de Cristo y poner los medios para hacerla, me hizo saltar de gusto todo el día y aún ver con gusto los pensamientos de encarcelamiento, martirio, etc."

Las meditaciones sobre la pasión han quedado ampliamente expuestas en el cuaderno. Los propósitos de entrega generosa, por los que ratifica las decisiones anteriores, indican una gran sintonía con los sentimientos de Cristo que sufre por amor:

"Debo seguir el ejemplo de Cristo, retirándome a un lugar solitario y meditando, cuando me sienta triste, desconsolado y falto de

espíritu... que sólo en la oración hallará alivio el espíritu tibio y afligido".

Junto al Calvario, con María, encuentra la fuerza para reafirmarse en el seguimiento evangélico radical al estilo de los Apóstoles. Los detalles parecen centrarse en la expresión "por mí":

"Para aliviar lo que Jesús y María sufrieron por mí en el Calvario, procuraré imitarlos y seguir su divino ejemplo. De hoy en adelante procuraré irme quitando el amor a las cosas de este mundo y cobraré amor a la pobreza".

Estos propósitos, nacidos de la meditación sobre los momentos más dolorosos del Señor, no se quedan en afirmaciones generales, sino que pasan a ser materia muy concreta. Esa será su costumbre realista en los Ejercicios posteriores:

"Procuraré no hablar bien de mí mismo y no alegrarme de que otro lo haga, para irme imponiendo a sufrir y aún amar el desprecio y humillación, que me pueden venir en esta vida. Cuando me vea enfermo, o sufro algún dolor, me acordaré del Calvario. Haré también alguna mortificación diariamente y especialmente los viernes, sábados y fiestas de Nuestro Señor y de la Virgen".

Las meditaciones de la resurrección y ascensión del Señor, al estilo de San Ignacio, dan el tono de esperanza serena y gozosa, sin olvidar el propósito de pobreza evangélica ya asumido anteriormente. Al resumir la glorificación de Jesús, dice:

"Lo mismo ha de suceder a nosotros... si lo imitamos en su pobreza, humildad, paciencia y demás virtudes en esta vida".

Al final del cuaderno en que se recogen estos Ejercicios, añade una oración larga y minuciosa, que resume las luces y mociones principales recibidas esos días. Es importante notar cómo estas líneas evangélicas, trazadas en forma de plegaria humilde y confiada, son como un retrato profético de las actitudes interiores de toda su vida. No nos resistimos a copiar algunas afirmaciones, invitando al lector a buscar el texto más completo en sus originales:

"Concédeme ¡oh divino y amadísimo Jesús! que yo sea fiel imitador tuyo en este mundo... Yo deseo y estoy resuelto a ser Ministro tuyo y de tu Iglesia, porque creo que es ésta tu voluntad... No permitáis ¡oh Divino Salvador mío! que yo deshonre tu Santo Ministerio, te lo suplico, te lo ruego, te lo pido por vuestras cinco llagas santísimas y por el amor de aquella Madre bendita que te acompañó en tu última agonía. Quiero más bien perder la vida, que acercarme a ofrecer tu preciosísima sangre con manos sacrílegas.

"¡Divino Maestro! Tú que desde el cielo estás viendo el interior de mi corazón, sabes muy bien que mi única ambición en el abrazar el sacerdocio, es el deseo de vivir santamente... Tú me diste esa mira y deseo... mi mayor complacencia ha sido el imaginarme entregado todo a tu servicio y a la salvación de las almas.

"Mis jardines, siempre han sido, el imaginarme en mi Patria, viviendo pobremente y empleando mi herencia en socorrer a los pobres, predicando, dando ejercicios, catequizando y gastando en fin los días y noches en tu santo servicio; mi mayor deseo ha sido siempre, el ser digno de tu altar y padre verdadero del Pueblo que pongas en mis manos; honores y riquezas no he deseado...

"Yo conozco mi incapacidad e imperfección... El sacerdote sin tu ayuda es un inanimado instrumento... Quiero continuar preparándome... y reconociendo el camino que me marcaste con tu sangre... Ayúdame a cumplir mis propósitos... Madre mía Santísima, en vuestras purísimas manos me pongo para que me hagáis fiel imitador de vuestra pureza y humildad. Amén."

Ejercicios de 1864

El año 1864 no fue muy tranquilo para José Antonio. La salud no iba bien. Todo ello influía en su estado de ánimo y en la resolución de ser sacerdote. Los estudios seguían su curso en el Colegio Romano, en clases especiales recibidas en la Academia y también aprovechando clases dadas por repetidor.

En estas circunstancias le surge una duda importante: ¿ser sacerdote religioso o diocesano? Estaba en juego de nuevo la mayor o menor seguridad de perseverar en el camino sacerdotal. Las dos modalidades de vivir el sacerdocio se le presentaban como un reto para su futuro. ¿Cuál sería la más segura para su salvación y, sobre todo, la que Dios le pedía?

Por esto, en marzo de este año pide permiso en la Academia para hacer los Ejercicios en San Eusebio, que era casa de los padres jesuitas donde era rector el P. Pellico. Los Ejercicios estaban bajo la dirección del P. Ciccollini. En la casa le recibieron con muchas atenciones personales, de que deja constancia agradecida en el Diario.

Es interesante notar cómo el comienzo de los Ejercicios consistió en un diálogo personal con el Director (al que José Antonio llama con cariño "Ángel de la Guarda"), en el que se analizó el objetivo principal de este retiro: "decidir mi vocación".

El trabajo inicial consistió en ir pensando sobre la vocación, anotando lo pro y lo contra según iban discurriendo las meditaciones. Casi todos los Ejercicios los hizo solo, especialmente por tener que afrontar su problema personal. Escribe: "yo seguí con mis meditaciones particulares".

Las conversaciones con el P. Ciccolini eran frecuentes: "dos o tres veces al día y me aclaraba todas mis dudas, me quitaba los temores y me hacía ver las cosas tan claramente que no podía menos que reírme de gusto y satisfacción".

De hecho, las meditaciones eran dirigidas por otro conferenciante (el P. Soprani). José Antonio asiste a ellas desde la exposición sobre el Reino de Cristo. A partir de esas meditaciones, se decide a examinar su vocación, pero ya no sobre si ser sacerdote o pasar a la vida laical, sino sobre ser sacerdote religioso o secular. Deja bien sentado de que ni el Director ni él tienen ya la menor duda sobre la vocación sacerdotal.

José Antonio dice que, al anotar las razones en favor de un estado o de otro, "el estado religioso se llevaba la palma". Y que ésta era la opinión del P. Ciccollini, tanto desde el principio (por intuición) que después de leer sus notas. La conclusión a que llega José Antonio en este momento es la siguiente: "yo quedé más convencido que nunca de que el estado religioso era al que Dios me llamaba".

Curiosamente, José Antonio llevó los papeles junto con sus reflexiones al director de las meditaciones (P. Soprani), que quien afirma que era "hombre de edad y de mucho mundo". Después de un examen minucioso, el

Director fue corroborando la elección en favor del estado religioso, hasta que tropezó con una razón que enfocó la cuestión por el camino opuesto.

Oigamos al mismo José Antonio: "Encontró que las razones que exponía para hacerme religioso destruían completamente todas las que había en favor del estado al secular, menos una: v.g. la de la reforma de los Seminarios, se quedó pensativo y luego me dijo: Hijo mío, ésta es la única razón que hay en favor del sacerdocio secular, pero es tan fuerte, tan necesaria en México, y dará tanta gloria a Dios y a la Iglesia, que ella sola basta para anular las que han en contra, y así yo soy de opinión que no te hagas religioso, si es que puedes llevar a cabo tu idea de trabajar en la reforma de los Seminarios".

José Antonio quedó convencido del parecer del P. Soprani, decidido a no pensar más que en ordenarse, volver a México y hablar con su tío D. Pelagio sobre las orientaciones que le acababan de dar. La paz volvió a entrar en su corazón: "Nadie puede figurarse el desahogo, consuelo y tranquilidad que experimenté luego que ya vi mi vocación decidida y sellada por mí". Añade, como nota de humor, que gracias a esta alegría "aun engordé y me alivié un poco". Incluso se quedó unos días más en San Eusebio, hasta el día 27 de marzo, domingo de Pascua, para volver luego a la Academia con un deje de añoranza por la casa en la que tanto bien había encontrado.

En el decurso de ese año de 1864, José Antonio tuvo la oportunidad de una nueva audiencia, la cuarta, con Pío IX, donde le Papa le habló confidencialmente sobre México. Era el 11 de abril. Pero en el mes de mayo tuvo que viajar a París y a Inglaterra para consultar sobre su salud en peligro. Finalmente, pasó a realizar un tratamiento hidroterápico en Gräeffenberg (Silesia), que duró desde el 24 de septiembre hasta el 5 de diciembre y que él calificó de "martirio". El resultado no fue del todo positivo, aunque sí hubo cierta mejora, pero los sufrimientos habían sido tales, que llega a escribir: "Sólo mi vocación al sacerdocio pudo haberme dado valor y resignación para sufrir mi curación en Graeffenberg".

Al finalizar el año, anota en su Diario que fue "memorable" porque debido al modo de afrontar los sufrimientos y las dudas, aseguró para siempre su vocación: "Estos sufrimientos han sido la prueba más clara de mi vocación al sacerdocio y por consiguiente mi porvenir ha sido ya sellado con mi elección de estado".

Con estas disposiciones comenzó a prepararse para los exámenes de Ordenes, desde enero de 1865. Ilusión no le faltaba; experiencia de sufrimiento y de lucha, tampoco. La salud, después de estas pruebas, era la suficiente para poder terminar los estudios y ordenarse.

Ejercicios de 1865

En este año de su ordenación sacerdotal practicó tres veces los Ejercicios Espirituales: en marzo para recibir la Tonsura y Ordenes menores, en mayo para estudiar las ceremonias de la Misa y para el diaconado, en junio para prepararse a la ordenación sacerdotal.

El 7 de febrero de este año tan lleno de acontecimientos, había recibido las dimisorias de su tío D. Pelagio para poderse ordenar. Tenía, pues, que hacer sus planes para la ordenación sacerdotal. El día 6 de marzo pudo asistir a otra audiencia de Pío IX, quien le exhortó a obrar siempre con recta intención sin amilanarse por las dificultades: "Me dio la bendición y me exhortó a trabajar con empeño y constancia por la gloria de Dios y a no temer persecuciones y trabajos".

Los primeros Ejercicios de este año tuvieron lugar en Tívoli, donde

llegó el 10 de marzo. Allí fue recomendado por el Presidente de Academia al obispo de aquella diócesis, Mons. Carlo Gigli. Los Ejercicios le servirían de preparación para la Tonsura y Ordenes menores. Se examinó el día 21 y recibió las Ordenes el 25 de marzo, fiesta de la Anunciación de la Virgen. En el Diario explica su "devoción y gozo espiritual": "Me sentí otro cuando me vi formando parte del Clero". Al colocarse por las mañanas la sotana, repite con todo fervor la oración tradicional de la cleratura: "Señor, tú eres mi herencia y la parte de mi cáliz" (Sal. 115).

De hecho continuó el retiro durante el resto del mes, con grandes luchas interiores, que logró superar por medio de una confesión general muy minuciosa con el rector del colegio de los Jesuitas. El subdiaconado lo recibió el 1 de abril. Le impresionó la conminación del obispo al decir "todavía sois libres". Pero José Antonio se decidió a la entrega para siempre: "Llegó por fin el momento, y lleno de calma y puesta toda mi confianza en Dios, en la Santísima Virgen y en mis Protectores Sr. San José y Sr. San Antonio, me acerqué al obispo y... quedé hecho Ministro del Señor para siempre". Entonces recobró el gozo de pertenecer totalmente a Dios, confiando en la asistencia de su divina gracia. Pasó el día repitiendo la jaculatoria: "Señor, dame la muerte antes que deshonre esta sotana".

En el mes de mayo intensificó su devoción mariana como preparación a las Ordenes. A partir del día 18, hizo el solo unos días más de retiro o de Ejercicios Espirituales, durante los cuales estudió las ceremonias de la Misa y preparó su entrega total al Señor en el diaconado, que tuvo lugar el domingo 28, en Tívoli. Con él se ordenaron de diáconos cuatro franciscanos. Ese mismo día cuenta José Antonio sus visitas a las imágenes marianas de la catedral para dar gracias a Dios y, como dice él mismo, "renovar mis votos". Después de la ordenación, por un gesto de amistad del obispo de Tívoli, pudo pasar unos días de descanso en el santuario mariano de la Mentorella, que, según la tradición, se atribuía a Santa Elena (s. IV). De esta visita cuenta los detalles de devoción mariana: "El rosario y las devociones del mes de María, y cantaron los Padres una Letanía muy bonita". Es muy bella la descripción que hace José Antonio en su Diario sobre la Mentorella y de sus entornos.

Los Ejercicios para la ordenación sacerdotal tuvieron lugar también en Tívoli, iniciando el 5 de junio, en soledad y con la ayuda del libro del P. Ciccollini. Duraron hasta el día de su ordenación presbiteral, el día 11 de junio de 1865, en la capilla del seminario diocesano de Tívoli. Pero, de hecho, al regresar a Roma para celebrar la primera Misa que sería el día 13, prefirió recogerse la tarde del 11 todo el día 12 en la Casa de Ejercicios de San Eusebio y prolongar allí su retiro, que continuó después de su primera Misa celebrada en el altar de San Luís de la Iglesia de San Ignacio.

Las circunstancias de su ordenación y de su cantamisa han quedado descritos en el Diario con toda suerte de detalles, salvo los sentimientos más íntimos que José Antonio consideraba indescriptibles. Hizo confesión general antes de la ordenación sacerdotal y antes de la primera Misa. Sobresale el tono de gozo y paz.

La ordenación de presbítero tuvo lugar en la fiesta de la Santísima Trinidad (11 de junio de 1865). Sobre su corazón llevaba un papel en el que había escrito una oración compuesta para este día: "Te pido que me perdones todos los pecados de mi vida pasada, que me des dolor de ellos y gracia para enmendarlos, que me des a conocer el gran misterio que hoy se obrará en mí, y las disposiciones necesarias para recibir todas las gracias necesarias para el desempeño del santo ministerio... Que yo sea un buen sacerdote, que imite y estudie a mi Jesús; que diga la santa Misa con devoción; que me consagre todo entero al divino servicio; y que jamás, jamás, jamás, manche siquiera el solemne voto de castidad, que hoy renuevo poniendo mi cuerpo en

la llaga del costado de mi Señor Jesucristo y en las purísimas manos de María Santísima". Y pidiendo la intercesión de María, de San José, de los ángeles y santos, añade: "Que yo sea un buen sacerdote o que muera, es mi principal petición al cielo, y confiando en ella, en este momento me acerco al altar".

El momento principal de la ordenación lo describe así: "Entonaron el Veni Creator... y prorrumplí en sollozos y copiosísimo llanto, y mientras me ungían las manos, mis lágrimas se mezclaron con el óleo santo... y quedé para siempre hecho sacerdote... Mi corazón recobró en ese instante su antigua serenidad".

En los detalles de su primera Misa (13 de junio de 1865) aparecen muy claros y explícitos los frutos de sus Ejercicios respecto a su entrega total al Señor. Escribió por la mañanita una especie de carta-oración en que exponía sus más íntimos deseos de santidad y apostolado, y recordaba a las personas por quienes tenía que orar. Dice en su Diario: "En esos momentos sentí y palpé la alta dignidad de ser sacerdote". Su entrega, en el momento de la consagración eucarística, la expresó de este modo: "Pedí con todo el corazón ser buen sacerdote o morir; ofrecí a Dios todo mi ser". Oró entonces por todos sus seres queridos, bienhechores y por toda la humanidad: "Me sentí como quien deja pagadas todas sus deudas y hace deudores a sus acreedores".

En el momento culminante de la consagración eucarística es cuando se sintió más identificado con Cristo Sacerdote y Víctima: "Entonces pedí con todo el corazón ser buen sacerdote o morir, ofrecí a Dios todo mi ser; y ofrecí aquella Hostia Inmaculada y todo lo bueno que he hecho y haré".

En el besamanos, a pesar del ambiente de honores y fiesta de parte de grandes y numerosas personalidades, se considera a sí mismo "indigno como hombre de servirles de suela de zapatos al ínfimo de entre ellos". Y añade: "Si alguno hubiera penetrado mi corazón, hubiera encontrado que más pensaba en las espinas futuras que en las rosas presentes; y que conocía que ese triunfo y gloria eran el principio de la pasión. Dios me ha hecho la gracia de no dejarme alucinar, y, por consiguiente, siempre he pensado y ponderado bien las espinas del sacerdocio y me he olvidado de sus flores".

Al terminar el día de su primera Misa, quiso recogerse espiritualmente en San Eusebio. Allí anotó sus impresiones: "De esta manera concluyó el día más feliz de mi vida... Espero que en medio de mis pesares y trabajos, volveré los ojos hacia él y recobraré el santo entusiasmo con que hoy me he consagrado y ofrecido a Dios". En una plegaria dirigida al Señor por intercesión de María y de sus santos patronos (San José, San Antonio y San Luís), hace esta petición: "Que hagáis nacer en mí todas las virtudes de un buen sacerdote"...

Toda la vida recordará la audiencia con Pío IX, habida el día 30 de septiembre, donde el Papa le confió sus penas sobre la situación en México. El Santo Padre le pidió que se preocupara por "formar en el Seminario clérigos virtuosos e instruidos". El P. José Antonio renovó ante el Papa su entrega a Dios y a la Iglesia: "Santísimo Padre, hago voto y promesa de unirme a la Santa Sede en pensamiento, palabra y obra toda mi vida y protesto contra todo lo que de ella me separe. Bendiga su Santidad mis promesas, para jamás faltar a ellas y muera yo antes de quebrantarlas, y para que sea buen sacerdote y tenga perseverancia en la obra que trato de emprender en el Seminario de México". Añade esta apostilla de sabor profético: "Me separé lleno de valor para emprender la obra más ardua de un apóstol, y aún para sufrir el martirio en defensa de la fe y de la Santa Sede".

Las Misas de los días en que estuvo en Roma, las fue celebrando en los lugares más queridos de la cristiandad, que dejaron en él una huella imborrable. La segunda Misa (día 14 de junio) quiso celebrarla en Santa María la Mayor, ante la imagen que, según la tradición, se atribuye a San Lucas. El día 17 de junio la celebró en el altar de la Virgen de Guadalupe del Colegio Latino Americano. Sobre la tumba de San Pedro celebró varias veces, dejando constancia especialmente de la última (el 11 de octubre), cuando llevaba sobre su pecho una profesión de fe y de fidelidad a la Iglesia y al Papa, pidiendo a los santos Apóstoles: "Que me hicieran la gracia de alcanzarme la muerte, antes de faltar en lo más mínimo a lo que aquel pliego contenía y yo sentía en esos momentos". Corroboró estos propósitos y peticiones ante la estatua de San Pedro.

Partió de Roma el 11 de octubre de 1865, pasando por Marsella, París y su "amadisimo Oscott", donde saludó agradecido a algunos de sus antiguos profesores y formadores. Llegó a Veracruz el 25 de noviembre. Después unos días en la capital de México, pasó el día 20 de diciembre a Zamora, donde pasó la Navidad con sus familiares, recordando con cariño a su querida y santa madre, que tanto había orado a la Santísima Virgen por él. Tenía 25 años.

En el Diario, casi siempre encontramos un resumen valorativo de su vida al terminar cada año. Al final del año 1865, el P. José Antonio recuerda los grandes beneficios recibidos de Dios durante ese año, especialmente la gracia inmerecida de ser sacerdote. Agradece también a las numerosas personas que han sido instrumento de Dios para su feliz regreso a México. No podía faltar la referencia a la Santísima Virgen: "¡Bendita sea María, a cuya devoción debo la sin igual dicha de haber ingresado al sacerdocio, y poder ofrecer el Santo Sacrificio de la Misa, por mis difuntos padres!".

Símbolo de todos estos sentimientos y actitudes es el hermoso cáliz con esmaltes, regalo que le hicieron (con ocasión de su ordenación) diciendo que así se lo hubiera hecho su madre. Las figuras simbólicas son un resumen de los amores que deben dar el tono a la vida sacerdotal y apostólica. Es una verdadera reliquia que puede recordar a todos que a la misión sólo se puede ir con "una vida escondida con Cristo en Dios" (Col 3,3), una vida hecho oblación como la vida del Buen Pastor.

2. UN CAMINO DE DESIERTO EN LA MISIÓN DE PÁRROCO Y FUNDADOR

La vida espiritual que el P. José Antonio deja transparentar en sus Ejercicios realizados en Oscott y Roma, será fuente de su gran actividad apostólica. Su capacidad de "desierto" se convertiría inmediatamente en capacidad de acción verdaderamente misionera. Recordemos sintéticamente los acontecimientos de estos 15 años de párroco (1867-1882), para poder analizar luego los contenidos y el contexto de cada uno de los Ejercicios Espirituales celebrados en esos años de gran actividad apostólica.

El P. José Antonio llegó a Zamora, después de una ausencia de nueve años, y pudo allí celebrar la Navidad de 1865 con sus familiares. Tenía 25 años. Desde el inicio de enero de 1866 comienza su labor sacerdotal entre Zamora y Jacona, por encargo del obispo D. José Antonio de la Peña y Navarro. En su Diario anota los diversos campos pastorales en que actuaba ayudando al párroco de Jacona: predicación, confesonario, Ejercicios espirituales, celebraciones litúrgicas... En el mes de mayo de 1867 colaboró en su celebración mariana, ante la imagen de Nuestra Señora de la Raíz, llegando a ser una verdadera misión popular multitudinaria con una procesión de clausura por las calles del pueblo.

Fue nombrado párroco de Jacona en mayo de 1867, cargo que tuvo que aceptar, a pesar de presentar su renuncia, y que desempeñaría durante 15 años, hasta 1882. Tomó posesión del cargo el día 30, "manifestándoles que estaba aquí para servirles". La labor parroquial durante esos 15 años abarcó todos los campos de la pastoral: predicación (con el método de preguntas y respuestas, al estilo de los jesuitas en Roma), catequesis, vida litúrgica y sacramental, piedad popular, obras de caridad. Por indicación de su obispo, colaboró en misiones populares por diversas parroquias de la diócesis. Su devoción mariana, tan expresiva y constante en su Diario y en sus notas de Ejercicios, se concretó en la reconstrucción del santuario de Nuestra Señora de la Raíz, cambiando su nombre, por indicación de Pío IX, con el de Nuestra Señora de la Esperanza.

En 1867 ya fundó el Colegio de la Purísima, para niñas. En 1873 fundó el colegio "San Luís Gonzaga", para niños. En ambos colegios aplicó la pedagogía aprendida en Oscott, que sería criticada por algunos. Se dedicó también a obras sociales, especialmente con la creación del Asilo de San Antonio para los pobres. También colaboró en la construcción del tranvía Zamora-Jacona, la construcción de un nuevo cementerio, el empedrado de las calles del pueblo (para dar trabajo a las gentes) y la reconstrucción del templo parroquial.

La Congregación de Hijas de María, que erigió en 1871, sería el inicio de ese grupo de mujeres generosas que le ayudarían en sus empresas apostólicas, y a las que él dedicó gran parte de sus cuidados pastorales. Pero para llevar adelante las obras sociales y educacionales que había establecido, necesitaba un grupo de almas consagradas. Intentó primero hacer venir una Congregación religiosa, pero, ante el resultado negativo, su obispo el Sr. Peña le aconsejó que fundara él mismo una nueva Congregación (1875). Durante el año 1877 fue redactando el reglamento, que recibió el asentimiento de Don Pelagio. Las primeras 8 hermanas emitieron sus votos en 1878. El nuevo obispo, Don José María Cázares, también dio su aprobación en 1879. Posteriormente (en 1885), la Congregación se llamaría: Hijas de María Inmaculada de Guadalupe.

Una de las empresas más arduas y trascendentales de estos años, fue el envío de jóvenes al Colegio Pío Latino de Roma (como le había pedido el Papa Pío IX). Los cinco primeros estudiantes partieron en 1870; los había preparado, por consejo de su tío, desde 1869. En 1876 él mismo acompañó a

17. Con el correr de los años llegarían a unos 60, de los cuales siete fueron obispos.

En 1871, el Cabildo de Zamora quiso que el P. José Antonio formara parte de esa institución catedralicia. Con apoyo de su tío Don Pelagio y gracias a unos Ejercicios celebrados para discernir, renunció al nombramiento. La razón que aludía Don Pelagio, escribiendo al obispo de Zamora, era la siguiente: "El grado de mayor perfección a que aspira".

Su viaje a Roma entre 1876 y 1877, le dio ocasión de visitar nuevamente Tierra Santa en 1877. En este año sería nombrado Misionero Apostólico por Pío IX.

Como ya había presentido desde sus estudios en Roma y el mismo Pío IX se lo había anunciado proféticamente, las dificultades no faltaron, como sucede en toda obra de Dios. Su metodología apostólica y educativa, así como el éxito de sus empresas, dieron pie a murmuraciones y acusaciones, ya desde tiempo del obispo Sr. Peña (en 1876). Esas dificultades fueron en aumento en tiempo del Sr. Cázares, quien, no obstante, informó a Don Pelagio que se trataba tan sólo de suposiciones.

Las obras más hermosas eran motivo de acusación continua: los colegios, el asilo, la Congregación religiosa recién fundada, la administración de los bienes... El sufrimiento del P. José Antonio fue enorme, como aparece en su Diario y en su epistolario, siempre respetuoso y obediente a sus Prelados. Algunas personas habían predispuesto al obispo en contra del P. Plancarte. El día 24 de abril de 1882, por carta de la Mitra, se le comunica que queda destituido de párroco. Escribió enseguida al obispo un carta agradeciéndole le hubiera descargado de la responsabilidad y pidió perdón si hubiera ofendido en algo. En el Diario encontramos estas notas: "Estoy tan acostumbrado a sufrir... Mi conciencia está tranquila, bendito sea Dios"... Su despedida de los feligreses es un texto de antología, poco común: "Dirigí las palabras con mucho esfuerzo para no llorar, manifestando mi gratitud al pueblo, pidiéndoles perdón, recomendándoles recibieran bien al nuevo Párroco, y encargándoles a éste les viera como hijos" (Diario del 21 de mayo de 1882).

Un nuevo viaje a Roma a finales de 1882 para redimensionar lo sucedido y discernir los signos de la voluntad de Dios para su futuro, le dieron ocasión para practicar unos Ejercicios Espirituales en 1883 y decidir de modo más adecuado. Las puertas que se habían cerrado con tanto sufrimiento, serían ocasión para que se abrieran otros campos de apostolado. El "desierto" del sufrimiento también se hizo *misión*.

Los Ejercicios practicados de los que consta durante este período son los siguientes: 1866 (comentados por Don Pelagio), 1869 (en Zamora, con notas personales), 1871 (para discernir sobre si aceptar o no la canongía), 1872 (en Jacona, con apuntes), 1874 (en Zapopan), 1875 (México), 1876 (Jacona) 1877 (Roma, con texto de notas personales), 1878 (Jacona, Hacienda de la Noria). Los siguientes de que consta serán ya los de 1883 (con notas personales).

Ejercicios de 1869

Por el Diario del P. José Antonio, constatamos que practicaba los Ejercicios con frecuencia casi anual. Por lo menos consta siempre de un retiro especial anual, alrededor de San Antonio, para revisar sus propósitos. De algunos Ejercicios sólo hay una pequeña referencia en el Diario, o también nos consta por otras personas. Así es el caso de los Ejercicios de año 1866, de los que tenemos noticia gracias a una carta de Don Pelagio (17 de julio de 1866), en la que alude al proyecto que tenía el

P. Plancarte de discernir sus asuntos también en relación con su familia. Ese año de 1866 estuvo muy cargado de predicaciones y de Ejercicios Espirituales para todo tipo de fieles.

Del año 1869 tenemos ya no sólo la noticia de Ejercicios, sino también sus notas personales. Se trata de unos Ejercicios impartidos en el Seminario de Zamora por el canónigo Don Ignacio Aguilar, pero cuya continuación y complemento corrió a cargo del P. Plancarte por indicación del obispo Sr. Peña.

Es el año en que el P. José Antonio había empleado unos dos meses en misiones por los pueblos de la serranía de la diócesis, por petición del obispo. Y es también en este año cuando comenzó a preparar los primeros candidatos que serían enviados a Roma. No menor preocupación le habían originado las obras para terminar el colegio de niñas y la construcción del cementerio.

En su Diario, a final del año 1869 anota un resumen de los hechos más significativos de su ministerio, diciendo: "El año lo pasé muy contento y muy satisfecho de mis trabajos, a Dios gracias". Y después de anotar los "frutos principales", añade: "Bendito sea el Señor que se dignó valerse de mí para tantas obras. A El sea dado el honor y la gloria, y que yo no sea ingrato a tanto beneficio".

Pero vengamos al texto mismo de los Ejercicios, practicados en Zamora el año 1869, desde el día 16 al 24 de noviembre. Los empezó bajo la dirección del canónigo Ignacio Aguilar y luego "por orden del Ilmo. Sr. Obispo Peña" los continuó predicando él mismo. Anota que llevaba cuatro años y medio de ordenado.

El desarrollo de las meditaciones es el tradicional en los Ejercicios de San Ignacio, con acento en las verdades eternas. Las notas personales del P. José Antonio son más bien sus propósitos, anotados al final de cada meditación. Pero también hay unas resoluciones generales al final de todo el texto, donde renueva los propósitos de años anteriores. Es también interesante el horario que se propone, muy minucioso, donde no falta ningún medio de vida espiritual, intelectual y pastoral. Este horario está colocado al final del cuaderno y curiosamente lleva la fecha de 11 de junio de 1872. Vengamos ya a las consideraciones y propósitos personales.

Ante las meditaciones sobre los bienes de la creación, siente que ha correspondido poco, añorando fervores de sus inicios sacerdotales:

"¡Cuántos seglares en el mundo son más fervorosos y santos que yo Sacerdote! Me lleno de tristeza, al ver cuán diferente soy a cuando me ordené y a cuando llegué a Zamora y a cuando fui a Jacona de Cura, debiendo ser todo lo contrario"...

"He perdido mucho... los mismos negocios del Ministerio, han sido la disculpa; pero no debían ser"...

"Me consagré a El, con los votos de Pobreza, Castidad y Obediencia. Pocos ha de haber que hayan recibido tanto beneficio como yo... qué vergüenza, qué ingratitud respecto a mis votos, aunque no los he quebrantado en materia grave"...

Estas consideraciones, como se ha podido observar, están muy matizadas con un tono de gratitud y confianza; pero lo más importante son los propósitos anotados al final de cada una de las meditaciones de este primer día:

"Propongo hacer esfuerzos siquiera para recobrar lo que he perdido"...

"Establecer mi método antiguo de vida y no faltar a él"...

"Haré media hora de meditación todos los días; un cuarto de hora de lectura espiritual, examen particular y general, daré gracias un cuarto de hora, y tres horas de cilicio, viernes y sábado".

El segundo día de Ejercicios contiene la temática sobre el pecado, con aplicación a la vida sacerdotal. Los sentimientos se convierten en una oración humilde y confiada:

"¡Que Dios me mande la muerte antes que pecare!"

"Quítame la vida, como siempre te lo pido al ir a consagrar, antes de que tenga la desgracia de tocarte con manos criminales"

En el contexto de estos sentimientos suscitados por la meditación sobre el pecado, se encuentran unos propósitos prácticos, acompañados de promesas:

"Evitaré toda ocasión de pecar; seré muy rígido al tratar con personas de diferente sexo, y muy honesto conmigo mismo".

"Me confesaré cada ocho días los sábados y las vísperas de las principales fiestas".

"Yo prometo que nunca diré Misa si no es con un alma perfectamente limpia y con la debida preparación".

El tercer día de Ejercicios está dedicado a la muerte, con tres meditaciones. El examen de conciencia le lleva a reconocer sus limitaciones en el ministerio sacerdotal por una actividad sobreabundante:

"He cuidado más de almas ajenas que de la propia".

Ante esta situación, los propósitos se centran en buscar un equilibrio entre vida interior y acción apostólica:

"El cuidado de salvar a otros, me ha de ayudar a salvarme, y no he de hacer como hasta aquí, descuidar de mi propia alma".

(Propongo) "media hora de meditación, Misa con fervor y debida preparación y a lo menos un cuarto de hora de acción de gracias, Oficio Divino atenta, pausada y devotamente; los viernes y sábados y vigiliias, tres horas de cilicio y doce azotes. Rosario. Atender con caridad a los enfermos".

"Cuidaré de salvar mi alma antes que las ajenas".

El cuarto día está dedicado al juicio particular y universal. En esas meditaciones anota los beneficios recibidos y también los defectos. Al final de una interminable lista de gracias recibidas, que reconoce con gratitud, escribe:

..."un sin fin de gracias y bendiciones recibidas en mi ministerio; y por fin estos Santos Ejercicios. ¡Ah Dios mío! me confundo al recordar todas tus finezas y pensar en mi conducta"

En la meditación del juicio final, cuando todas las conductas se harán patentes a los demás, reconoce que le "estiman y tienen por bueno y santo".

El mismo creía "tener muchas obras buenas" a su favor, pero ahora reconoce "el amor propio, deseo de alabanza y satisfacción propia".

En esta situación de profunda compunción se nota la confianza en el Señor y la decisión de mejorar la conducta por medio de propósitos adecuados:

"Lo que importa es andar bien delante de Dios"...

"Cada mes haré un día de retiro y me tomaré cuenta de si he cumplido o no mis propósitos; el día señalado será el 13 de cada mes en honor de mi Santo y como aniversario de mi Canta Misa".

"Cuidaré mucho de que la vanagloria no me robe mis buenas obras; nunca hablaré de lo que hago, cerraré mis oídos a la alabanza y adulación, desterraré los celos y envidias, me alegraré de la gloria de los otros; y sobre todo haré mi examen diariamente".

El quinto día está dedicado todo él a las meditaciones del infierno, que, como en Ejercicios anteriores, eran temas explicados ampliamente y con todo detalle por los predicadores. El P. José Antonio insiste en algunos propósitos, que corresponden a cada meditación. Propone, pues:

... "aprovechar el tiempo, castigar mi carne y no dejar que la vanagloria me robe las buenas obras".

"Cuidaré mucho mis sentidos... no daré oído a alabanzas, adulaciones y murmuraciones. Los viernes, sábados y vigiliias de festividades y días de ayuno, castigaré mi paladar privándolo de alguna cosa... seré castísimo con mi cuerpo".

... "llevar con paciencia cuantos trabajos Dios se digne enviarme".

Los apuntes de las meditaciones terminan el día sexto, con la meditación del hijo pródigo. Ya no hay más meditaciones. La anotación es brevísima, reconociéndose en la casa del Padre como "su hijo predilecto" por haber recibido "mayores beneficios". A continuación anota el horario de los Ejercicios (con su firma del día 16 de noviembre de 1869).

Después de la firma hay una lista de resoluciones del año 1869, donde aparecen todos los medios de perseverancia que han aconsejado los santos sacerdotes y que hoy sigue recomendando la Iglesia: hacer Ejercicios anuales, retiro mensual (el día 13), confesarse cada sábado y vísperas de fiestas principales, penitencia con cilicio y azotes viernes y sábado, "media hora de meditación todos los días, un cuarto de hora de lectura espiritual, una hora de estudio; examen general y particular dos veces al día; rosario; Oficio attente et devote", un cuarto de hora de preparación y de acción de gracias de la Misa, "visitaré al Santísimo todos los días"...

Ejercicios de 1871

No tenemos los apuntes personales del P. José Antonio sobre estos Ejercicios, que fueron de suma trascendencia para su vida, pues se trataba de discernir si aceptar o no una canongía que le ofrecía el Cabildo de Zamora. De haber aceptado, con toda seguridad su vida hubiera tenido otros rumbos. Es el año de la fundación de la Asociación de las Hijas de María en la parroquia de Jacona (2 de febrero de 1871).

En su Diario anota que ya antes de los Ejercicios y "después de maduro examen", había presentado la renuncia a la canongía, "dándoles las más humildes gracias por el tan honroso como inmerecido nombramiento que habían

hecho de mi persona para ocupar la canongía vacante en la Catedral y manifestándoles que no podía aceptar, pero que lo consultaría con mi tío, que era mi Prelado, y a quien veía como verdadero padre".

Muchas personas aconsejaban al P. José Antonio que aceptase la canongía. Pero él añade: "Todos tomaban empeño en que aceptase, pero por más que me decía, no me convencían".

Con ocasión del regreso de su tío Don Pelagio, arzobispo de México (a quien habían levantado la orden de destierro), viajó a la capital para consultar con él. Aprovechó este viaje para consultar también con el Ilmo. Sr. Arciga, quien (según dice el P. José Antonio) "aprobó mi renuncia en vista de las razones que le expuse".

Después de las diligencias que traía para México, pudo hacer Ejercicios Espirituales en Tepozotlán, desde finales de abril hasta principios del mes de mayo de 1871. En esta parroquia estaba de cura el P. Andrés Artola, jesuita, quien le dirigió los Ejercicios, ayudándole a discernir según el método de San Ignacio, anotando los pro y los contra, que él mismo describe y del que anota la conclusión a que llegó, con suma paz en su corazón:

"Siguiendo el consejo de San Ignacio, hice el examen sobre la conveniencia o inconveniencia de aceptar la canongía, y de él resultó que debía renunciarla y permanecer en Jacona. A principios del mes concluí mis Ejercicios y regresé a México muy contento y tranquilo".

El 6 de junio de este año, después de sus Ejercicios, el Cabildo de Zamora concede al Cura de Jacona, 40 días para decidir sobre la canongía. La renuncia del P. José Antonio, apoyada por su tío, era irrevocable. El Sr. obispo de Zamora, Don José Antonio de la Peña, admitió finalmente la renuncia, con decreto de 16 de junio.

Son significativas las razones que Don Pelagio aludió para convencer al obispo de Zamora de que dejara al P. José Antonio libre la canongía. Recuerda primeramente los propósitos de su ordenación sacerdotal, cuando dejó de lado las ventajas de una carrera prelatia. Luego afirma: "Yo no he podido menos que apoyar sus resoluciones de no aceptar ningún puesto que lo comprometa de algún modo optar por la paz de su alma, el espíritu de su vocación o el grado de mayor perfección a que aspira". Don Pelagio, después de describir que él mismo hubiera querido traerlo a su arquidiócesis para encargarle el campo de la educación de la juventud, concluye: "las funciones canonicas en cierto modo son opuestas a su genio". El P. José Antonio podría continuar en Jacona su labor pastoral y educacional.

Ejercicios de 1872

De este año encontramos un horario de su vida ordinaria, que lleva la fecha de junio 11 de 1872, y tiene como título: "Horario para el año". Es un horario equilibrado, donde se alterna la oración con el estudio, la labor pastoral con el reposo. En él se aprecia el cumplimiento de los propósitos de Ejercicios anteriores sobre los actos de piedad y las obligaciones apostólicas.

Es el año en que concluyó los trabajos de reparación del templo parroquial, colocando solemnemente el Santísimo en el sagrario. También en ese año intensificó el método de predicación que había aprendido de los jesuitas en Roma, a base de preguntas y respuestas, con catequesis intensiva para mujeres por la mañana y para hombres por la tarde.

Al finalizar este año anota: "Muchos fueron los beneficios que recibí

durante este año de mano del Señor. Mi Iglesia parroquial quedó concluida y en uso, el edificio del Colegio casi se dobló, y el número de internas se aumentó rápidamente... Bendito sea el Señor por haberse dignado escogermé tan inmerecidamente para instrumento de tantas y tan grandes maravillas. Que yo sepa corresponder a tanto honor y gloria".

Los Ejercicios de este año de 1872 fueron practicados en el Molino Plancarteño, en los días anteriores al 13 de junio, aniversario de su primera Misa y fiesta de su santo patrón. También de estos Ejercicios se nos conservan los apuntes relativamente amplios y completos, en un cuadernillo de 9 hojas escritas por ambos lados, anotando primero los propósitos y luego las meditaciones tradicionales.

En estos Ejercicios las notas se centran más en la vida de Jesús, que tanto le había impresionado siempre. La persona del Señor ha entrado plenamente en su corazón para compartir el mismo estilo de vida. Al resumir el nacimiento en Belén, escribe:

"Jesucristo nació dándonos ejemplo de humildad, de pobreza y de penitencia... Yo debo imitar en estas tres virtudes a mi Señor".

Cuando describe a Jesús en el templo, en medio de la gente, se siente identificado con él para servir y convivir con las almas confiadas, también en cuanto a las expresiones de piedad popular:

"El que yo sea sacerdote no es razón para que me abstenga de las pequeñas prácticas de devoción del pueblo... teniendo que dar buen ejemplo al pueblo".

La respuesta de Jesús a sus padres ("¿no sabíais que me había de ocupar en las cosas de mi Padre?") le da pie para una reflexión de mucha hondura para afrontar las dificultades de la vida apostólica con la mira puesta sólo en la gloria de Dios:

"Con esto nos enseña Jesús que cuando se trata de la gloria de Dios, no hay que hacer caso de nada, ni de nadie que se oponga".

Al describir la vida privada de Jesús en Nazaret, detalla las virtudes de obediencia, humildad y pobreza, y relaciona ese testimonio de vida con el ministerio de la predicación:

"¿Con este ejemplo, qué deberé hacer yo, Ministro de Dios, dispensador de la palabra divina?"

De la vida pública del Señor, destaca el bautismo y la ida al desierto, como preparación para predicar el mensaje evangélico. Entonces se siente invitado a ir por el mismo camino:

"Cuando yo emprenda cualesquiera obra, bueno será que imite a mi Señor, puesto que El hizo todo esto para enseñarme".

"Debo, por consiguiente, sentir en el corazón y practicar lo que predique, para poder recoger algún fruto".

De la misma vida apostólica del Señor destaca el trato para con los demás, lleno de humildad y mansedumbre. Entonces anota:

"Que yo ministro suyo lo siga... Jesús predica en todas partes... Su objeto es la conversión de las almas y la gloria de su Padre. Si yo busco en la Predicación la conversión de las almas y la gloria de Dios, y no mi propia gratificación, claro está que con igual gusto

predicaré delante de uno, que de mil, del pobre y del rico, del docto y del ignorante".

De la conducta de Jesús consigo mismo, destaca su dedicación a la oración, también durante las horas de la noche, precisamente por estar totalmente dedicado a la acción apostólica. Se aplica a sí mismo la lección. Y recordando las dificultades de la oración de Jesús en Getsemaní, que persevera orando a pesar de la agonía, dice:

"Desgraciado seré el día que pase sin media hora de meditación".

La lista de propósitos concretos y ordenados de estos Ejercicios, a modo de plan de vida, se encuentra curiosamente al principio de los apuntes. Son los propósitos de años anteriores, desde antes de su ordenación, pero con algunos detalles nuevos que indican una maduración. El los califica de "propósitos e inspiraciones". Destaco sólo unos pocos detalles, por los que los propósitos son muy armónicos y completos. Nótese la decisión de empezar de nuevo, que es una actitud habitual en todos sus Ejercicios:

"Hacer diariamente una hora de Meditación, o media hora por lo menos... una visita de quince minutos... nunca me acostaré sin haber dicho el Rosario... decir e Angelus al levantarme, a mediodía y en la tarde... Hacerme indiferente... mortificarme... Por consiguiente, empezaré".

Ejercicios entre 1873 y 1876

Para comprender el rico contenido espiritual de los Ejercicios de 1877, practicados en Roma, habrá que en cuadrarlos recordando brevemente los años anteriores, durante los cuales consta haber hecho Ejercicios: 1874 (Zapopan), 1875 (México), 1876 (Jacona).

En el año 1873 había fundado el Colegio de San Luís Gonzaga, para niños, empezando la labor con la ayuda de dos jesuitas extranjeros amenazados de expulsión, y dos alumnos. Los inicios fueron humildes y llenos de dificultades, pero el P. José Antonio siguió adelante, encomendándose a la Santísima Virgen, a quien ofreció las medallas obtenidas por los jóvenes estudiantes en Roma (enviados en 1870): "Con ellos ofrecí a la Señora y puse bajo su amparo el nuevo colegio... Este fue el principio de mi colegio... ¡sólo Dios sabe el fin!".

Al concluir el año 1873 anota en su Diario: "¡Bendito sea el Señor por los innumerables bienes de que se dignó colmarme y muy especialmente por el de la fundación del Colegio de San Luís Gonzaga, que aunque en poco tiempo me ha coronado de espinas, espero que entre ellas han de brotar fragantísimas flores".

En el año 1874, el P. José Antonio tuvo que asumir la dirección del colegio de niños, ayudado por un seminarista teólogo (José D. Mora), y los dos padres se quedaron sólo como maestros durante un breve tiempo. Aprovecha un viaje a Guadalajara para hacer sus *Ejercicios en el convento de Zapopan*, con la ayuda de los buenos padres franciscanos que le recibieron a él y a sus acompañantes "con su acostumbrada bondad". Anota en su Diario: "Concluimos nuestro retiro, quedando muy a gusto y muy agradecidos a aquellos buenos padres; y el mismo día volvimos a Guadalajara". Ese mismo año murió el hermano mayor, José María, quien nombró al P. José Antonio como albacea y heredero de todos sus bienes. Del final del año 1874, anota en su Diario: "el quehacer del confesonario se aumentó considerablemente".

En el año 1875, el 13 de marzo, tiene lugar la fundación del asilo de

San Antonio, "para niñas huérfanas", que sería bendecido por el Sr. Obispo de Zamora, Don José Antonio de la Peña, el día 15 de noviembre. El primer día ya había 150 niñas externas. Gracias a la mediación de su tío Don Pelagio y con aprobación del Santo Padre, se pudo aplicar al asilo un legado de importancia. Pero el nuevo problema que surgía era el de encontrar religiosas para la institución. De ahí nació la idea, apoyada por el Sr. Obispo, de "fundar una Congregación adecuada a nuestras necesidades". El P. José Antonio iba anotando pequeñas biografías sobre alumnas y maestras del colegio de la Purísima, como preparando la futura institución religiosa.

Este mismo año de 1875, con ocasión de dirigir unos *Ejercicios* de seis días a unas religiosas durante el mes de mayo, en la casa del Refugio (México), hizo también su retiro aprovechando para la confesión general con un padre dominico. Anota en su Diario precisando que se trataba de "mi confesión general de cada año", costumbre que no había dejado nunca. Termina el año anotando que "los últimos días hubo bastante recargo de confesonario". Afirma de ese año que fue "memorable para mí por mi viaje a México, en el cual me resolví a fundar el Asilo de San Antonio para niñas huérfanas... y por la conclusión del Colegio de la Purísima Concepción".

El año 1876 es de suma importancia para la vida del P. José Antonio. *Los Ejercicios los practicó en Jacona, durante el mes de junio*, para poder resolver si llevaba personalmente a Roma a los jóvenes que había preparado. Son los días anteriores a San Antonio, como tenía costumbre anualmente, para preparar el aniversario de su ordenación y primera Misa. Dice de esos días unas pinceladas que resumen sus actitudes espirituales habituales: "Los pasé muy a gusto y me sirvieron muchísimo, pues examiné minuciosamente la conveniencia, o inconveniencia de llevar personalmente a Roma los jóvenes que pienso educar en el Colegio Pío Latino Americano... Leí mis propósitos hechos al ordenarme y demás papeles de esa época, los cuales me enfervorizaron un poco más y me propuse reformar aquellos puntos en que hubiese faltado en parte, o en todo". No deja de anotar que hizo, como siempre, su confesión general (el día 12), en la que quedó "muy consolado".

En ese año de 1876 tuvo lugar la clausura del colegio de San Luís Gonzaga (31 de agosto), después de tres años de funcionamiento y de innumerables dificultades provenientes de acusaciones infundadas. Con esta ocasión y de acuerdo con su obispo, decide acompañar personalmente a Roma, al Colegio Pío Latino Americano, a 12 jóvenes de dicho colegio, a los que se unirían otros tres en México. Anota en su Diario que ese cierre era propiamente una "verdadera fundación", y dice: "Doy las más rendidas gracias a todos los que creyendo hacerme un mal, me han obligado a trasladar mi Colegio a Roma".

Al marchar de Zamora en septiembre, anota sobre Jacona con nostalgia: "Pueblo que he gobernado como cura encargado, nueve años, tres meses, once días; donde derramé las primicias de mi sacerdocio; donde gasté mis fuerzas; donde se marchitó la flor de mis días, y a donde sólo Dios sabe si jamás volveré". En la despedida de México no podía faltar la celebración de la Eucaristía en la Colegiata de Ntra. Señora de Guadalupe.

Durante la travesía anota: "¡Adiós, país amado, por quien he sacrificado cuanto he tenido!... No sólo perdono de corazón, sino que viviré reconocido a los que me han hecho emprender este largo y peligroso viaje"... Y al recordar las dificultades del viaje, llega a afirmar: "Ahora que pienso lo que he hecho, y a lo que me he expuesto emprendiendo tan largo viaje, con quince chicos, me juzgo loco"... Pero luego, al visitar de nuevo el templo de San Ignacio, donde está también el sepulcro de San Luís, recuerda emocionado y anota: "En el mismo altar donde ofrecí consagrarme a la educación de la juventud, me veía rodeado del fruto de mis sudores: los alumnos del Colegio de San Luís Gonzaga en Jacona". En Roma tendrá la

oportunidad de diversas audiencias privadas con el Santo Padre. En diciembre cursará la petición al Cardenal Franchi de la Propaganda Fide, para conseguir el título de Misionero Apostólico.

Ejercicios de 1877

Había llegado a Roma el 19 de noviembre de 1876. Apenas iniciado el año 1877, el 7 de enero, comenzó unos Ejercicios Espirituales, para Confesores y sacerdotes, en la casa de la Misión, que fueron de suma trascendencia para su vida personal y para sus obras apostólicas. Anota que los hacía para "arreglar mis cuentas con Dios". Los Ejercicios duraban de domingo por la noche al sábado siguiente por la mañana. En este caso, desde el domingo 7, al sábado 13 de enero. Anota también que se hacía confesión general al tercer día y añade, con cierto disgusto, que se les permitía hablar después de comida y cena.

De estos Ejercicios se tenía noticia por el Diario, pero se ha encontrado recientemente (año 1993) el cuadernillo manuscrito de 24 hojas, con preciosos apuntes sobre su vida espiritual. El cuadernillo contiene al final constancia de los santos lugares, donde había estado aquel año celebrando la Santa Misa, especialmente en Tierra Santa y en Lourdes, donde había ratificado sus propósitos y había pedido gracia para cumplirlos.

Sus notas de Ejercicios, después del horario, comienzan con una oración inicial, que resume todas sus actitudes interiores del momento respecto a su vida personal y a su apostolado. Es un alma transparente y humilde la que habla. Seleccionamos algunas expresiones:

"Heme aquí, dulcísimo, Jesús Mío! En vuestra Santa Casa! retirado del mundo! a solas contigo! lejos de cuanto pudiera ofuscar la verdad!... Cómo me has traído de tierras tan lejanas!... ¡Reconozco, Señor, tu gran bondad e infinita misericordia para conmigo, que soy el más vil e ingrato de los hombres!... Consumad la gran obra que habéis consumado en mí. Estoy pronto a obedeceros en todo, cueste lo que costare. Manda, Señor, y serás prontamente obedecido. Habla, Señor, que tu siervo escucha".

Después de esta oración, hace una breve reflexión sobre la necesidad de estos Ejercicios, cuando ya han pasado 12 años de la ordenación sacerdotal:

"Hace 12 años que ando por el mundo, y que por necesidad me mezclo en cuanto hay... Trabajando cada día con más ahinco, por el bien del prójimo, descuido más de mí mismo... Tengo necesidad de reglamentar más mi conducta... Si pierdo esta oportunidad, nunca la hallaré".

Los temas de Ejercicios le sirven para afianzar el ideal apostólico. La vida espiritual debe orientarse hacia este objetivo ministerial con un sano equilibrio. En la primera meditación anota:

"La salvación de las almas, es mi misión, mi último fin como sacerdote y párroco".

Ya en el primer día de Ejercicios, tiene lugar una meditación sobre el sacerdocio, muy a propósito para sus ideales, siempre orientados hacia la Eucaristía y la caridad pastoral. Escribe:

"¡ A mi voz Dios baja al altar!... Mis manos perdonan los pecados, tocan a Cristo, bautizan"...

Cuando se insiste en la meditación sobre el pecado, renueva sus

propósitos de no cometer ninguno deliberadamente, especialmente cuando se trata de pecado grave:

"Resolución. Primero la muerte que cometerlo".

Casi todas las meditaciones le ayudan a hacer un examen sobre sus obras pastorales y dejan ver el interior de su alma con transparencia. Al meditar sobre la muerte, la perspectiva le ayuda a relativizar los éxitos humanos:

"Muy bueno es lo que hago y con muy buen fin... Señor, tú sabes cuán santas y rectas han sido mis intenciones en esas empresas! No permitas que yo las corrompa... permite que ellas sean mi mayor consuelo en la hora de la muerte".

Uno de los temas más frecuentes en las notas de Ejercicios es el de la pobreza evangélica, como imitación de la vida de Jesús, especialmente por parte del sacerdote:

"Los sacerdotes tenemos a Cristo por modelo, quien desde su nacimiento hasta su muerte les hizo cruda guerra a las riquezas, abrazando la suma pobreza".

No faltan propósitos muy concretos, conforme los temas meditados. A veces propone "oración continuada" y más sacrificio para vencer las tentaciones, o también "quitarme de fumar en satisfacción de mis pecados". Pero todo lo orienta a vivir mejor el ejercicio de los ministerios. Así lo hace en la meditación sobre el juicio particular:

"Salvar almas es mi única misión... Dame fuerza y constancia para permanecer fiel a los propósitos y resoluciones que siempre he hecho y que a cada momento renuevo, de morir antes de cometer pecado mortal".

Los propósitos concretos tienen siempre algún matiz apostólico, como cuando propone "evitar a todo trance la ocasión, aunque sea remota, de pecar; sin hacerme por esto intratable". Cuando medita en la Santa Misa, confirma las resoluciones de años anteriores "sobre preparación y sobre acción de gracia, haciéndola de 20 minutos por lo menos".

Dentro de estos Ejercicios, el tercer día, anota ampliamente detalles de su confesión general ("dar cuenta de mis doce años de sacerdocio"), así como una consulta muy detallada de su vida y ministerio sacerdotal.

Respecto a la confesión general, había escogido al Padre que le pareció más riguroso, para no engañarse. Con él se sinceró detalladamente y durante largas horas. Vale la pena leer las conclusiones de esta confesión, en las que resume el consejo recibido. El lector podrá intuir claramente el interior de esa alma transparente y enamorada del Señor:

"Me aconsejó que no abandonara ninguna de mis empresas, ni cambiara mi carácter y conducta para con las niñas, pero que solamente observara fielmente mis propósitos hechos en años anteriores... Aprobó mi conducta de no dejarme besar las manos, y mi resolución de ser amable y cariñoso de boca y corazón, pero no de manos, ni que lo sean conmigo... Estoy muy contento y tranquilo como en la gloria. El escrúpulo de que extraño mucho Jacona y los colegios, y que me dolería mucho abandonarlos, ya se me quitó, pues veo que aunque con dolor, no dejaría de obedecer... Mis cuentas de doce años de sacerdocio quedan saldadas en Roma.

Anota a continuación algunos puntos que consultó más concretamente,

entre los que destacan sus deberes de párroco, el modo de dirigir los colegios y tratar a las personas. Le aconsejan que continúe como hasta el momento, pero "que nomás cuidase de que no me faltase la meditación de por la mañana... que esté resuelto a obedecer". Entonces añade unas notas que le dibujan de cuerpo entero:

"Ni busco el aplauso, ni el vituperio me detiene en la carrera del bien o me hace abandonar lo emprendido"

Los Ejercicios continuaron su marcha normal, con la temática acostumbrada. En la meditación sobre el infierno hace esta oración: "Dios mío! que no llegue a ser causa de la condenación de otro! Condéneme enhorabuena, pero que yo no condene a nadie". Al meditar sobre la tibieza, escribe: "El mejor remedio y más eficaz, es celebrar el Santo Sacrificio y rezar el Oficio Divino con la mayor fe y devoción posibles".

El quinto día estuvo dedicado a la humildad, la oración mental y el buen ejemplo del sacerdote. De nuevo se deja impresionar por la persona de Jesús, por la necesidad de meditación y de devoción mariana:

"La santidad del sacerdote debe estar basada en la imitación de Jesucristo; ése es el modelo que hemos de estudiar e imitar en todas las ocasiones y circunstancias. Debemos tenerlo continuamente delante de los ojos y ver muy a menudo su sagrada imagen".

"Sin meditación se pierde el sacerdote"

(La devoción mariana) "es indispensable para un sacerdote... Un sacerdote no debe separarse de María".

El último día reitera los propósitos y da gracias a Dios por estos Ejercicios tan providenciales, que le sirvieron para discernir sobre sus obras apostólicas y sobre su vida personal. Anota también algunos detalles sobre las rúbricas en la celebración de la Santa Misa.

Al final de estos Ejercicios se encuentra una larga "carta conmemorativa de mi primera Misa", en la que recuerda los detalles de aquella memorable celebración de "hace 11 años y siete meses" (13 de junio de 1865, 13 de enero de 1877). En esta carta renueva sus propósitos sacerdotales. Recuerda los detalles de su primera Misa, a la que califica de "las bodas con la esposa del Cordero". Reconoce sus defectos, pero que ha luchado para vencerlos. Seleccionamos algunas afirmaciones respecto a sus propósitos:

... "Es mi intención renovar... la consagración que hace once años, siete meses, hice con todo fervor... prometiendo entregarme a la educación de la juventud, y morir, antes que pecar"...

"De nuevo repito solemne y formalmente mis votos, promesas y juramentos hechos sobre este altar el 13 de junio de 1865".

Agradece el hecho de que por medio de tantos trabajos, "muchas almas se han consagrado a tu Divino servicio y que por mil títulos son dignas de vuestro amor y bendición". Respecto a las instituciones educativas y a la nueva Congregación, pide:

"Te ofrezco, Señor, y consagro establecimientos y cuanto en ellos si hiciere... consagrándote de una manera especial a aquellas que intentan consagrarse a tu divino servicio... Se establezca, crezca y se multiplique nuestra hermandad para beneficio de los pobres e instrucción religiosa de los ignorantes".

Entre los propósitos concretos de esta "carta conmemorativa", no falta la decisión de abstenerse de fumar, dedicando el importe a los pobres. Como nota final, deja patente su capacidad de trato personal y su decisión de no dejar la oración:

..."conservar mi carácter alegre, amable y cariñoso... Continuaré mis días de retiro el 13 de cada mes, mis ejercicios de piedad, y haré por no faltar jamás a mi media hora de meditación".

Después de proponer llevar estos propósitos escritos a los santos lugares de Tierra Santa, a Loreto, Padua y Lourdes, para pedir gracia especial para cumplirlos, estampa su firma y anota la fecha: Roma, sábado 13 de enero de 1877.

A continuación va anotando las fechas los lugares en que puso este cuaderno de Ejercicios sobre el altar durante la celebración de la Santa Misa, especialmente en Palestina (febrero, marzo y abril de 1877), Padua (15 de abril), Nuestra Señora de las Victorias en París (25 de abril), Lourdes (5 de mayo).

En el Diario deja constancia de que, a su salida de los Ejercicios, ratificó su "consagración a Dios y de la de las Hijas de María Inmaculada junto al sepulcro de San Luís Gonzaga".

Durante el tiempo restante entre los Ejercicios y el regreso a México, el P. José Antonio fue estudiando y redactando las Reglas para su Congregación, consultando numerosas Constituciones de instituciones religiosas, así como las de la Compañía de Jesús.

Las repetidas audiencias con Pío IX le sirvieron de aliento y de orientación, especialmente cuando presentó al Santo Padre (10 de febrero) a los estudiantes mexicanos enviados por él al Colegio Pío Latino. En una carta muy expresiva le daba cuenta con todo detalle de haber cumplido con el encargo que el mismo Papa le hiciera cuando se despidió de él después de ordenarse sacerdote (1865). La carta del Santo Padre, en respuesta a la suya, es del 28 de febrero de 1877, en la que, después de alabar su celo sacerdotal y todo cuanto ha realizado, dice sobre los estudiantes: "Los he abrazado con amor paternal... esperamos que algún día, sólidamente instruidos en la santa doctrina, volverán a su Padre y seguirán tus huellas, trabajando con igual ardor y fruto en la salvación de las almas". Las palabras que hemos subrayado, son proféticas.

En las notas del Diario de este año de 1877, van apareciendo muchos detalles de su peregrinación a Tierra Santa, de sus preocupaciones por Congregación naciente, de sus audiencias con el Santo Padre. La última que tuvo con Pío IX fue el 3 de abril de 1877. Entonces anota, entre otras cosas, lo que le dijo a Su Santidad: "¡Santísimo Padre, esta es la última vez que os veré en la tierra, pero me voy a empeñar en ser santo para volveros a ver en el cielo!"

Los Ejercicios habían dado su fruto, y le curtieron para afrontar nuevas y difíciles situaciones. El día 14 de junio llegó a Veracruz. Al pasar por México presentó a su tío Don Pelagio el Reglamento de su Institución religiosa, quien lo aprobó en todos sus detalles. Pero al llegar a Zamora, supo la noticia de la muerte de su querido Prelado José Antonio Peña y Navarro. Las dificultades sobre los colegios, resurgieron con inesperada fuerza. El 29 de julio reunió a las maestras para leerles el Reglamento. El 8 de diciembre quedó establecido el primer grupo que se consagraría en el nuevo Instituto para la educación de la juventud.

A fin de año, como era habitual en él, deja constancia de su gratitud hacia el Señor: "A la hora de costumbre hice función de Fin de Año en la parroquia, recordándoles a los fieles los muchos y grandes beneficios que el Señor nos hizo durante el memorable Año de 1877, para que por todos ellos le diésemos las debidas gracias, e implorásemos su Divino auxilio para el venidero".

Ejercicios de 1878

El año 1878 fue de gran actividad para al Sr. Cura de Jacona. En aras de su amor a la población, colaboró, con el consejo y la aprobación de su tío Don Pelagio, en la construcción del ferrocarril-tranvía entre Zamora y Jacona, que sería bendecido por el nuevo obispo el 6 de diciembre. En el campo espiritual y pastoral directo, hay que destacar la emisión de los votos por parte de las primeras 8 religiosas de la Congregación (2 de febrero).

El nuevo obispo de Zamora, Don José María Cázares y Martínez, fue consagrado en Morelia el 20 de septiembre, y posteriormente recibido con gran entusiasmo en Zamora. El P. José Antonio tuvo el discurso de recepción.

Los Ejercicios de este año de 1878 se celebraron en la Hacienda de la Noria, dirigidos por el Sr. Arzobispo de Michoacán, Don José Ignacio Arciga. A estos Ejercicios asistieron clérigos del arzobispado de Michoacán y de la diócesis de Zamora. Dieron inicio el sábado 23 de febrero y terminaron el lunes día 4 de marzo.

Al P. José Antonio le tocó de lector en el refectorio. Algunos detalles de esos Ejercicios no fueron de su agrado y lo deja por escrito: "El entusiasmo con que fui a los Ejercicios pronto se me apagó, pues nos los dieron al estilo del país; mucho de rodillas, voz queda y soñolienta. Además se soltó un airón terrible, y mi cabeza y cerebro se pusieron fatales". A ello se añadió un fuerte catarro. Consultó con el Sr. Arzobispo el reglamento de las Hijas de María Inmaculada, pero le predijo dificultades y persecuciones.

Durante los días de Ejercicios, llegó la noticia de la muerte de Pío IX y la elección de León XIII. El P. José Antonio, buen conocedor de las circunstancias de Roma, organizó, con el permiso del Sr. Arzobispo, una colecta en favor del nuevo Papa, que se envió a Roma junto con un cable trasatlántico de felicitación.

Las meditaciones de Ejercicios eran las tradicionales de la época, y también de línea ignaciana. El P. José Antonio anota que tiene 38 años, escribe el horario de esos días y una lista de cosas concretas de su vida que quiere discernir y mejorar: el cumplimiento de las resoluciones de Ejercicios anteriores, independizarse más respecto al Colegio de la Purísima, perfilar el Reglamento de la Congregación de las Hijas de María Inmaculada... El último punto parece reflejar las dificultades del momento e intuir futuros acontecimientos, cuando dice: "¿Qué hacer si Dios me llamara a otra parte?"

Como en otros Ejercicios anteriores, empieza con una oración en la que se pone plenamente en manos de Dios:

"Aquí me tenéis de nuevo ;dulce Jesús mío! retirado de los quehaceres y bullicio del mundo, pronto a escuchar tu divina voz... Que esta vez sean más duraderos mis propósitos".

De las meditaciones del primer día sobre la bondad de Dios y sus

beneficios, anota que ha correspondido poco a tantos beneficios, consciente de que su vida toda estaba llena de dones de Dios: "¡Qué pocos ha de haber que hayan recibido más beneficios que yo!"

Distingue entre sus deberes de cristiano y de sacerdote, indicando su fallos y motivándose para mejorar:

"Como cristiano, tengo obligación de imitar a Jesucristo... Como sacerdote, mi fin es la gloria de Dios, el provecho del prójimo y mi propia santificación"...

(Al recordar sus faltas, anota:) "Cuántos penitentes he encontrado mejores que yo!"

Entre las resoluciones tomadas al final del primer día, anota las siguientes:

"1ª Entregarme con gusto al fiel desempeño de mis ministerios. 2º No omitir mi meditación, preparación para la Misa, examen y Rosario. 3º Reformar mi trato con los demás".

Es interesante notar cómo las meditaciones tradicionales de los Ejercicios le llevan siempre a considerar la bondad de Dios, la exigencia de santidad, la poca respuesta y la decisión de volver a empezar. Las reflexiones tienden también a armonizar vida interior y dedicación al ministerio. Del segundo día entresacamos estas afirmaciones:

"¡Cuán misericordioso es mi Dios y cuan ingrato soy!"

"Si yo practicara todo lo que enseño, sería un santo".

"Seré firmísimo en las (resoluciones) que tomé en Roma".

La meditación sobre el pecado (tercer día) le ayuda a decidirse a evitar cualquier pecado leve: "Seré firme en evitar cosas pequeñas". Y luego concreta sus resoluciones:

"1º No faltar a mi meditación diaria. 2ª Hacer con puntualidad el examen particular dos veces al día, sobre los deberes de ministerio y propósitos. 3ª Noli me tangere".

Siempre le impresionó al P. José Antonio la meditación sobre la muerte y, consecuentemente, la fugacidad de las cosas. Sus notas del cuarto día (sobre la muerte) están llenas de colorido, pero siempre con la mira puesta en lo que no pasa, es decir, en el amor:

"Todos se han de olvidar de mí... mis huesos con el tiempo andarán rodando; y mi cabeza, ¡sabe Dios!"

"Tú sabes con cuánto interés y buena fe me consagré a tu divino servicio. Tú sabes que sin más interés que tu gloria y el bien del prójimo entré en el santuario"...

El quinto día, en la meditación sobre el juicio, anota un resumen de las gracias recibidas, sus viajes, sus obras, su estimación ("esas niñas que hoy me miran como un santo"). Pero se apena porque (según dice) "las almas que no se perfeccionan por mi impericia y morosidad". Se imagina el día del juicio y escribe: "¿Qué dirá Jacona contra su cura? Qué, las Concepcionistas?... De nada me servirá ser tenido por bueno en el mundo si no lo he de aparecer aquel día".

Ese mismo día anota otros propósitos que completan los anteriores:

"1° Hacer una buena y santa confesión general del año. 2° Hacer disciplina y otras penitencias durante toda la cuaresma. 3° Evitar todo mal ejemplo y reparar el que haya hecho".

El sexto día, jueves 28, es el tema del infierno. Las reflexiones le ayudan a relativizar los bienes de esta tierra. Termina con una oración llena de confianza:

"¡Oh dulce Jesús mío! no me permitas que en mí se pierda el fruto de tu preciosa sangre".

Las notas de los Ejercicios se truncan ahí. En el Diario anota su indisposición por falta de salud. No obstante, todavía le hicieron predicar en la función de clausura (lunes día 4 de marzo).

A partir de estos Ejercicios, el Diario de ese año de 1878 va anotando con detalle las obras apostólicas, las largas horas pasadas en el confesonario, las misiones populares, la organización de la enseñanza, etc. Como siempre, a final de año hace un breve examen y resumen del mismo: "El año de 1878 concluyó felizmente, gracias a Dios; pero fue muy fecundo en disgustos y maledicciones".

De los años sucesivos, hasta los Ejercicios de 1883 practicados en Roma, no se han encontrado cuadernos de notas espirituales escritas durante esos días de retiro. Naturalmente que del Diario y de los propósitos de años anteriores, se desprende que el P. José Antonio hacía su retiro mensual, especialmente en torno al día 13 de cada mes, para recordar su ordenación sacerdotal y su entrega total al Señor. Los finales de año son siempre muy expresivos en el Diario, agradeciendo a Dios los beneficios y proponiendo mejorar. Para no perder el hilo de la narración, resumimos los hechos entre 1879 y 1882.

Año 1879. La aprobación diocesana del Reglamento de las Hijas de María Inmaculada, por parte del Obispo Don José María Cázares, tuvo lugar el 15 de abril de 1879. El 13 de junio de este mismo año funda el Asilo de San Antonio para huérfanas internas, que correrían a cargo de sus religiosas. Ese mismo año acabó la restauración del santuario mariano de Nuestra Señora de la Esperanza, con la bendición del Sr. Obispo. Escribe a final de año: "En la noche hubo sermón de Acción de Gracias y Bendición con el Santísimo, y así concluyó para jamás volver mi trigésimo nono año de mi edad y 12° de mi ministerio Parroquial".

Año 1880. Fue año de grandes sufrimientos. Surgieron acusaciones sobre el empleo de un legado en favor de los Colegios de Jacona. Los padres de dos religiosas las reclamaron a sus casas, dando inicio a pleitos civiles y eclesiásticos. Le dolió enormemente el no poder contar ya con la confianza de su Prelado. Es verdad que su tío Don Pelagio, arzobispo de México, le alentó a no dejar sus obras apostólicas. Pero la salud se resquebrajó, hasta el punto de tener que ausentarse de la parroquia para consulta médica en Guadalajara. A final de año escribe: "En la noche hubo función de fin de año y prediqué; atraparon uno de los ladrones que robaron en el Asilo. Así concluyó el año de 1880, el cuadragésimo de mi vida y décimo quinto de mi sacerdocio. En él tuve grandes desengaños que dejo escritos; y gran consuelo de hospitalidad, inmerecida estimación que me prodigaron las principales familias de Guadalajara, por lo que les viviré reconocido".

Año 1881. La salud seguía debilitándose. Llegaron a México los tres primeros sacerdotes que se habían graduado en Roma, con gran alborozo y fiesta por parte de Jacona. Ello fue motivo para que se enviaran otros

jóvenes de la archidiócesis de México. Al mismo tiempo, las dificultades fueron en aumento. Se dio sentencia eclesiástica para que dos jóvenes congregantes regresaran a la casa de sus padres. El P. José Antonio, muy apenado, respondió: "Estoy conforme". Anota en su Diario: "¡Sea pues bendita la mano que me azota! Beso la mano del Prelado que tan cruelmente me ha herido y le perdono de todo corazón".

Resume ese mismo año de 1881 con estas palabras de su Diario: "He sufrido muchos descalabros durante el año y he tenido innumerables desengaños, que más bien han debilitado las fuerzas de mi cuerpo que las de mi voluntad, la cual con la ayuda de Dios permanece más que nunca. La institución del colegio de niñas parece que se bambolea... pero el Colegio de San Luís ya se levanta y lo contracimentaré. ¡Sálvanos, Señor!".

Año 1882. Fue uno de los años más dolorosos de su vida. Le llegó una carta de la curia de Zamora, fechada el 24 de abril, firmada por el secretario de la Mitra, comunicándole el cese del curato por orden del Prelado. El P. José Antonio escribió dando las gracias y pidiendo perdón por si hubiera ofendido al obispo. No fue posible defenderse de las calumnias. Entonces escribe en su Diario: "Estoy tan acostumbrado a sufrir que más bien siento consuelo por la disposición superior por lo que toca al Curato, y tristeza porque cada letra (de la carta) es un desengaño para mí... Mi conciencia está tranquila, bendito sea Dios... Todos me quieren más que cuando tomé posesión de esta parroquia quince años ha".

Después de entregar el Curato al nuevo párroco (27 de mayo de 1882), recomendando al pueblo "recibieran bien al nuevo párroco, y encargándole a éste les viera como hijos", viajó a México para entrevistarse con su tío. Desde el mes de junio de este mismo año de 1882, por invitación de Don Pelagio, el P. José Antonio estudió la posibilidad de unir su naciente Congregación con la del P. José María Vilaseca. Después de largas entrevistas y consultas, en México y durante el viaje a Roma (iniciado el 26 de octubre), el resultado será el de continuar cada uno por su camino.

El año 1882 lo finalizó ya en Roma. Escribe en su Diario: "Así terminó el año de 1882, que indudablemente formará época en mi vida, como el más turbulento de mi existencia. Ahorita aparece como el hecho mortuorio de todas mis tareas y sacrificios, pero estoy seguro de que Dios todo lo ha permitido así, para su mayor gloria y bien de mi alma".

3. UN CAMINO DE DESIERTO COMO MISIONERO APOSTOLICO Y ABAD DE GUADALUPE

El título de "misionero apostólico" lo había recibido el P. José Antonio en 1877. Tal vez le sirvió poco durante los primeros años. Ahora, ya dejados los cargos de Jacona, se le abrirían nuevos horizontes. Pero esa apertura fue lenta y no exenta de fatigas en el discernimiento.

El viaje a Roma (iniciado en octubre de 1882) y a Tierra Santa (ya en 1883) le sirvió para reflexionar sobre su situación y para celebrar de nuevo unos Ejercicios Espirituales en la Ciudad Eterna (marzo de 1883), y ya de camino de regreso hacia México, otros Ejercicios en Birmingham (julio de 1883). El 24 de febrero de 1883 fue recibido por León XIII, para tratar de la Congregación.

El 13 de marzo, tuvo otra audiencia pontificia, durante la cual presentó a los jóvenes mexicanos estudiantes en el Colegio Pío Latino, y recibió del Papa grandes alientos para él y sus discípulos. Entre otras cosas, les dijo el Santo Padre: "Háganse muy virtuosos, porque están llamados a ser los apóstoles de México". Durante su estancia en Roma, no quiso defenderse ni acusar a nadie respecto a las dificultades tenidas en el curato de Jacona.

Ejercicios de 1883 y tercera peregrinación a Palestina

Aprovechando su estancia en Roma, practicó los Ejercicios anuales, en la casa de los Padres pasionistas, Santos Juan y Pablo, durante los días 14-21 de marzo. Sus notas personales son breves, pero muy significativas.

Su divisa, "Valor y Confianza", aparece al inicio de las notas. Anota con precisión que era el miércoles 14 de marzo, a las cuatro de la tarde, cuando entró en Ejercicios, y que salió de ellos el miércoles santo día 21. Su cuarto se encontraba en el último piso, con el número 1. En el Diario apunta: "Instalado en él, me puse a arreglar mis cosas y a rezar".

Es también en el Diario donde encontramos algunos detalles más, como el canto inicial del "Veni Creator", la "voz de trueno" del Padre predicador, el Rosario rezado después de cenar, el horario concreto para esos días.

La confesión general, desde 1877 hasta 1883, la hizo el día 16, con cierta detención y en plan de consulta, "quedando muy contento y descargado". En el Diario anota que el confesor (el P. Salvador) era "áspero y seco". También escribe allí que los ejercitantes iban llegando los días siguientes, hasta el número de 25, con algunos obispos.

En estos Ejercicios renueva los propósitos de años anteriores, aquilatando mejor según las presentes circunstancias. Recordemos algunos:

"Cada año para San Antonio leeré y examinaré mis propósitos presentes y anteriores".

"Apenas despierto me levantaré, y apenas vestido me arrodillaré aunque sea un instante a dar gracias. Al ponerme la sotana, «Dominus pars haereditatis meae» (el Señor es la parte de mi herencia), besándola".

"Meditación media hora por lo menos y un misterio del Rosario aunque sea. Dormir con un Crucifijo en mano".

"Sufrir los trabajos de Jacona con paciencia y humildad y no hablar de ellos, diciendo «SEA POR AMOR DE DIOS, MAS PADECIO CRISTO POR MI».

Procuraré no apegarme a persona o cosa alguna. Haré bien a mis enemigos. El Viacrucis los viernes con el pueblo. Benedícite al comer. Los martes a San Antonio, los miércoles a San José, los viernes a la Pasión y los sábados a la Sma. Virgen alguna mortificación. Tener agua bendita junto a la cama y rociar antes de acostarme"

Es importante notar su costumbre tan arraigada de una especie de retiro anual el día de San Antonio (aniversario de su primera Misa), para leer y examinar los propósitos. Al final de los presentes Ejercicios, anota todavía: "Leer estos propósitos por los menos una vea al mes, y ahora cada semana". En el Diario anota que, al final de los Ejercicios (20 y 21 de marzo), celebró "Misa en los cuartos de San Pablo y en su capilla". Al volver a casa se encuentra con "un alto de cartas".

Respecto a estos y a otros Ejercicios, existe también alguna carta de Don Pelagio, quien había recibido noticia de los mismos y le manifiesta santa envidia por esos días de recogimiento de que el Prelado no podía disponer.

El relativo vacío de las notas personales de los Ejercicios de 1883 en Roma, se puede llenar con algunas de sus reflexiones espirituales durante su peregrinación a Tierra Santa, iniciada el 11 de abril, junto con su sobrino el P. Francisco Plancarte y Navarrete, recién doctorado. El regreso a Italia sería el 10 de junio.

Las intenciones más hondas que traía en su corazón eran la de encomendar su nueva situación apostólica y la Congregación religiosa. Su encuentro con el Padre Ratisbona le sirvió para profundizar en el sentido providencial de sus sufrimientos. Cada visita dejó una huella imborrable en su corazón, como eco de tantas meditaciones de Ejercicios sobre la vida del Señor. De hecho, algunos matices de las Reglas para sus religiosas corresponden a meditaciones en los lugares santos: Belén, Nazaret, Tabor, el Jordán, el Calvario, el santo sepulcro...

Las notas más emocionantes de su Diario son las que se refieren al Calvario y al sepulcro. Ahí sus sentimientos afloran a borbotones, dejándose sanar por la pasión y resurrección del Señor. Ahí, junto a la cruz, la noche del domingo 29 de abril, escribió retazos de su vida ensangrentada como la de Jesús:

"A las 8:30 de la noche escribo esto sobre la roca donde enarbolaron la cruz en el Calvario: en mi tercer viaje, año de 1883, mes de abril. ¿Dónde estoy? ¡Dios mío!... abrazado de la peña que sostuvo tu cuerpo crucificado...la que chorreaste con tu preciosísima sangre... la que María regó con sus lágrimas al recibir en sus brazos tu cuerpo exánime... la que se despedazó de dolor cuando exhalaste el último suspiro. ¡Y yo miserable pecador tengo esta dicha! ¡Y la tengo por tercera vez!...

"¡Cuán bueno y misericordioso es Dios conmigo! ¡Cuánto me quiere!... Enséñame, Señor, a serte agradecido. Háblame, Señor, y dime lo que de mí quieres... ¿Que perdone a los que me han hecho mal? Perdónales, Señor... ¿Que apure el cáliz hasta las heces? Mi alma es ya un mar de amargura y no puedo beber ya más si tú no renuevas mis perdidas fuerzas".

"Dame, Señor, valor y confianza para apurarlo, para vivir crucificado y para arrostrar y vencer las dificultades y tropiezos que a cada paso encuentro... Castígame a mí, pero no castigues a aquellas pobres almas que de tan buena voluntad se han consagrado a tu servicio... Castígame a mí, pero no prives del bien a mi pobre pueblo... Castígame a mí,

pero no destruyas las buenas obras que he iniciado, si es que fueron para tu gloria... no destruyas lo que hice en honor tuyo"....

"¿Bajaré de este Santo Monte con las manos vacías? NO... Aquí fue nombrada María Madre de los pecadores. Aquí murió Cristo por mí. Yo bajaré de aquí consolado, rico de *valor y confianza* y perdonado de todas mis culpas... **Seguiré caminando por el desierto**... Valor y confianza"...

"No puedo ceñir mi cabeza de oro, donde Cristo la tuvo coronada de espinas... En las obras que he hecho no puedo esperar gozo, paz, honor y protección humana, pues las he hecho por un Señor que nació, vivió y murió perseguido, calumniado, despreciado y abandonado hasta de su Padre. Dame, Señor, valor y confianza... No borres de mi alma lo que siento ahora que tengo abrazada esta santa peña del Calvario, donde moriste por mí".

Hemos subrayado en esta oración la frase que se ha convertido en título de nuestro estudio: **Seguiré caminando por el desierto**". Esta oración, de tanto sentido lírico y místico, preñada de contemplación misionera, quedó ampliada y ratificada con las luces de la resurrección, sobre el Santo Sepulcro ya a las 11 de la noche. Es una oración contemplativa que contiene el paso de la cruz a la luz, del sufrir con Cristo doloroso, a gozar con él resucitado:

"¡Aquí murió la muerte!... ¿Podré rehusar mi cruz? ¿Me quejaré de mis padecimientos?... Dios mío, manda cruces, tribulaciones y cuanto gustes, pero acompañadas de fuerzas, pues a la vista de este sepulcro glorioso y triunfante se endulzan las amarguras, huyen el temor y la tristeza y el alma apetece el Calvario. ¡*Valor y confianza!* Si morimos crucificados con Cristo, con Cristo resucitaremos gloriosos y triunfantes. Haz, Señor, que yo y los míos llevemos con gusto nuestra cruz hasta la muerte... para que subamos triunfantes al cielo"...

Los detalles del resto del viaje por Tierra Santa han quedado descritos en el Diario. El 10 de junio llegaron a Italia. El P. José Antonio fue visitando sus santuarios queridos en Roma, Loreto, Asís, Padua... Luego pasó a París y Oscott (Inglaterra).

Durante este año de 1883, al pasar por Oscott, tuvo la ocasión de celebrar otros Ejercicios (dos tandas en el mismo año). Hacía 21 años que había salido de Oscott. Aunque no se han encontrado las notas personales, sí tenemos unos detalles significativos de estos Ejercicios, que tuvieron lugar en el Colegio de Santa María, dirigidos por el jesuita P. Whitty. Eran para el clero y duraron del 30 de julio al 4 de agosto. Detalla algunos nombres conocidos suyos, superiores y compañeros. Anota también que se confesó, como tenía costumbre, y que el confesor le "alentó mucho".

De estos Ejercicios en Oscott anota: "Es tan bueno Dios conmigo, que hasta el antojillo de hacer unos Ejercicios en Oscott, me ha concedido". Recordará el fruto todavía en 1891, durante otros Ejercicios en Londres: "Los que hice en el Colegio de Oscott en 1883, me sirvieron para el golpe de Jacona y mis empresas de México durante 8 años".

En una carta de Don Pelagio (30 de agosto), a quien el P. José Antonio dio cuenta de los Ejercicios, su tío le felicita como había hecho en Ejercicios anteriores: "Te felicito por tus Ejercicios, que conserves para siempre su fruto".

Desde Inglaterra regresó pasando por París para intentar llevar misioneros oblatos a México. Intentó también encontrar a Don Bosco en

Chambery y, al no conseguirlo, le escribió una carta pidiéndole religiosos salesianos; respondió Don Juan Cagliero en sentido negativo por el hecho de tener que enviar misioneros a sectores difíciles de Argentina (Patagonia, Tierra del Fuego, Magallanes, etc.).

Al llegar de nuevo a Roma, escribe a sus religiosas, resumiendo las cruces de Jacona, dejando entender sus penas, su actitud de perdón y su absoluta confianza en Dios. Veamos sólo unos breves párrafos, que parecen notas espirituales meditadas en Ejercicios: ..."Me puse a discreción de mi Ilmo. tío el Sr. Labastida y el Ilmo. Sr. Camacho, para que ellos obrasen a su antojo; me ausenté de la Patria para que mis superiores y jueces tuvieran más libertad al dictar sus disposiciones... Me hallo junto a los supremos tribunales de la Iglesia, donde jamás cierran sus oídos a la justicia y en donde tengo amigos de poderosa influencia y una reputación bien sentada, y me voy de Roma sin haber abierto mis labios para implorar remedio a mis males... ¡Dios los perdone!"

En septiembre de este año de 1883, ya de regreso a México, pasó por Barcelona para cumplir un encargo de su tío y pedir religiosos Misioneros del Corazón de María, fundados por San Antonio María Claret. El P. Xifré, Superior General, accedió a fundar en México. En carta a Don Pelagio, el P. José Antonio le cuenta los detalles con alborozo, con la nota curiosa: "Voy a ver si el P. Claret que es el Subdirector y un ángel en carne humana, va conmigo". Más bien fue el P. Solá acompañó a los primeros sacerdotes cordimarianos para hacer la fundación en México, a donde llegarían en noviembre de 1883. La fundación tendría lugar en Veracruz ya el 8 de agosto del año siguiente (1884).

Llegado a México, el P. José Antonio se puso a disposición de su tío Don Pelagio, quien enseguida le confió diversos encargos apostólicos, casi todos ellos muy exigentes y relacionados con la predicación. Escribe en sus notas: "Como aquí hago el papel de machito nuevo, me agregan cuanto sobernal encuentran y todos tienen ganas de probarme. Yo no lo siento, antes me alegro, pues hago algún bien y no tengo tiempo de pensar feo".

Trabajos apostólicos entre 1884 y 1887

Hemos de resumir esos años de la nueva etapa misionera del P. José Antonio (a partir de 1884), sólo con breves alusiones a los principales sucesos, para poder captar mejor sus notas posteriores de Ejercicios Espirituales, que, como siempre, responden a su situación sacerdotal.

En el año 1884 hizo una visita de unos pocos días a Jacona, iniciada el 11 de abril, para saludar al Sr. Obispo, dar Ejercicios a su Congregantes, recibir la profesión de dos novicias y admitir el ingreso en el noviciados a cinco postulantes. A principios del mes de mayo estuvo de vuelta en México D.F. para responder a la petición de Don Pelagio, quien quería que las Congregantes se encargaran de un Colegio para niños en Tacuba. Así comenzó, el día 19 de mayo, el nuevo Colegio de San Luís (hoy Instituto Morelos).

El 29 de julio de 1884 recibió el título de Socio Fundador de la Obra de Expiación Nacional en Londres. Ese mismo año, el 22 de octubre murió doña Josefa Plancarte y Labastida de Paz Romero, la hermana querida que había sido para él como una madre y que le había colaborado siempre en la obra de la Congregación de las Hijas de María Inmaculada.

Durante el año 1885, el P. José Antonio tenía a su cargo ocho Colegios de México D.F., como Director, además de otros como Visitador. Hizo otra breve visita a Jacona en febrero, para arreglar lo concerniente al testamento de su hermana Josefa. El 13 de junio (San Antonio) comenzaron los

preparativos para la construcción del Templo Expiatorio Nacional de San Felipe. El Sr. Arzobispo de México D.F. le entregó el día 12 de septiembre la dirección del Colegio Clerical de San Joaquín para formar sacerdotes diocesanos. En este Colegio le colaborarían sus discípulos formados en Roma.

La Congregación de las Hijas de María Inmaculada, que ya había sido aprobada por el Sr. Obispo Cázares en 1879, quedó erigida canónicamente también en México D.F., por el Sr. Arzobispo Don Pelagio, el 19 de septiembre de 1885, ya con el nombre definitivo de Hijas de María Inmaculada de Guadalupe. La Superiora General, María Soledad Hurtado, al recibir la noticia, respondía desde Jacona, agradeciendo sus fatigas, prometiendo fidelidad y terminando su carta con este deseo: "Que el Señor conserve a nuestro amadísimo Fundador, hasta que vea a sus indignas hijas remediando las necesidades de los pobres, aun en las regiones más remotas de la República Mexicana" (Carta del 12 de octubre de 1885). El 13 de octubre se publicó la primera edición de las Constituciones de la Congregación.

El año 1886 discurre también con sucesos muy significativos de dimensión mariana. En este año, el 14 de febrero, tuvo lugar la coronación pontificia (con breve de León XIII) de la imagen de la imagen de Nuestra Señora de la Esperanza, de Jacona, con los debidos permisos y con asistencia de Don Pelagio. También el mismo Sr. Arzobispo, el 2 de agosto, puso la primera piedra del Templo Expiatorio Nacional de San Felipe. El 24 de septiembre, los arzobispos de México, Morelia y Guadalajara firmaron, en nombre propio y de sus obispos sufragáneos, las preces para obtener de León XIII la coronación pontificia de la Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe. Al P. José Antonio, el 8 de noviembre se le encarga iniciar los preparativos. Para este objetivo publica (el 12 de noviembre) un "Catecismo de la corazón de Ntra. Sra. de Guadalupe", que serviría para recoger limosnas en toda la República.

Durante el año 1887 pudo reforzar el profesorado del Colegio Clerical de San Joaquín de México, con profesores provenientes del Colegio de San Luis de Jacona que se había clausurado. El 8 de febrero, León XIII firmó el breve pontificio por el que concedía la coronación pontificia de la imagen guadalupana para el mes de diciembre del mismo año. Pero puesto que antes de la coronación era necesario restaurar la Colegiata, el Santo Padre concedió retrasar la ceremonia. El encargo de esta restauración también recayó sobre el P. José Antonio, ya bastante ocupado en la construcción del templo expiatorio de San Felipe. Con los trabajos comenzaron las dificultades y la oposición por parte de los anticlericales y también desde dentro de las filas eclesiales. Los periódicos de la época ofrecen abundante y divertida literatura sobre el tema. Para el P. José Antonio lo importante era que todos pudieran "mirar a toda luz el semblante apacible y conmovedor de la milagrosa imagen" (carta a los canónigos opositores de la coronación). Nos imaginamos al Padre escribiendo esta carta mientras contemplaba en sus manos y de su propiedad la fotografía de la imagen mariana, tomada el 22 de febrero de 1887 (del fotógrafo Manuel Buenabad).

Ejercicios de 1888

El año 1888 tiene la característica de desarrollarse como continuidad de los trabajos ya iniciados: la construcción del Templo Nacional Expiatorio de San Felipe, la reconstrucción de la Colegiata, la preparación de la coronación de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe. Es el año en que se trasladó la imagen de la Virgen (23 de febrero) al convento de Capuchinas, frente a la Colegiata, para poder realizar más fácilmente las obras de reconstrucción.

Los Ejercicios Espirituales de este año los realizó en Puebla, del 15 al 22 de octubre, en la Casa de la Concordia, bajo la dirección del jesuita

P. Cerda, antiguo cura de Ario. Las notas que componen este cuadernillo son relativamente amplias y también suficientes, para poder adentrarnos de nuevo en un corazón de apóstol, que pasa de nuevo por el *desierto* para poder continuar su *labor misionera* con mayor entrega. Cada día lo dedica a un santo: San Antonio (dos veces), Santa Margarita, San José, San Pedro de Alcántara, San Felipe de Jesús, San Francisco de Sales, San Agustín. Vemos una continuidad de decisiones evangélicas, en armonía con los Ejercicios anteriores, ante nuevas situaciones y nuevas dificultades.

Como en cuadernillos anteriores, empieza con una oración llena de humildad y confianza. Practicar los Ejercicios es una gracia de Dios. Escribe:

"¡Dios mío! A los innumerables beneficios que he recibido de tus santísimas manos, y que en vez de disminuir has multiplicado, agrego hoy el de estos Ejercicios... podrán ser los últimos de mi vida... Que no pierda tiempo tan precioso... que por medio de ellos perfeccione las obras que se me han encomendado y las encamine a la mayor gloria de Dios y bien de mi alma. Amén".

Anota, como es su costumbre, el horario con todo detalle y pasa a resumir las reflexiones y los propósitos. Inmediatamente escribe una afirmación-propósito, a modo de "preparación" o disposición inicial, que le va a orientar durante todos los Ejercicios:

"Debo entregarme a Dios por completo y sin reserva y hacer cuanto El me inspire en estos Ejercicios, ya sea reformando lo hecho, o emprendiendo cosas nuevas".

El primer día, al meditar la creación, recuerda los beneficios de Dios y la propia correspondencia, y anota:

"¿A quién ha hecho Dios más beneficios que a mí?... ¡Qué influencia tan grande me ha dado! Señor! Señor! que no abuse de tu gracia".

La meditación de San Ignacio sobre la "indiferencia", para disponerse a discernir y seguir la voluntad divina, siempre le había impresionado y ayudado a sacar consecuencias muy concretas. Recuerda, pues, los acontecimientos pasados para ver en todo una señal providencial:

"La experiencia me enseña que Dios lo dispone todo para mi mayor bien. El terrible padecimiento de Jacona, en el cual procuré hacerme indiferente, me atrajo los copiosísimos frutos que estoy cosechando en México. La formidable guerra de los Opositores a la Coronación, sirvió para que emprendiera por completo la reforma de la Colegiata y así ha sucedido en todos mis males y persecuciones. Seguiré, pues, con empeño las obras del Señor".

En el libro de la creación y en la historia de salvación, siempre encontró el P. José Antonio abundante material para agradecer y estimularse a mayor santidad. Entonces redescubre que su vida está toda ella llena del amor de Dios:

"¡Cuán numerosos son los medios que tengo para salvarme! Nadie los tiene como yo. Asilos, Congregación, Clerical, San Felipe, la Colegiata, aceptación en público... Quiero ser completamente tuyo, deseo hacer en todo tu voluntad".

Además de las reflexiones personales y de los propósitos, intercala oraciones en relación al mismo tema meditado. Allí descubrimos también su situación espiritual y corporal. Después de renovar los propósitos de

Ejercicios anteriores, añade unas líneas muy características de su espiritualidad:

"Hacerme indiferente en cuanto a mi enfermedad de corazón, y no desear otra clase de muerte, si no ésta o la que Dios me mande. Jesús, José y María".

"No usar de las creaturas sino en cuanto me ayuden para salvar mi alma, hacerme completamente indiferente a todas ellas, menos a las que me señale la voluntad de Dios".

Las meditaciones del segundo día, dedicadas al pecado, le suscitan de nuevo la llamada a la santidad. En la redacción aparece como idea central el poco agradecimiento de los bienes recibidos, con un estilo muy teresiano e ignaciano a la vez:

"¡Quién más ingrato que yo, que he sido el más favorecido de los Sacerdotes!... Fácilmente he podido ser santo, he tenido sobrados medios para serlo. Dio se ha esmerado conmigo para que lo sea ¡y no lo soy!"

El tercer día, sobre los novísimos, le hace recordar que su vida se puede acabar pronto: "He de morir y no dentro de muchos años, sino en breve, pues ya tengo 48 años". Ello le sirve de estímulo para "reparar lo perdido". Y añade: "Aprenderé a morir, muriendo diariamente".

Estos Ejercicios le sirven para recordar los de años anteriores. Pero también recuerda los muchos Ejercicios que ha dirigido a otros, usando la expresión "mil veces dado". Por esto, procura renovar los propósitos de vida práctica, que consideró siempre importantes:

"Visitar al Santísimo diariamente. Tener un cuartero para hacer mi examen particular sobre la pasión dominante. No dejar pasar ocho días sin confesarme, para lo cual escogeré confesor seguro y fácil" (de encontrar).

Al final de las meditaciones sobre los novísimos, hace una oración que deja entrever su actitud permanente de humildad y confianza filial, terminando con estas palabras que recuerdan sus experiencias del Calvario:

"Mi afianzo de tu ensangrentada cruz y confío que ella será la áncora de mi salvación".

La meditación sobre el hijo pródigo (tercer día) le recuerda los beneficios recibidos y la posibilidad de reanudar gozosamente la entrega a Dios:

"¡Qué preciosa y cuantiosa herencia he recibido de Dios!... No volveré a faltar a mis resoluciones. Mi Padre ha salido a mi encuentro, me ha abrazado... Soy feliz. Nunca lo abandonaré".

La meditación del Rey temporal (también en el tercer día de los Ejercicios) siempre le había impresionado, ayudándole a asumir los compromisos de generosidad evangélica que ya había anotado desde los primeros Ejercicios. Ahora anota:

"No tengo que escoger. Alistado estoy bajo juramento... aún estoy luchando contra la sensualidad, me armaré de valor; estaré vigilante y con el ejemplo de mi Rey, triunfaré".

También durante el tercer día meditó respectivamente sobre la

Encarnación y Nazaret. María le sirve de apoyo para entrar en el misterio de la pobreza y humildad de Jesús:

"-He aquí la esclava del Señor- ¡Qué humildad! ¿Cómo puedo yo ensorbercerme?... Tenemos en Jesús y María, modelos perfectos que imitar. ¡Que yo los aproveche haciéndome humilde!"

"¡El Rey de la gloria nació en un establo abandonado!... María lo calentaba con su amor - yo lo enfrió con mi indiferencia".

Después de anotar, como propósito, "hacer alguna mortificación, aunque sea pequeña todos los viernes y sábados", hace una oración final del día, que indica un firme convencimiento de ser amado y una resolución firme de amar al Señor:

"¡Rey celestial y divino, amorosísimo Redentor mío! Aquí está pronto a seguirte aquel cobarde desertor que tantas veces se ha alistado en tu ejército, pero no ha luchado con constancia... Vengo, pues, a implorar tu clemencia y a pedirte valor, fuerza y constancia para reconquistar mis perdidos laureles... para que por ellos me des la recompensa de amarte y poseerte eternamente. Amén".

En el quinto día (dedicado a San Felipe de Jesús) anota principalmente las meditaciones de las dos banderas y de la reforma de estado. Renueva, pues, su decisión de seguir a Cristo generosamente, dejándolo todo por él, pero, al recordar su debilidad, se apoya filialmente en María:

"Yo sí quiero, lo deseo ardientemente, seguir a Cristo. Conozco mi flaqueza, pero hallaré apoyo en María Santísima. A ti me vuelvo, oh duce Madre... obténme la suma pobreza espiritual".

En el momento de concretar su reforma, según el estado de vida sacerdotal, va anotando los propósitos anteriores, matizando y ofreciendo datos interesantes para nuestro estudio: prepararse mejor para celebrar la Santa Misa y dar gracias, rezar bien el Oficio divino (iniciado con el recuerdo de María y la invocación a San Felipe), "examen dos veces al día", "confesión semanal con cualquiera, y mensual con el Director", visita diaria al Santísimo (dice curiosamente: "en el templo o a la puerta si no está abierto"), "Rosario con el mozo siempre que fuere posible o solo", oraciones de la mañana y de la tarde, "un cuarto de hora de lectura espiritual (por lo menos)", "alguna mortificación viernes y sábado", "tener un libro de apuntes" (en relación a albaceas y herederos), Ejercicios al menos cada dos años y retiro especial anual por San Antonio, prudencia, paciencia y recato en las enfermedades... Y como propósito final (el 13º), que resume su vida espiritual en relación con el ministerio, escribe:

"Trabajar con mayor ahínco, en el perfeccionamiento espiritual y temporal de la Congregación de Hijas de María Inmaculada de Guadalupe, siendo para ellas verdadero padre y dechado perfecto de virtud. Hacer lo mismo tratándose de los establecimientos que están a mi cargo como son Asilos y Clerical, para lo cual me ayudarán mucho todos los propósitos presentes y pasados".

Termina los propósitos con una oración humilde y confiada, que refleja la vivencia del misterio pascual según la característica que había aprendido de su madre:

"¡Señor! tú me los has inspirado; en ti espero hallar la gracia, fuerza y constancia para cumplirlos. Los coloco en la llaga de tu Santísimo Costado, lugar donde siempre me colocaba mi amada madre (q.e.p.d.) y del cual no quiero salir hasta no juntarme con ella en el

cielo para amarte y bendecirte eternamente. Amén".

Las oraciones se van sucediendo, en momentos especiales, durante los Ejercicios. Pero al final de este quinto día, hay una *oración dirigida a San Felipe de Jesús*, llena de humildad, con detalles de cierto humor espiritual, puesto que se aplica a sí mismo la anécdota de la higuera seca de la vida del santo mártir (que fructificó el día de su martirio). Pero en su caso, la aplicación es a través de una Iglesia (su madre) que espera y desea verle santo, al menos el día de su martirio. A mi entender, este texto, tan sencillo en sí mismo, es una fibra viva del alma del P. José Antonio. Y, sin saberlo, anuncia que su vida será de perfección sólo cuanto sabrá aceptar y vivir la cruz martirial que el Señor le ofrece en la vida apostólica. El texto es de antología:

"¿Felipillo santo? ¿cuando la higuera críe higos! Esto digo de mí mismo, cada vez que recorro el catálogo de mis pecados, y lo encuentro aumentado por mis iniquidades, cuando leo mis propósitos, que son otras tantas infidelidades. ¿Qué hago, glorioso Felipe de Jesús? ¿Renuncio a la esperanza de perfección? ¿Me doy por perdido? No, mil veces no, por eso he renovado mis propósitos y vengo a depositarlos en tus manos, para que tú seas fiador de mis promesas; me hagas cumplirlas fielmente y me alcances la gracia de que así como levanto tu santo templo expiatorio, con la limosna de los fieles, así reedifique en mí el templo vivo del Espíritu Santo con tu ayuda, para que llegue el día en que los siervos de Dios griten a mi madre la Iglesia, como la esclava gritó a tu madre, el glorioso día de tu martirio: ¡Antonio es Santo, la higuera tiene higos! Amén".

Las meditaciones del sexto y séptimo día giraban en torno a la pasión del Señor. San Antonio de Padua y San Francisco estaban de transfondo como protectores y modelos. Son temas que siempre habían impresionado al P. José Antonio: Getsamní, el Calvario, María al pie de la cruz... Anota algunas reflexiones, oraciones y propósitos:

"Amorosísimo Jesús mío!... Tuyo soy, todo tuyo, y nada más que tuyo, y así quiero permanecer hasta el último instante de mi vida, para que tú sean mío por toda la eternidad. Amén"...

"Ecce homo! He aquí al hombre pecador, al sacerdote indigno, al favorecido ingrato. Lávalo de nuevo con la preciosa sangre que corre de tus espaldas; quítale la sensualidad e infúndele el espíritu de penitencia para que siempre viva mortificado en sus pasiones y casto en sus acciones"...

"María es mi Madre y me ayudará a salvarme. Me entrego a tus brazos, Madre mía, sálvame. En ti espero guardar bien mis propósitos"...

Al final de las meditaciones de la pasión, expresan sentimientos de San Francisco Javier y de Santa Teresa, repitiendo el final del soneto a Jesús crucificado (que se atribuye a ambos): "No me mueve, mi Dios para quererte, el cielo que me tienes prometido. Muéveme el verte en una cruz por mí".

Del último día (el octavo) anota sólo unas reflexiones de la contemplación sobre el amor. Después de recordar el amor de Dios, dice: "Quiero, Señor, corresponderte". Finaliza luego con una oración que es un resumen de su entrega al Amor. Entresacamos sólo algunas frases:

"El amor exige comunicación de bienes entre los amantes. Tú me has dado todo cuanto poseo ¿Qué puedo yo darte que no sea lo mismo que de tu amor he recibido?... Cuanto tengo y cuanto poseo, tú me lo has

dado; a ti, Señor, te lo restituyo. Te amo, Señor, con todo mi corazón, con todas mis fuerzas, con toda mi alma. Quiero ser todo tuyo, verdaderamente tuyo, solo tuyo y probártelo con mis obras más que con mis palabras. Acepta mis deseos, bendice mis propósitos y consérvame en tu gracia. Amén".

Los años posteriores a estos Ejercicios de 1888 irán reflejando sus actitudes sacerdotales de equilibrio entre la vida interior y la acción apostólica. En 1889 es nombrado miembro de la asociación en favor de las almas de los sacerdotes difuntos (29 de enero); inaugura el Asilo de la Soledad (hoy Instituto Esperanza) para huérfanas, en Tacuba (4 de junio); sale a misionar por toda la República para recoger limosnas en favor de las obras que está emprendiendo (desde el 9 de abril hasta el 6 de octubre).

Es en este período misionero, cuando el P. José Antonio dirigió los Ejercicios a la Sierva de Dios Concepción Cabrera de Armida con un grupo de Hijas de María (San Luís de Potosí, Colegio del Sagrado Corazón, del 28 de julio al 4 de agosto de 1889). Y fue en estos Ejercicios cuando la Sierva de Dios recibió del Señor la inspiración especial que marcó toda su vida posterior: "Tu misión es salvar almas". A estos primeros Ejercicios hará ella referencia en diversos lugares de sus escritos. Los apuntes de estos Ejercicios le sirvieron a Concepción Cabrera de Armida para transmitir el mismo mensaje a las mujeres de la hacienda de Jesús María. El celo de almas había sido siempre el mordiente apostólico del P. José Antonio.

En 1890 celebró sus bodas de plata sacerdotales y de su primera Misa (13 de junio).

Ejercicios de 1891

El año de 1891 fue de grandes sorpresas para el P. José Antonio. El 4 de febrero murió su tío y pastor Don Pelagio, arzobispo de México. Tenía 75 años, de los que había sido obispo 36 (25 en el arzobispado de México). A los pocos días, el 10 de febrero, el P. José Antonio pone en manos del Vicario Capitular (Mons. Próspero M^a de Alarcón) todos sus cargos y oficios. El mismo Sr. Vicario le responde con fecha del 19 de febrero, confirmándole en todos sus cargos y trabajos apostólicos: Colegio Clerical, Asilos, Colegiata de Guadalupe, Templo de San Felipe...

El P. José Antonio tuvo que salir hacia Europa (julio de 1891) para arreglar los asuntos testamentarios de su tío. Esta fue una buena ocasión para pasar por Santa María de Oscott y por París, donde mandaría hacer la corona para la Virgen de Guadalupe. Es, pues, entonces cuando tuvo ocasión de practicar los Ejercicios Espirituales en el Colegio de San Edmundo de Londres, que iniciaron la tarde del 27 de julio.

De esos Ejercicios dice en su Diario: "Deseando estaba este alimento espiritual desde hace mucho tiempo". Para conseguir plaza, le ayudó la influencia del Cardenal Manning, quien le había recibido y había hecho enviar un telegrama para que le reservaran un aposento. El P. José Antonio comenta:

"¡Qué bonito hace Dios todas las cosas! ¡No cabe duda, que soy el niño mimado de la fortuna! ¡Ojalá y sepa aprovecharme de esta nueva gracia que el Señor añade a las innumerables que ya me ha concedido".

En estas notas recuerda los Ejercicios que hizo en el colegio de Oscott en 1883, que le habían dado fuerza para superar los sucesos de Jacona y para afrontar las nuevas empresas apostólicas "durante 8 años". Y

recordando también su situación de orfandad espiritual por la muerte de su tío, dice:

"Estos quiero que me sirvan para mi orfandad y el perfeccionamiento de aquellas (empresas), sobre todo de la Congregación y sus obras".

Ya iniciados sus Ejercicios, anota los detalles providenciales por los que quiso Dios que los practicara en Londres y no en Oscott como había querido a principio. Escribe así:

"Aquí estoy ya instalado en mi cuarto para empezar, y resuelto a hacer cuanto sea necesario para el bien de mi pobrecita alma, cueste lo que costare y confiando en la ayuda del cielo".

Después de los Ejercicios, hizo una breve visita a su querido Oscott, desde donde recuerda, en cartas privadas, "los años felices" de sus estudios, allí donde fuera la "cuna de mi vocación".

Ejercicios de 1894

A los Ejercicios, el P. José Antonio traía siempre sus preocupaciones espirituales y pastorales de años anteriores, que conviene conocer para poder valorar sus reflexiones, oraciones y propósitos.

En el año 1892 se clausuró el Colegio Clerical de San Joaquín, cediendo sus profesores al Seminario arquidiocesano. La comunicación de la Mitra fue clara, un tanto tajante, indicando el motivo de aunar esfuerzos, pero con mucho respeto para el P. José Antonio, puesto que, de parte del Sr. Arzobispo, se le dice: "Agradece la eficacia y celo que desplegó Vd. siendo Rector del Colegio suprimido, y que se propone aprovechar de otra manera la actividad y rara aptitud de Vd."

El año 1893 fue muy movido. Por una parte, tuvo la alegría de ver a uno de sus mejores discípulos, el Dr. José Dolores Mora, consagrado como primer obispo de la diócesis de Tehuantepec. Pero por otra parte, fue uno de los años más difíciles para sus sentimientos marianos, puesto que los antiaparicionistas de Guadalupe (que tenían mucho peso intraeclesial), se organizaron para lograr que no se aprobara el nuevo oficio de la Virgen (ya presentado en Roma en 1890).

A estas dificultades se añadieron un sin fin de acusaciones de parte de quienes no querían ni la restructuración de la Colegiata ni la coronación de la Virgen de Guadalupe, ya aprobada por el Papa, pero todavía no llevada a la práctica debido a las obras materiales sin terminar. En estas circunstancias, el P. José Antonio escribe a su Prelado, el Sr. Arzobispo de México, Don Próspero María de Alarcón, explicándole las dificultades y pidiéndole su opinión y su confianza sobre continuar o no en las obras emprendidas. La carta es del 11 de julio, y el Sr. Arzobispo contestó el 29 del mismo mes, confortándole, ofreciéndole toda su confianza y animándolo a proseguir con entusiasmo las obras de la Colegiata, sin hacer caso de las acusaciones y rumores.

El P. José Antonio, comisionado por los obispos que habían pedido el nuevo texto del oficio, y con la ayuda eficaz de su sobrino el P. Francisco Plancarte, colaboró en la nueva redacción sobre la historicidad y en la aprobación del texto. Los trámites fueron muy intensos durante el año 1893, pero no se conseguiría el decreto hasta marzo de 1894. En carta al P. Francisco, su sobrino, después de agradecer sus buenos oficios en Roma, le dice con alborozo: "Has grabado más indeleblemente nuestro apellido en los anales de la Santísima Virgen de Guadalupe ¡Dios te lo pague en el cielo!".

Este es el contexto histórico, inmediatamente antes y después de los Ejercicios que el P. José Antonio practicó en Toluca, los días 3 al 10 de julio de 1894, dirigidos por el P. Domingo Solá y Vives, Superior de los Misioneros Hijos del Corazón de María, que el P. José Antonio había introducido en México, en 1883.

El texto de que disponemos es el último de los cuadernillos de notas personales, al menos hasta el momento. Curiosamente, el texto (20 hojas) se ha encontrado en 1993 (casi un siglo después), aunque ya se tenía noticia de haber practicado esos Ejercicios. Lleva como título: "Ejercicios para eclesiásticos". Además del Director (P. Solá), anota el nombre del visitador (P. Ramonet). En su epistolario se encuentran también algunos pequeños detalles, como en años anteriores, en los que se indica la importancia espiritual y apostólica que él daba a tal evento. Al final del texto de Ejercicios anota una traducción del italiano de unos versos que reflejan su actitud: estar unido a la voluntad de Dios.

Al inicio de los Ejercicios tiene costumbre de anotar unas motivaciones:

"La vida se me va acabando. Examinar los negocios temporales a que estoy entregado, pues aunque muy santos y muy buenos, y todos para el bien de la Iglesia y del prójimo, según mi parecer e intención, no vaya a haber de ellos algo desarreglado, o ilícito. Poner término a mi pasión dominante, que aunque oculta, no por eso deja de perjudicarme. ¡Que Dios en su infinita misericordia me conceda mis santas intenciones y la perseverancia!"

La meditación preparatoria le sirve para hacer un breve resumen desde los últimos Ejercicios (practicados en Inglaterra, en 1891), así como para motivarse a mayor entrega. Deja nota de que "tal vez sean los últimos Ejercicios que haga, pues ya tengo 54 años, estoy enfermo y siento que se me acaban las fuerzas"... Seleccionamos estas afirmaciones:

"Necesito de estos santos Ejercicios para levantar mi ánimo decaído; para enfervorizarme y para corregir mi pasión dominante, pues ya se me acaba la vida... Es un beneficio muy grande el que Dios me hace y que yo no merezco; pues me da tiempo para reparar las cuarteaduras de la casa y las averías del navío; y para abastecer la despensa y echarle fuego a la hoguera que ya se apaga... ¡Gracias, Dios mío! ¡gracias mil! Con tu ayuda espero aprovecharme y no perder el tiempo".

Las meditaciones sobre la creación y la gloria de Dios, así como sobre el pecado, le habían ayudado siempre a recordar los beneficios recibidos y reconocer las propias faltas, para iniciar una nueva etapa de la vida más disponible para hacer la voluntad de Dios. Hace, pues, un recuento de las gracias de Dios, entre las que destaca: "La educación en Europa de tantos jóvenes que ya son sacerdotes... las buenas relaciones... la influencia social... el don de la claridad y unción en la palabra, tantas, tantas otras cosas, sobradas para que yo fuera santo!"... Entonces anota que ha de estar dispuesto a dejarlo todo:

"Debo dejarlas cuando me las pidan. Debo hacerme indiferente y no buscar en todo sino la mayor gloria de Dios... Yo tan estimado, tan querido, tan respetado, tan tenido por bueno, siento tan gran pecador".

Las meditaciones sobre los novísimos (segundo día), al estilo ignaciano, le sirven para la compunción de los pecados y para recordar la brevedad de la vida y la trascendencia del más allá:

"Yo podía haber muerto en alguno de los ataques que he tenido al corazón... debo estar siempre preparado".

El tercer día tuvieron lugar las meditaciones del infierno, del hijo pródigo (con confesión) y del Reino de Cristo. Agradece a Dios el haber creído y meditado en infierno. Se reconoce el hijo pródigo "mimado", matizando detalles interesantes para interpretar su afirmación (al estilo teresiano) de ser un "gran pecador":

"He sido el hijo mimado de Dios! Y qué he hecho con mi herencia?... Si no la he disipado del todo, por lo menos no he sacado de ella el lucro correspondiente... en casa de mi Padre todo lo tengo en abundancia".

Sobre su confesión, casi siempre da detalles interesantes. El viernes día 6 de julio, a las 3.30 de la tarde, anota sus impresiones sobre la confesión general, hecha con el P. Rafael, Superior de los Pasionistas:

"Estoy firmemente resuelto a trabajar eficazmente en el dominio de mi pasión dominante y en alcanzar la perfección cristiana y sacerdotal... Renuevo todos los propósitos que he hecho en los Ejercicios anteriores... Señor, que no sirva de escándalo a las almas inocentes que me has confiado. Que salvándolas a ellas, salve la mía".

La meditación sobre el Reino de Cristo, siempre había dejado huella en su vida, como base del seguimiento evangélico y de las renunciaciones consecuentes. Renueva, pues, la decisión de imitar a Cristo en todo:

"Me alisté para pelear contra el mundo, el demonio y la carne y juré vencerlos. Aparentemente los he vencido; así lo creen las gentes; pero mi conciencia me dice que no pocas veces ellos me han vencido a mí... Debo imitar a mi Señor Jesucristo... a eso me he comprometido siendo sacerdote del Altísimo. Debo tenerlo siempre presente en mis trabajos, en mis humillaciones, en la caridad para con el prójimo, en el amor santo a los niños, en la indulgencia y en el perdón".

Las meditaciones sobre la infancia de Jesús (cuarto día) le van suscitando reflexiones personales y propósitos concretos. Al recordar los trabajos y desprecios de la Santísima Virgen, se hace una pregunta en la que relativiza sus sufrimientos:

"¿Podré yo quejarme de los pocos que sufro?"

La presentación de Jesús en el templo le hace recordar su propia consagración total a Dios:

"No me consagré yo a Dios? Pues entonces no soy dueño de mí mismo, sino que soy enteramente de Dios... A Dios le he consagrado mi alma y mi cuerpo con sus potencias y sentidos, mi vida y mis bienes; pues entonces no puedo ni debo gastarlos sino en Dios, por Dios y para Dios".

Su obediencia, que ha sido una nota dominante de su vida sacerdotal, la renueva al meditar la huida de la Sagrada Familia a Egipto:

"¡Y yo soy sacerdote, imitador de Jesucristo! Recordaré esto cuando me manden cosas difíciles que me desagraden".

La vida oculta de Jesús en Nazaret, le ayuda a hacer un examen minucioso de sus defectos para corregirlos totalmente por medio del examen particular. Nótese la descripción deja patentes algunas características de su personalidad:

"Su mansedumbre... Sobre este punto tengo que corregir mis arrebatos, con las Congregantes, pues aunque no son de corazón sino fingidos, temo que con la edad y enfermedades se hagan verdaderos. Sobre este punto el señalado hace tiempo, alternaré el examen particular".

"La sencillez... cuidaré mucho de no andar con dobleces y ser muy prudente para que *mi franqueza característica* no sea dolorosa ni ofensiva a nadie, o sea tan dulce como sea posible".

Las meditaciones sobre la vida pública de Jesús (al final del cuarto día y el inicio del quinto), le instan a seguir practicando algún gesto habitual de humildad y a rectificar la intención en las obras apostólicas:

"Seguiré mi costumbre de besar el suelo antes de predicar en las grandes funciones, como lo he hecho hasta hoy".

El celo apostólico de Jesús es el punto de referencia de su celo por las almas:

"Su celo por la salvación de las almas... Con igual objetivo me hice yo sacerdote, y debo cumplir mi misión, siguiendo el ejemplo de mi Divino Maestro".

La meditación de las dos banderas le invita a agradecer a Dios el despego de los bienes de la tierra para seguir a Cristo evangélicamente, como exige el sacerdocio:

"Yo que manejo tantos intereses pecuniarios, debo guardarme mucho, de tenerles afecto y apego, de que Dios hasta hoy me ha librado, pues los veo como ajenos, y sólo los cuido para hacer el bien".

"Ya que he abrazado el sacerdocio, debo negarme a mí mismo, tomar mi cruz y seguir a Cristo".

Es también muy detallista al meditar sobre los tres grados de humildad (expuestos en el texto ignaciano) y las tres clases de enfermos (para cuidar rectamente de la salud):

"Lo que importa ante todo es que logremos alcanzar el 2º grado, evitando toda culpa venial deliberada; y éste será mi empeño".

(Sobre la cuidado de la salud) "Me propongo cumplir las prescripciones que Dios me ha inspirado en estos santos Ejercicios, al pie de la letra y sobre ellas haré mi examen particular".

Al meditar en la vocación de los Apóstoles y en el seguimiento evangélico (sexto día), reconoce humildemente la gratuidad de su vocación:

"Yo entre todos mis discípulos fui el más indigno de ser llamado al apostolado; ni virtudes, ni talento, ni aplicación, ni estudios, ni nada. No quiero ni pensar en esto, y me consuelo con confesar que soy sacerdote por la pura misericordia de Dios".

Pero a renglón seguido dice que por este motivo, es decir, por considerarse indigno de ser sacerdote, había optado por seguir incondicionalmente al Señor, sin buscar otras ambiciones:

"Por este conocimiento de mí mismo, resolví nunca pretender ni aceptar ninguna dignidad eclesiástica; propósito que he cumplido fielmente, que ratifico y confirmo ahora en la presencia de Dios".

Insistiendo en este tema tan querido de la vocación apostólica, deja entrever su celo por las almas, precisamente por reconocer que no ha hecho todavía lo mejor, pero que lo puede hacer:

"Les confié (a los Apóstoles) la salvación de las almas. Mayor tesoro no podía confiarles. ¿Y a mí, cuántas almas me ha confiado? Las principales son las de las congregantes y huérfanas. ¿He trabajado mucho por salvarlas? Todos dirían que sí, pero mi conciencia me dice que no; que aún me falta mucho que hacer y perfeccionar".

Las meditaciones de la pasión le sirven para proponer la meditación frecuente de la misma y para imitar la pobreza radical de Cristo crucificado:

"Procuraré intercalar algunas meditaciones de la pasión durante el año".

(Jesús) "Desde que nació hasta que murió practicó la pobreza en sumo grado".

La última meditación de estos Ejercicios (día séptimo) era sobre la resurrección. El misterio pascual de Jesús le ayuda a resucitar de los defectos:

"Así como Jesucristo se levantó del sepulcro, glorioso, triunfante e inmortal, así yo debo salir de estos Ejercicios: glorioso por haber hecho las paces con Dios; triunfante sobre mis pasiones..., e inmortal, es decir, firme en mis propósitos y resuelto a morir antes que a quebrantarlos; así lo prometo y espero, confiado en la ayuda de Dios"

Esta misma meditación sobre Jesús resucitado, que se muestra glorioso a la Santísima Virgen, le sirve para reafirmar su devoción mariana, que relaciona con las obras que está emprendiendo en la Colegiata:

"El amor a la Santísima Virgen es la prenda más segura de nuestra redención y resurrección espiritual... Aumentaré, pues, mi amor y devoción hacia ella; y si las obras de la Colegiata son de su agrado, le pido la gracia de guardar mis propósitos y de triunfar sobre mi pasión dominante. ¡Madre mía, no desampares a tu hijo Antonio".

Al final del cuadernillo de estos Ejercicios hay unos versos (traducidos del italiano), que el P. José Antonio había conservado en su corazón. Anota que envió el texto a unos padres que habían perdido a su hija (Lorenza). El texto refleja la actitud habitual del P. José Antonio, como fruto de todos los Ejercicios anteriores y como preludio de sus actitudes posteriores hasta su muerte. Anotamos sólo uno pequeños fragmentos:

..."Así Jesús, concédeme - Tal olvido de mí - Que mi querer sea tuyo - y sólo para Ti. - Haz que sólo dependa - de Ti mi voluntad - Querer lo que Tú quieres - Mi única libertad... - Mi alma puede cantar - con una amor sincero: -«No soy yo quien quiero - Quien en mí quiere es Dios»".

Ejercicios de 1895

El año 1895 es tal vez el año más doloroso y más feliz de la vida del P. José Antonio. Es un conjunto de luces de Tabor y de oscuridades de Calvario. El día 2 de abril fue nombrado canónigo honorario de la catedral de San Luis Potosí. El 27 de junio es nombrado Abad de Guadalupe y

preconizado obispo por León XIII. El P. José Antonio había aceptado este nombramiento (que habían pedido a Roma algunos Obispos mexicanos), sólo por amor a la Santísima Virgen y urgido por sus amigos.

Los Ejercicios los practicó en México para prepararse a la consagración episcopal... De estos Ejercicios consta por varias cartas escritas el día 31 de agosto, en que dice textualmente: "Esta tarde empiezo mis Ejercicios". Hay también alguna carta escrita durante los Ejercicios, como la del día 3 de septiembre, en la que dice: "Contra mi costumbre en tiempo de Ejercicios, he anticipado mi confesión general para poder celebrar mañana el Santo Sacrificio". En otras cartas cuida de algunos detalles de su consagración (5 de septiembre). El día 9 de septiembre, escribe: "Aún no llegan las Bulas de Obispo, pero hice los Ejercicios temeroso de no poderlos hacer más tarde".

De estos Ejercicios no se han encontrado, por el momento, las notas personales. Habrá, pues, que ir entresacando sus actitudes respecto a los importantes y graves acontecimientos del año 1895. Las noticias contradictorias sobre la elaboración y envío de la Bula para su consagración, acabaron con el aplazamiento o suspensión de la misma. A Roma había llegado la denuncia sobre su honestidad. La noticia de la suspensión llegó durante los mismos días de los Ejercicios.

Es difícil para los biógrafos poder resumir los acontecimientos que se fueron sucediendo uno detrás de otro durante ese año de 1895. Las calumnias y las infamias procedían de todos los frentes, de fuera y de dentro de las instituciones eclesiales, de los tiempos de Jacona y de los que no querían la coronación de la Virgen. Se criticó hasta el modo como había administrado el dinero con que se restauró la Colegiata. Los adversarios de la coronación llegaron a acusarle de preparar una revolución para derrocar al Gobierno. Algunas acusaciones le llegaban a la cosa más querida por él y defendida siempre en sus Ejercicios: la honestidad sacerdotal.

Para el P. José Antonio, en toda esta borrasca, existía una luz que daba sentido a su existir y a todo sufrimiento. Había escrito el 19 de marzo de 1895 en el periódico "El Tiempo": "En octubre próximo será la traslación y Coronación de la Santísima Virgen". Ese objetivo, después de siete años de sudores, era el que le alentaba a proseguir su camino, con el *gozo filial* de haber arriesgado todo, incluso su propio honor, por el honor de la Virgen.

Tomará posesión de la Colegiata el 8 de octubre, después de los Ejercicios, sin que hubiera llegado el Breve para su consagración episcopal. A sus compañeros canónigos de la Colegiata, en aras de la unidad, les escribe: "He obrado siempre y en todo por mandato de mis Ilustrísimos Prelados que han sido también vuestros". Y les ruega que le acepten con sus limitaciones: "Humildemente os pido y ruego por las entrañas de Jesucristo y por esa milagrosa Imagen que nos escucha, tengáis piedad de mí, roguéis por mí os dignéis aceptarme en vuestro corazón, no como vuestro superior, sino como el último de vuestros compañeros, el más indigno de vuestros hermanos, el ínfimo de vuestros servidores en Cristo". Hacía honor al lema que había escogido para su escudo abacial y episcopal: "Congregavit nos in unum Christi amor"... (el amor de Cristo nos ha congregado en la unidad).

En medio de la tormenta, lucía una luz: María. A ella hacía referencia continua el P. José Antonio. En vísperas de la coronación, todavía habían quienes, a pesar de los favores recibidos con anterioridad, le denigraban y acusaban hasta de haber sustituido las joyas por piedras falsas. El Padre escribe en el periódico "El Tiempo", indicando la vía del perdón: "¡Aquí está el palacio, coronad a la Reina! ¡Mi cabeza está cana, pero no hay mancha en mi frente! ¡Mi corazón está libre de resentimiento, perdonadme si os he ofendido! Rezad una Ave maría por mí ¡y que viva la Reina de los

Mexicanos Santa María de Gaudalupe!"

Los ataques y calumnias consiguieron que el P. José Antonio no fuera consagrado obispo. Con ello consiguieron que él se reafirmara en sus propósitos de ordenación sacerdotal, de no buscar ni aceptar dignidades eclesiásticas. Habían sido sus amigos quienes, precisamente recordándole su amor a la Virgen, le habían pedido que aceptara el nombramiento de Abad y de Obispo. Más adelante, con la venida del Visitador Apostólico se aclararía su honestidad. Pero lo más importante, lo que más le interesaba al P. José Antonio, se había logrado: *la coronación de la Virgen de Guadalupe*.

La coronación de la imagen de Guadalupe tuvo lugar el 12 de octubre de 1895. La oposición, que había durado hasta la víspera, se disipó como por milagro. Estaba ahí representado todo el pueblo mexicano, también por medio de veintiocho indígenas, junto al altar de la coronación, venidos de las veintiocho diócesis de México. Estaban también presentes once arzobispos y veintiocho obispos, más dieciocho obispos extranjeros (Estados Unidos, Canadá, Cuba, Panamá). Al P. José Antonio, como Abad de la Colegiata, de rodillas, pronunció el juramento (en nombre de los demás capitulares), de custodiar con honor la corona. El texto final del juramento dice así: "Que en adelante nada atentaremos de palabra ni por escrito ni de hecho en contra de la aparición de la Bienaventurada Virgen en la Colina del Tepeyac. Y con todas nuestras fuerzas procuraremos conservar esta corona sobre las sienes de la venerable imagen".

La ceremonia siguió su curso, durante largas horas, con toda pompa y solemnidad. Los obispos depusieron sus báculos y mitras a los pies de la Virgen recién coronada. El mismo día se transmitió un mensaje de gratitud y veneración al Papa León XIII.

El P. José Antonio, después de pronunciar el juramento, había seguido la ceremonia desde la capilla del Santísimo. Sus lágrimas eran de gozo y de dolor, al ver brillar la corona de la Virgen y al vislumbrar que su propia corona tenía que ser de espinas como la del Señor...

Estamos acostumbrados, en este estudio, a leer las notas íntimas de sus Ejercicios. Pero de este año, tan doloroso y tan gozoso, no nos ha llegado su tradicional cuadernito. En una carta suya del 15 de noviembre del mismo año (1895), un mes después de la coronación, afloran los sentimientos de quien sabe sobreponerse a sus propias preocupaciones:

"Ni la Coronación puede ver... Afortunadamente cumplí mi palabra: las obras quedaron terminadas. Cuarenta mitrados presenciaron la Coronación, y yo me sentí digno de llamar tío al grande hombre que proyectó cuanto yo hice por su mandato, es decir, el templo más hermoso de las Américas y la fiesta religiosa más solemne que ha visto el Nuevo Mundo. Loado sea Dios... Aún no ciño la mitra y ya la siento como corona de espinas"...

La "*corona de espinas*" se iría agudizando, dejando al descubierto un corazón que sólo buscaba imitar a Cristo y seguirle hasta el Calvario. Los Ejercicios Espirituales de los años anteriores, se irían poniendo en práctica de modo real, de modo especial desde la coronación de la Virgen (12 de octubre de 1895) durante todo el año 1896.

Después de saberse la noticia de que había sido nombrado un Visitador Apostólico, Mons. Nicolás Averardi, el P. José Antonio, a mediados de noviembre de 1895, escribió una carta al Cardenal Rampolla, Secretario de Estado, en la que, después de pedir que se iniciara un proceso canónico para aclarar las calumnias, añade:

"Que restablecida mi buena fama, se me acepte la renuncia de la Abadía de Guadalupe y quede suspenso para siempre el proceso de Obispo titular de Constanca".

En otras cartas a sus amigos de Roma les manifiesta sentimientos parecidos, con el deseo de prescindir ya de todos los honores y de volver a ser "Antonio Plancarte a secas, como he sido durante 55 años". En esas cartas confidenciales, vuelve a recordar *sus propósitos sacerdotales de llevar una vida humilde*, puesto que él sólo había aceptado entrar en esos cargos por instancia de sus amigos y por amor a la Virgen de Guadalupe.

Claro que no todo fue doloroso, porque el Señor se dejó sentir muy cerca por medio del decreto laudatorio pontificio sobre el Instituto de las Hijas de María Inmaculada de Guadalupe (21 de mayo de 1896, León XIII). El 22 de agosto de 1896 fue nombrado juez sinodal en el V Concilio Provincial celebrado en la ciudad de México.

La relación con el Visitador Apostólico fue muy respetuosa. Mons. Averardi (que llegó a México el 22 de marzo de 1896), después de minuciosas investigaciones, quedó convencido de su inocencia, pero le pidió que presentara formalmente la renuncia, sin exigir proceso canónico contra las calumnias. El P. José Antonio aceptó por obediencia presentar una redacción en la que simplemente presentaba su renuncia, el 7 de mayo de 1896, terminando con una referencia respetuosa al Santo Padre: "Asegurando a Su Santidad mi gratitud, amor, sumisión y respeto". En una redacción anterior, el P. José Antonio había escrito esta frase que fue suprimida en la redacción final: "Dejo mi causa a la justicia y a la misericordia de Dios". Más tarde (en abril de 1898) el Visitador Apostólico, convencido de la inocencia de Plancarte, hechas las debidas investigaciones, le rogaría que aceptase ser nombrado obispo residencial, a modo de reparación de lo que se había hecho contra él. Pero el P. José Antonio ya tenía una experiencia más profunda de la cruz y también presentó su renuncia a esta nueva propuesta. Al mismo Visitador le presentó repetidas veces la renuncia de Abad de Guadalupe, pero no se la aceptó.

A sus discípulos les dejó un buen testimonio de entereza y de humildad. Escribe a su sobrino Francisco Plancarte y Navarrete (Obispo de Campeche), quien había influido para el nombramiento de Abad y de Obispo: "Que esto sea el punto final y que Dios hable por los que callan. Con tal que Vds. los que he educado crean en mi palabra de que soy inocente y no les he dado mal ejemplo, poco me importa todo lo demás. Dios me ha castigado por faltar a mi promesa de no admitir ninguna dignidad".

Ejercicios de 1897 e inauguración del Templo Expiatorio

De los Ejercicios de 1897 tampoco tenemos el cuadernillo de notas personales. Por el momento, sólo sabemos que participó en los Ejercicios para Eclesiásticos, que tuvieron lugar en Toluca, del 5 al 12 de julio de ese año. Como otras veces, en la correspondencia de las fechas anteriores, indica que va entrar en Ejercicios y que necesita orar para pedir la ayuda de Dios (dice: "que bien la necesito").

Una carta del día 12 de julio (final de los Ejercicios), a sus Congregantes, deja muy en claro el aprecio de esos días de oración y el fruto espiritual y apostólico que sacaba de ellos:

"Cuando Dios Nuestro Señor me concede la inestimable gracia de vacar a mis múltiples ocupaciones y retirarme a la santa soledad de los Ejercicios Espirituales, vuestro adelanto espiritual es uno de mis

principales estudios ante Dios y mi conciencia".

Pero la falta de unas notas más amplias las podremos suplir momentáneamente con sus sentimientos y actitudes, manifestadas con ocasión de la inauguración del Templo Expiatorio y de los trabajos apostólicos ejercidos en él, que son el eco y el fruto de los Ejercicios de ese año y de los anteriores.

El tres de febrero de 1897 había sido la consagración del templo expiatorio, fecha que correspondía al tercer centenario del martirio de San Felipe de Jesús. Aquel día fue también de expiación nacional. Hasta el día 5 del mismo mes se sucedieron celebraciones con más de medio millón de visitantes. Los objetivos del nuevo templo eran muy precisos: la adoración y la expiación.

En una carta a su sobrino y discípulo Don Francisco Plancarte y Navarrete (Obispo de Campeche), compara sus sentimientos con los que tuvo cuando celebró junto al sepulcro de su madre al llegar de Roma recién ordenado. Los datos que nos ofrece esta carta son también rasgos de su fisonomía habitual de Ejercicios:

"El 3 de febrero hizo el Sr. Alarcón la consagración del templo de San Felipe, y yo celebré la Misa. Mis Misas en Zamora junto al sepulcro de mi madre y la del día 3, han sido las que me han conmovido al grado de no poder articular palabra. Con aquélla sentí liquidar mi deuda de gratitud filial, con ésta sentí en la patena el peso del templo extinguiendo el de mis pecados..."

(Día 5) "A las diez de la noche se expuso el Santísimo y lo velamos toda la noche hasta las cinco de la mañana, rezando el oficio y cantando las lamentaciones el orfeón queretano. Los visitantes ya pasan de medio millón"...

El sermón del Obispo de San Luis Potosí, Montes de Oca (día 5), hizo alusión al P. José Antonio, insinuando también la corona del martirio a imitación de San Felipe de Jesús: "La gloria humana no se ha hecho para ti... Felipe de Jesús te tiene una (corona) muy reluciente, y sólo aguarda que tiendas la mano para alcanzarla. Se la dio el Señor hace tres siglos al volar al cielo desde Nagasaki".

Las noches de adoración eran dirigidas habitualmente por el P. José Antonio, quien ordinariamente predicaba quince momentos durante cada noche, con actitudes de compunción y vestido de sayal de penitencia. Así fue descubriendo que la Providencia le había llevado por el camino mejor, el del Calvario, a imitación e Jesús. Escribe el día 24 de febrero:

"En la Coronación de la Santísima Virgen de Guadalupe, mis amigos quisieron erigirme un trono en el Tepeyac y yo tuve la debilidad de acceder a su empeño; pero afortunadamente mis enemigos lo convirtieron en cadalso y en picota de ridículo, y Dios en sus altos juicios así lo permitió, porque era necesario para la expiación".

Y es entonces cuando redescubre su vocación de penitente, tan acentuada en todos sus Ejercicios, como base de su eficacia apostólica. El desierto de la expiación florecería en frutos apostólicos de *misión*. Se siente imitador de Cristo, quien cargó con los pecados de todos. Dice en esa misma fecha:

"En el templo expiatorio, en el templo del pecado, allí estoy bien y debo ser la figura prominente. Allí debo vivir los últimos días de mi vida, recogido en el silencio y representando a los pecadores"...

Oblación final: "Lo que Dios quiera" (26 de abril de 1988)

Si se quisieran resumir los contenidos de los Ejercicios que nos ha dejado el P. José Antonio, se podría hacer con estas sus últimas palabras: *"Lo que Dios quiera"*. Efectivamente, las meditaciones, propósitos y oraciones, que ya hemos visto anteriormente, tienden todas ellas a discernir y cumplir la voluntad de Dios, en una línea de seguimiento evangélico incondicional.

Pero llegar a esta actitud de unión con la voluntad divina ("lo que Dios quiera"), no se improvisa. Era el fruto de una vida entera, ensayada día a día, en momentos de Tabor y de Getsemaní. Fue una decisión que fue madurando a través de sus más de 27 Ejercicios Espirituales. Su camino apostólico fue así, como había escrito junto al Calvario el 29 de abril: **"Seguiré caminando por el desierto... Valor y confianza"**.

En el año 1898, las intensas actividades apostólicas se mezclaron con el agravarse de la enfermedad. El Señor le regaló todavía tres nuevas fundaciones de las Congregantes. La última fundación fue el Colegio dedicado a Nuestra Señora de Izamal (11 de abril de 1898). Encontraba tiempo para largas horas de oración. Pero parece como si Dios le pidiera algo más, es decir, todo lo que le quedaba. Así decía él a su hijas espirituales: "Hijas, me falta mucho".

Todavía pudo predicar el sermón de las siete palabras durante el jueves santo. Al comentar las últimas palabras de Jesús ("todo está consumado"), se retrata a sí mismo en su situación interna y sus grandes ansias de que se profundizara el culto mariano en torno al Tepeyac y de que sus hijas fueran más santas:

"Yo todavía no puedo decirlo, no; no está todo consumado: ese culto a la Santísima Virgen de Guadalupe todavía es muy material, *todavía no es lo que deseo...* Las obras a mí confiadas, no están terminadas aún. En este templo expiatorio, Señor, apenas comienzan a rendirte culto... Estas mis hijas están todavía muy débiles... *todavía me falta mucho para poder decir: Todo está consumado*".

Desde el 23 de abril ya no pudo levantarse. La enfermedad se agravó el día 24. Se confesó con su confesor el franciscano Isidro Camacho, quien acudió llevado en sillón por estar también él gravemente enfermo. Recibió la unción y la comunión eucarística como viático, orando con insistencia. Rodeado de sus Hijas y de algunos sacerdotes amigos, dijo: "Me encomiendo mucho a la Santísima Virgen de Guadalupe... Si a alguno ofendí, le pido perdón... Y si alguno me ofendió, no tengo en mi corazón ningún resentimiento... Pues nada... *lo que Dios quiera*". El 26 de abril le llegó la última llamada del Señor.

La vida se redujo a un "sí", como el "fiat" de María. El camino del *desierto* por medio de los Ejercicios Espirituales, le había ayudado a hacer de la vida una donación total a la *misión*, en aras de la caridad. Los funerales se celebraron en la antigua Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe. Allí quedan sus restos mortales, junto a la Morenita, esperando la glorificación final.

La ruta de este gran maestro espiritual está trazada: **"Seguiré caminando por el desierto"**. Esta ruta tiene una dinámica evangélica: *del desierto, a la misión*. Es su herencia misionera. El evangelio sigue aconteciendo en la vida de esos apóstoles que han querido identificarse con Jesús: "El Espíritu condujo a Jesús al desierto... Llegó a Nazaret... El

Espíritu del Señor me ha ungido para anunciar la buena nueva a los pobres" (Lc 4,1-18).

Nos queda ahora analizar cuáles fueron las características de esta ruta misionera por el desierto de los Ejercicios Espirituales, en relación con una vida plenamente apostólica.

4. LAS CARACTERÍSTICAS DE UN CAMINO MISIONERO POR EL DESIERTO: LA DINÁMICA SANTIFICADORA Y APOSTÓLICA DE LOS EJERCICIOS

- A) A partir de un amor apasionado por Cristo
- B) El realismo de conocerse con franqueza
- C) Confianza inquebrantable en el amor y misericordia de Dios
- D) Seguimiento evangélico radical
- E) Santificarse en relación con la actividad apostólica
- F) Una vida teologal que unifica el corazón
- G) Compartir la suerte de Cristo crucificado y resucitado
- H) Un plan de vida realista, comprometido y perseverante
- I) Con María y como Ella
- J) Entrega apasionada para anunciar a Cristo sin fronteras

El arco de tiempo de la vida sacerdotal del P. José Antonio Plancarte y Labastida abarca treinta y tres años. En ese plazo de tiempo, relativamente breve, podemos observar su fecundidad apostólica a partir de su Ejercicios Espirituales. En ese *camino de desierto* se forjó una vida que pronto quedó tronchada en flor, como la vida de Jesús, pero que se mantuvo siempre en una donación sin reservas a Dios y a las almas.

Hemos calificado de "camino misionero por el desierto" a esos momentos fuertes de su vida, a imitación de la vida escondida de Jesús en Nazaret (Lc 2,51) y en el *desierto* (Lc 4,1), como *clave de toda vida apostólica*: "Jesús de Nazaret... pasó haciendo el bien... porque Dios estaba con él" (He 10,38).

Se puede decir que esa experiencia contemplativa y misionera del P. José Antonio deriva espontáneamente hacia la *misión*, a partir de un *encuentro apasionado con Cristo* (en su Palabra y en su Eucaristía), siempre *con María y con gran amor y fidelidad a la Iglesia*.

No hay que olvidar que los Ejercicios Espirituales, que practicaba y predicaba el P. José Antonio, eran de corte ignaciano, en el sentido de buscar sinceramente la voluntad de Dios (por el discernimiento del Espíritu), para entregarse plenamente al seguimiento de Cristo y a la extensión de su Reino.

A partir del *amor de Dios*, que llama a conversión, el ejercitante intenta *conocerse mejor*, apoyado en Dios, para entregarse plenamente al camino de la *perfección* y del *apostolado*. En todos los textos de Ejercicios que hemos estudiado, aparece esta dinámica que conduce a trazar unos propósitos concretos, a modo de plan de vida personal, comunitaria y ministerial.

Podemos encontrar en esta figura histórica, que ha seguido influyendo en muchas almas durante todo un siglo, un modelo de apóstol del tercer milenio. A partir de un amor apasionado por Cristo, ese apóstol compromete toda su existencia, "con fuerza renovada", para "la proclamación de la verdad: nos ha nacido el Salvador del mundo" (TMA 38).

En los momentos de "*desierto*", como son los Ejercicios, se descubre una "*soledad*" llena de Dios, que se convierte en punto de partida para *colaborar con Cristo en la evangelización del mundo*.

- A) *A partir de un amor apasionado por Cristo*

Los apuntes del P. José Antonio tienen un *hilo conductor*: la actitud relacional con Cristo. En esos apuntes se puede vislumbrar un amor apasionado por imitarle, seguirle y compartir su misma vida y misión. Es una

relación de presencia amistosa: "Tenerlo continuamente presente delante de los ojos" (1877); "tenerlo presente en mis trabajos" (1894).

Esta relación se concreta también en sintonía de sentimientos, confianza, unión de voluntad, fidelidad de instrumento vivo, como "ministro tuyo y de la Iglesia" (1863). Los títulos que aplica más frecuentemente al Señor son: "amadísimo", "divino", "Salvador", "Maestro"... Jesús es siempre "alguien" que da sentido a la vida.

Las virtudes que aprecian más en Cristo son: pobreza, obediencia, oración, modestia, mansedumbre, sencillez, humildad... (1863 y 1894). Por esto subraya *la imitación como propósito fundamental*: "Haré por imitar a Jesucristo mi Salvador" (1863); "con las meditaciones de la vida de Cristo, me vinieron grandes deseos de imitarlo en todo... entregarme enteramente a la voluntad de Cristo" (1863).

Esta relación se convierte en amor de donación: "Tuyo soy, todo tuyo, y nada más que tuyo" (1888). A partir de esta relación personal, la vida queda orientada hacia el amor del Padre y de los hermanos, y a la salvación de las almas. Recordemos otras afirmaciones parecidas:

"Debo seguir el ejemplo de Cristo, retirándome a un lugar solitario... oración que imite y estudie a mi Jesús" (1863).

"Concédeme ¡oh divino y amadísimo Jesús! que yo sea fiel imitador tuyo en este mundo" (1863).

"Jesús nació dándonos ejemplo de humildad, de pobreza y de penitencia... Yo debo imitar en estas tres virtudes a mi Señor" (1872).

"Así, Jesús, mío, concédeme tal olvido de mí, que mi querer sea tuyo y sólo para Ti... No soy yo quien quiero, quien en mi quiere es Dios" (1894).

A partir de esta intimidad con Cristo, *la Eucaristía se va haciendo el centro de su vida*, con un fuerte sentido de gratitud y de alabanza a Dios. La *oración* es la expresión de esta actitud permanente de relación con Dios.

Una consecuencia y aplicación de su relación personal con Cristo es: "Visitar al Santísimo diariamente" (1888). Es el propósito que aparece en todos los Ejercicios. La *celebración eucarística*, con su correspondiente "preparación" y "acción de gracias", es "el mejor remedio y más eficaz" para evitar la tibieza y dejadez (1877). El aniversario de su primera Misa (13 de junio) lo celebra anualmente, en un ambiente de retiro. Cumple así su promesa de celebrar siempre "con un alma perfectamente limpia y con la debida preparación" (1869).

En todos los textos de Ejercicios destaca el reconocimiento de los beneficios y gracias recibidas. Un primer paso para agradecer estos dones consiste en reconocer lo que a él le parece poco agradecimiento. Precisamente este realismo cristiano le lleva a una mayor generosidad para agradecer a Dios su amor:

"Pocos ha de haber que hayan recibido tanto beneficio como yo" (1869).

"¡Reconozco, Señor, tu gran bondad e infinita misericordia para conmigo, que soy el más vil e ingrato de los hombres!" (1877).

"¿A quién ha hecho Dios más beneficios que a mí?" (1888).

La actitud relacional se expresa de modo especial en los *momentos de oración*. Es verdad que ha de haber una "oración continua" (1877), hasta tener a Cristo "continuamente delante de los ojos" (ibídem); pero hay que seguir también "el ejemplo de Cristo, retirándose a un lugar solitario y meditando", porque "sólo en la oración hallaré alivio al espíritu tibio y afligido" (1863).

Son muchas las oraciones que elabora durante los Ejercicios, dirigidas principalmente al Señor y a la Virgen Santísima. Algunas, por cierto muy expresivas, se dirigen a San Felipe de Jesús, puesto que se sentía unido a él en el deseo de santidad y en el martirio (1888).

Su propósito, repetido continuamente, de hacer meditación todos los días (además de la visita al Santísimo Sacramento) responde a esta necesidad de encuentro frecuente con Cristo:

"Haré meditación todos los días" (1869).

"Desgraciado seré el día en que pase sin media hora de meditación" (1872).

"Sin meditación se pierde el sacerdote" (1877).

Este propósito fue también el resumen del consejo espiritual recibido durante los Ejercicios realizados en Roma en 1877, después de una amplia consulta sobre todos los detalles de su vida: "Que no más cuidase de que no me faltase la meditación de por la mañana".

B) *El realismo de conocerse con franqueza*

Los Ejercicios practicados por el P. José Antonio son de estilo ignaciano, aunque no siempre fueron jesuitas quienes se los dirigieron. En sus notas personales manifiesta una tendencia constante a conocerse mejor para descubrir los planes de Dios sobre él.

Frecuentemente se examina con minuciosidad (1869), reconoce sus faltas e inclinaciones, propone examinarse dos veces al día (con el examen particular y general), consulta con sinceridad en la dirección espiritual. Es la misma sinceridad que usa para los demás: "Mi franqueza característica no sea dolorosa ni ofensiva a nadie" (1894).

Al *examen particular* le da mucha importancia. No sólo propone hacerlo, sino que también señala materia concreta y modalidades:

"Al principio del día tendré cuidado de proponerme la enmienda de una falta y en la noche apuntaré las veces que en ella cayere... No desconsolarme cuando caiga" (1863).

"Tener un cuentero para hacer mi examen particular" (1888).

"Sobre este punto (la mansedumbre) y el señalado hace tiempo, alternaré el examen particular" (1894).

La *confesión periódica* ("no dejar pasar ocho días": 1888) forma siempre parte de los propósitos de Ejercicios. Incluso detalla que, además de cada ocho días, se confesará las vísperas de las fiestas principales (1896). En todos los Ejercicios Espirituales hacía su *confesión general*, indicando, a veces, los frutos de la misma, para empezar una nueva etapa de su vida (1877, 1883). A veces, distingue entre la confesión semanal (con cualquier sacerdote) y la confesión general (con el director espiritual)

(1888).

Este cuidado por conocerse a sí mismo (tanto respecto a los dones recibidos como a los defectos) le lleva a una actitud permanente de *humildad*. Como sacerdote, se considera sólo "instrumento" (1863), que consigue frutos apostólicos "por la pura misericordia de Dios" (1894).

Toma la decisión, ya desde el inicio de su vocación sacerdotal, renovada constantemente, de imitar la humildad de Cristo y de María (1863, 1872, 1888), sin buscar honores ni intereses personalistas. Esta decisión de no ambicionar cargos eclesiásticos la mantuvo toda su vida:

"Propongo no ambicionar riquezas, honores y distinciones" (1863).

"Honores y riquezas no he deseado" (1863).

"Ni busco aplauso ni el vituperio me detiene en la carrera del bien" (1877).

"Por este conocimiento de mí mismo, resolví nunca pretender ni aceptar ninguna dignidad eclesiástica; propósito que he cumplido fielmente, que ratifico y confirmo ahora en la presencia de Dios" (1894).

Al estilo de Santa Tresa, se reconoce "pecador", "indigno", "ingrato", incluso en comparación con seglares o penitentes suyos a los que considera mucho mejores que él. Adopta gestos de humildad y propone no hablar de sí mismo ni permitir que otros le alaben:

"Si Dios se humilló de tal manera, fuerza es que yo piense en humillar mi orgullo. Si la Virgen recibió aquel honor (de Madre de Dios) con tanta humildad y aún pavor, fuerza es que yo sea humilde y tema los honores, en lugar de ensoberbecerme y desearlos (1863)".

"Procuraré no hablar bien de mí mismo y no alegrarme de que otro lo haga, para irme imponiendo a sufrir y aún amar el desprecio y humillación, que me pueden venir en esta vida" (1863).

"Yo conozco mi incapacidad e imperfección... El sacerdote sin tu ayuda es un inanimado instrumento" (1863).

"¡Cuántos seglares en el mundo son más fervorosos y santos que yo Sacerdote!" (1869).

"No dejar que la vanagloria me robe las buenas obras" (1869).

"Cuán misericordioso es mi Dios y cuán ingrato soy yo!" (1878).

"He aquí al hombre pecador, al sacerdote indigno, al favorecido ingrato. Lávalo de nuevo con la preciosa sangre que corre de tus espaldas" (1888).

"Seguiré mi costumbre de besar el suelo antes de predicar en las grandes funciones, como lo he hecho hasta hoy" (1894).

Siguiendo el esquema ignaciano, los apuntes de Ejercicios reproducen frecuentemente las meditaciones sobre la muerte y el pecado. Por esto saca este propósito: "Aprenderé a morir muriendo diariamente" (1888). Recordando las graves crisis de su enfermedad, añade: "Debo estar siempre preparado" (1894).

El tema del pecado lo afronta realísticamente. Mientras se reconoce

siempre como pecador e ingrato, manifiesta continuamente la confianza en la misericordia divina, así como la decisión de "abstenerse del pecado más ligero" (1863) y de "morir antes de cometer pecado mortal" (1877; cfr. 1863 y 1869). Para ello, propone "evitar a todo trance la ocasión, aunque sea remota, de pecar" (1877).

Agradece a Dios el no haber quebrantado sus obligaciones "en materia grave" (1869). Y para mantenerse en estas resoluciones, añade: "Seré firme en las cosas pequeñas" (1878). Su punto de apoyo estriba en la misericordia de Dios: "¡Reconozco, Señor, tu gran bondad e infinita misericordia para conmigo, que soy el más vil e ingrato de los hombres!" (1877). Se reconoce "el hijo mimado de Dios", que "si no he disipado del todo la herencia, por lo menos no he sacado de ella el lucro correspondiente" (1884).

Las características que delinear el *secreto de su perseverancia*, son: la decisión constante de no ofender a Dios ni aún en cosas pequeñas, la confianza en la misericordia divina y el propósito de poner en práctica los medios concretos, especialmente la oración, el sacrificio, el examen, la confesión y la devoción mariana. Pero hay que buscar la fuente de este éxito en *su amor apasionado por Cristo crucificado*, que fundamenta su confianza inquebrantable en Dios, por encima de las propias debilidades.

Reconoce su realidad limitada, la confiesa, pide perdón y se lanza a mayor generosidad. Por esto, es transparente y franco, no guarda rencor ni culpa a los demás, perdona, se presta para servir, custodia el corazón en paz y siembra la serenidad en su alrededor. Su fuerte y equilibrado sentido de pecado lo aprende en una fuerte e íntima experiencia de la misericordia de Dios.

C) *Confianza inquebrantable en el amor y misericordia de Dios*

En las notas personales de los Ejercicios se percibe una línea dominante: la *confianza filial y audaz* de quien, apoyado en el amor y misericordia de Dios, no se desanima nunca, sino que empieza siempre de nuevo, con la decisión de querer darse del todo en la labor apostólica y en los deberes de todos los días.

Un propósito inicial, ya de cuando se estaba preparando en Roma para el sacerdocio, será la pauta de toda su vida: "No desconsolarme cuando caiga" (1863). Así se explica la renovación de sus propósitos y la periodicidad anual de sus confesiones generales.

Es una confianza que se convierte en la audacia de seguir caminando en medio de las dificultades, porque nace de la gratitud hacia el amor misericordioso de Dios:

"Reconozco, Señor, tu bondad e infinita misericordia para conmigo... Consumad la grande obra que habéis iniciado en mí" (1877).

La celebración casi anual de los Ejercicios, le sirve para hacer una relectura de su vida, a la luz de la Providencia paterna de Dios. De hecho, es una decisión de los primeros años de sacerdote: "Llevar con paciencia cuantos trabajos Dios se dignare enviarme" (1869). No es simple resignación, sino que se trata de afrontar los acontecimientos activamente, para colaborar con los designios misteriosos de Dios en la historia.

El recuerdo de las dificultades pasadas en Jacona, así como la oposición de algunos sectores eclesiásticos a la coronación de la Virgen, no le impide describir lo sucedido, sin amargura, y más bien con la alegría de constatar que Dios ha escrito recto con líneas torcidas:

"La experiencia me enseña que Dios lo dispone todo para mi mayor bien. El terrible padecimiento de Jacona, en el cual procuré hacerme indiferente, me atrajo los copiosísimos frutos que estoy cosechando en México. La formidable guerra de los Opositores a la Coronación, sirvió para que emprendiera por completo la reforma de la Colegiata y así ha sucedido en todos mis males y persecuciones. Seguiré, pues, con empeño las obras del Señor" (1888).

Esta confianza le ayudará siempre a no afrontar las dificultades con agresividad. Su estancia en Roma (1883) después de su destitución de párroco (1882), la aprovechó para hacer unos Ejercicios que le prepararían para una etapa ministerial de "valor y confianza".

Los Ejercicios de 1894 reflejan una actitud de serenidad madura en los trabajos que se le había encomendado. Meditando el ejemplo de la Santísima Virgen en medio de los numerosos trabajos de Belén, dice: "¿Podré yo quejarme de los pocos que sufro?". Como sabemos por las biografías, esos trabajos no eran tan pocos. Esa nota de serenidad y confianza se puede apreciar en la carta que escribió al Don José María Cázares, obispo de Zamora, cuando éste estaba enfermo, ofreciéndole cariñosamente ayuda y hospitalidad en su enfermedad (1895).

Su experiencia de la misericordia divina le ayudó a ser comprensivo y misericordioso con los demás: "Cuán misericordioso es mi Dios y cuán ingrato soy yo!" (1878). Esa confianza en Dios es la que transformó su vida, de "inanimado instrumento" (1863) en instrumento privilegiado de "las obras del Señor" (1888). El secreto estaba en la humildad y la docilidad.

D) Seguimiento evangélico radical

La decisión de seguir la vocación sacerdotal, en las notas personales del P. José Antonio, va acompañada de la intención y de la decisión de *seguir a Cristo radicalmente, según el modelo apostólico*.

Esta intención aparece ya en los primeros Ejercicios, cuando era estudiante en Roma (1863), y se afianzará durante todos los períodos de la vida: "Que yo, ministro suyo, lo siga" (1872). Su *decisión de ser santo* tiene estas connotaciones de vida evangélica: "No he tenido la menor duda de seguir tus huellas" (1864).

El hecho de no aceptar dignidades eclesiásticas (como la canonjía de la Catedral de Zamora, 1871) y la disponibilidad incondicional y permanente para todo ministerio apostólico, constituyen una nota característica de su espiritualidad sacerdotal. El testimonio de su tío Don Pelagio es muy gráfico y acertado:

"Trayendo a la memoria los antecedentes de ese joven eclesiástico, sus propósitos y tendencias confirmadas con su modo de obrar aún en Roma, en los primeros días de su Sacerdocio, y cuando a pesar de los deseos del Santo Padre y de las instancias de Monseñor Cardoni, Presidente de la Academia Eclesiástica, rehusó por sí espontáneamente un título que de justicia le tocaba y lo ponía en la carrera prelatia, yo no he podido menos que apoyar sus resoluciones de no aceptar ningún puesto que lo comprometiera de algún modo a optar por la paz de su alma, el espíritu de su vocación o el grado de mayor perfección a que aspira" (Carta de Don Pelagio al obispo de Zamora, 2 de junio de 1871).

Precisamente es el modelo apostólico del evangelio el que le ayuda a decidir para siempre ser sacerdote: "Con la elección de los Apóstoles, desaparecieron las dificultades que mi vocación encontraba" (1863). Un

atento y minucioso discernimiento sobre su vocación le llevó, pues, a esta decisión, que él atribuye a un don de Dios: "Tú me diste esta mira y deseo" (1863).

Ser santo es la decisión que aflora en todos los apuntes, como "deseo de vivir santamente entregado todo" al servicio del Señor (1863). Quiere llegar a una entrega "por completo y sin reserva", dispuesto a todo lo que el Señor le inspire (1888). Recordemos otras afirmaciones:

"Sentir en el corazón y practicar lo que predique" (1872).

"La santidad del sacerdote debe ser basada en la imitación de Jesucristo" (1877).

"Si yo practicara todo lo que enseñó, sería santo" (1878).

"Quiero ser completamente tuyo, deseo hacer en todo tu voluntad" (1888).

"Fácilmente he podido ser santo, he tenido sobrados medios para serlo. Dios se ha esmerado conmigo para que lo sea; ¡y no lo soy!" (1888).

"¿Renuncio a la esperanza de perfección? ¿me doy por perdido? No, mil veces no" (1888).

"Estoy firmemente resuelto a alcanzar la perfección cristiana y sacerdotal" (1894).

"No me consagré yo a Dios? Pues entonces no soy dueño de mí mismo, sino que soy enteramente de Dios... A Dios le he consagrado mi alma y mi cuerpo con sus potencias y sentidos, mi vida y mis bienes; pues entonces no puedo ni debo gastarlos sino en Dios, por Dios y para Dios" (1894).

Al seguimiento evangélico sacerdotal, al estilo de los apóstoles, le llama "consagración": "Me consagré a El, con los votos de pobreza, castidad y obediencia" (1869). Es la consagración que hizo ya al ordenarse sacerdote (1865), y que renovará continuamente, recordado fechas concretas: "La consagración que hace once años y siete meses hice con todo fervor" (dice en 1877).

Al hablar de los "votos", se refiere a la actitud equivalente del sacerdote, cuya vocación es la de seguir a Cristo al estilo de los Apóstoles. Por esto califica a la consagración sacerdotal con esta expresión: "Las bodas con la esposa del Cordero" (1877).

De su vivencia de esta consagración como desposorio, derivará la consagración de otras personas. Se refiere especialmente a sus Congregantes cuando dice al Señor: "Muchas almas se han consagrado a tu divino servicio y que por mil títulos son dignas de vuestro amor y bendición" (1877). Por esto, a su propia consagración de 1865 (en la ordenación), renovada en 1877, une la consagración de sus hijas espirituales: "Consagrándote de una manera especial aquellas que intentan consagrarse a tu divino servicio" (1877).

Resulta impresionante recordar la sinceridad con que repite la decisión de seguimiento evangélico:

"Tú sabes con cuánto interés y buena fe me consagré a tu divino servicio. Tú sabes que sin más interés que tu gloria y el bien del prójimo entré en el santuario" (1878).

"No tengo que escoger. Alistado estoy bajo juramento... aún estoy luchando contra la sensualidad, me armaré de valor; estaré vigilante y con el ejemplo de mi Rey, triunfaré" (1888).

"Yo sí quiero, lo deseo ardientemente seguir a Cristo" (1888).

El seguimiento evangélico, como hemos visto, lo concreta en la obediencia, castidad y pobreza, con la particularidad de adentrarse por un camino de humildad y de no buscar nunca honores y dignidades eclesiásticas. Destaca principalmente la decisión de *vivir pobremente*, con motivaciones y aplicaciones peculiares dignas de estudio. Prácticamente en todos los Ejercicios aparece este tema:

"Propongo no ambicionar riqueza, honores y distinciones... Viviré pobremente y no me quejaré de mi suerte... por imitar a Jesucristo mi Salvador... De hoy en adelante cobraré amor a la pobreza... Mis jardines, siempre han sido, el imaginarme en mi Patria, viviendo pobremente y empleando mi herencia en socorrer a los pobres... honores y riquezas no he deseado" (1863).

"Jesucristo nació dándonos ejemplo de humildad, de pobreza y de penitencia... Yo debo imitar en estas tres virtudes a mi Señor" (1872).

"Los sacerdotes tenemos a Cristo por modelo, quien desde su nacimiento hasta su muerte les hizo cruda guerra a las riquezas, abrazando la suma pobreza" (1877).

"(Jesucristo) "Desde que nació hasta que murió practicó la pobreza en sumo grado" (1894).

"Por este conocimiento de mí mismo, resolví nunca pretender ni aceptar ninguna dignidad eclesiástica; propósito que he cumplido fielmente, que ratifico y confirmo ahora en la presencia de Dios" (1894).

Al buscar *la voluntad de Dios*, por medio de las meditaciones de Ejercicios, en los apuntes personales van apareciendo las diversas situaciones de la vida. Como "imitador de Jesucristo", propone una actitud permanente de obediencia: "Recordaré esto cuando me manden cosas difíciles que me desagradan" (1894).

Su actitud de *fidelidad y obediencia* a su Prelado (el Sr. Peña y el Sr. Cázares, mientras fue párroco de Jacona) va a ser una nota característica de toda su vida. Ante la eventualidad de traslado y de perder sus obras apostólicas, escribe: "Veo que, aunque con dolor, no dejaría de obedecer" (1877). Ese fue el consejo que le dieron y que aceptó prontamente en los Ejercicios de Roma, el año 1877: "Que esté resuelto a obedecer". En carta a Don Pelagio escribe, refiriéndose al obispo Sr. Cázares:

"¿Qué cosa buena puedo yo hacer aquí sin el apoyo del Prelado? ¿Cuál de las que he hecho durará, si él no me sostiene?... No puedo creer que el Prelado me tenga mala voluntad, tanto porque él es muy bueno, como porque yo no creo haber faltado a mis deberes para con él y mi cargo. Siempre le he manifestado muchísimo amor y respeto, jamás he desobedecido a sus mandatos, y lengua me ha faltado para aplaudir sus actos; todo esto ha sido sincera y desinteresadamente".

El tema de la *castidad evangélica* queda encuadrado en el amor a Cristo: "¡Jesús mío! Tuyo soy, todo tuyo y nada más que tuyo" (1888). Es la consagración total a Dios: "Le he consagrado mi alma y mi cuerpo" (1894). Tiene también sentido de desposorio con la Iglesia (1877). De los

compromisos asumidos en la ordenación (obediencia, pobreza y castidad) afirma sin titubeos en sus escritos personales: "No los he quebrantado en materia grave" (1891).

Respecto a la castidad general, el tema aparece con frecuencia en los apuntes de Ejercicios, especialmente para poner en práctica los medios recomendados por la tradición eclesial y por los santos: "Castigar mi carne... Seré castísimo en mi cuerpo" (1869). "Oración continuada y sacrificio" (1877). "Alistado estoy bajo juramento... me armaré de valor, estaré vigilante y con el ejemplo de mi Rey, triunfaré" (1888). "Procuraré la modestia en los ojos" (1894).

E) Santificarse en relación con la actividad apostólica

La gran preocupación del P. José Antonio era la de salvar almas. Pero esta preocupación debía armonizarse, en unidad de vida, con la exigencia de cuidar de la propia santificación y de la vida interior. Consecuentemente, debía encontrar tiempo y posibilidades para poner en práctica los medios necesarios, dentro de un plan de vida.

En los apuntes personales de Ejercicios aparece frecuentemente la decisión de ser santo. Y también aflora un gran equilibrio entre su profunda vida interior y su intensa actividad apostólica. La tensión entre ambos extremos debía traducirse en unidad de vida.

La clave para no transformar esa tensión en dicotomía y angustia, consistía en buscar siempre la voluntad de Dios, a imitación de Jesús, dado totalmente a la acción apostólica y encontrando tiempo para orar. Además de los medios de santificación, comunes a todo cristiano, el P. José Antonio intentaba santificarse directamente en los propios deberes ministeriales. Como decía él: "Hasta sentir con el corazón y practicar lo que predique" (1872).

Esa clave es la pauta que abarca todos los momentos de la vida: buscar siempre la voluntad de Dios y decidirse a cumplirla con fidelidad generosa:

"Propongo tratar de conformarme en todo con la voluntad de Dios... en manos de Dios... entregarme totalmente a la voluntad de Cristo y poner los medios para hacerla... Estoy resuelto a ser ministro tuyo porque creo que ésta es tu voluntad" (1863).

"Estoy pronto a obedeceros en todo, cueste lo que costare. Manda, Señor, y serás prontamente obedecido. Habla, Señor, que tu siervo escucha" (1877).

"Pronto a escuchar la divina voz" (1878). "Deseo hacer en todo tu voluntad" (1888).

Esta actitud de autenticidad y de equilibrio en el ministerio, supone la "indiferencia" (al estilo ignaciano) de desprenderse de todo y de todos, para saber usar de todo según la voluntad de Dios:

"Procuraré despreciar las cosas de este mundo... Deseo despreciar las cosas de este mundo y negarme a mí mismo... De hoy en adelante, procuraré irme quitando el amor a las cosas de este mundo y cobraré amor a la pobreza. Procuraré no hablar bien de mí mismo y no alegrarme de que otro lo haga" (1863).

"Hacerme indiferente" (1872). "Procuraré no apegarme a persona o cosa alguna" (1883).

"El terrible padecimiento de Jacona, en el cual procuré hacerme indiferente, me atrajo los copiosísimos frutos que estoy cosechando en México... Hacerme indiferente en cuanto a mi enfermedad de corazón, y no desear otra clase de muerte, si no ésa o la que Dios me mande. Jesús, José y María" (1888).

"No usar de las criaturas sino en cuanto me ayuden para salvar mi alma, hacerme completamente indiferente a todas ellas, menos a las que me señale la voluntad de Dios" (1888).

"Debo hacerme indiferente y no buscar en todo sino la mayor gloria de Dios" (1894).

F) Una vida teologal que unifica el corazón

En los apuntes de Ejercicios palpita un corazón que vive en paz, a pesar de los contratiempos y de las propias limitaciones. Es el corazón que tiende a vivir de Dios, a la luz de la fe en su Palabra, movido por la esperanza de que todavía es posible hacer lo mejor, y decidido a amar como Cristo.

La fe aparece en un continuo sentido de Dios, que se inspira en la meditación de la Palabra evangélica y en los criterios de la Iglesia. Es la fe que vive del misterio de Cristo, que se adhiere incondicionalmente a las verdades propuestas por la Iglesia, dispuesto a dar la vida por ella.

Es la fe que se centra en la Eucaristía celebrada y adorada. Esta fe se inspira principalmente en lo que "nos enseña Jesús" (1872). Es la fe que el P. José Antonio se propone anunciar como "ministro de Cristo y de la Iglesia" (1863), porque "el sacerdote se desposa con la Iglesia" (carta de 1862). En 1888 escribe cariñosamente: "*Mi madre la Iglesia*".

Su fe se traducía en *sentido y amor de Iglesia*. Resume así su despedida del Papa Pío IX en 1865: "Santísimo Padre, hago voto y promesa de unirme a la Santa Sede en pensamiento, palabra y obra toda mi vida y protesto contra todo lo que de ella me separe. Bendiga su Santidad mis promesas, para jamás faltar a ellas y muera yo antes de quebrantarlas". Y añade: "Me separé lleno de valor... aún para sufrir el martirio en defensa de la fe y de la Santa Sede" (audiencia del 30 de septiembre de 1865). Al despedirse de Roma y celebrar la Misa sobre la tumba de San Padre, llevaba en su pecho un pliego donde había escrito una solemne profesión de fe y de adhesión a la Iglesia y al Papa.

La esperanza se apoya en el amor de Dios y en su Providencia paterna. Ya hemos resumido más arriba su confianza inquebrantable (letra C). Los Ejercicios son siempre el inicio de una nueva etapa en la que confía, con la gracia de Dios, poder entregarse más a la santidad y a la misión.

Con esta confianza en la Providencia es posible afrontar "cuantos trabajos Dios se dignare enviarme" (1869). Por esto, se reafirma en sus propósitos de todos los años, "resuelto a morir antes que a quebrantarlos" (1894). Todo se resume en su lema: "Valor y confianza" (Ejercicios y visita al monte Calvario, 1883).

Su *caridad para con Dios* tiene marcados tintes cristológicos. Se siente inundado de beneficios de creación y, especialmente, de redención, además de las gracias particulares que siempre considera inmerecidas. El amor de Cristo le ha cautivado.

Ante este cúmulo de gracias, reconociendo siempre que no ha sabido agradecer suficientemente, decide amar del todo y para siempre:

"No haré nada para agradar a los hombres, sino por amor de Dios" (1863).

"El amor exige comunicación de bienes entre los amantes. Tú me has dado todo cuanto poseo... Te amo, Señor, con todo mi corazón, con todas mis fuerzas, con toda mi alma. Quiero ser todo tuyo, verdaderamente tuyo, solo tuyo y probártelo con mis obras más que con mis palabras. Acepta mis deseos, bendice mis propósitos y consérvame en tu gracia. Amén" (1888).

Su *caridad fraterna* llega a tonos de heroísmo, no sólo por la dedicación plena a la salvación de las almas, sino también por las grandes obras de caridad (1863), por la atención a los enfermos (1869), por el amor a los enemigos (1883) y por el perdón en circunstancias difíciles (1883 y 1894).

Los propósitos a este respecto son muy concretos: "Hacer obras de caridad" (1863), "atender con caridad a los enfermos" (1883), "haré bien a mis enemigos" (1883), "reformular mi trato con los demás" (1878), "debo imitar a mi Señor Jesucristo en el perdón" (1894). En su Diario había escrito: "¡Sea pues bendita la mano que me azota! Beso la mano del Prelado que tan cruelmente me ha herido y le perdono de todo corazón" (1881). Es la actitud expresada en sus últimas palabras: "Si a alguno ofendí, le pido perdón... Y si alguno me ofendió, no tengo en mi corazón ningún resentimiento" (1898).

Este corazón que vivía de fe, esperanza y caridad, ofrecía a todos la serenidad y la paz, superando dificultades y limitaciones propias y ajenas. En esta actitud teologal llama la atención la oferta de ayuda y de hospitalidad al obispo Don José M^a Cázares, que se encontraba enfermo:

"En enero le insté mucho a V.S. Ilma. para que viviera a México, y le ofrecí muy sinceramente mi casa. Hoy con más razón le repito la oferta, lo insto, le ruego y le suplico la acepte... Si no quiere V.C. Ilma. aceptar mi casa, le buscaré una en México, donde pueda estar con toda comodidad" (Carta del 8 de agosto de 1895).

G) *Compartir la suerte de Cristo crucificado y resucitado*

El P. José Antonio es un enamorado de Cristo crucificado. En la cruz, sólo ve la epifanía de una mor infinito. El sufrimiento queda superado por el amor. Su amor apasionado por Cristo se inspira en el costado abierto, donde su madre le colocaba y del que él ya nunca más salió. Sólo a la luz de este amor apasionado se puede leer su vida martirial, en la que no hay vencedores ni vencidos, sino que sólo triunfa la fe, la esperanza y la caridad.

Desde su infancia y gracias a su cristiana madre, aprendió el camino de entrar e el corazón de Cristo, para dar sentido a la vida:

"Los coloco (mis propósitos) en la llaga de tu Santísimo Costado, lugar donde siempre me colocaba mi amada madre (q.e.p.d.) y del cual no quiero salir hasta no juntarme con ella en el cielo para amarte y bendecirte eternamente. Amén" (1888).

Al afianzarse en la decisión de ser sacerdote, había pedido la gracia de vivir un camino trazado por la sangre de Cristo:

"Te lo pido por vuestras cinco llagas sacratísimas... acercarme a ofrecer tu preciosísima sangre... y reconociendo el camino que me marcaste con tu sangre" (1863).

Su vida sacerdotal estará marcada definitivamente por la cruz: renunciaciones, enfermedades, tribulaciones, incomprensiones, calumnias... Las meditaciones de los Ejercicios sobre la pasión le ayudarán a levantar la mirada a la cruz:

"¡Oh dulce Jesús mío! no me permitas que en mí se pierda el fruto de tu preciosa sangre!" (1878).

"Más padeció Cristo por mí" (1883).

"Me afianzo en tu ensangrentada cruz y confío que ella será el áncora" (1888).

"Yo que he abrazado el sacerdocio, debo negarme a mí mismo, tomar mi cruz y seguir a Cristo" (1894).

Los *sufrimientos* de su vida quedan iluminados por la cruz. Se trata de compartir la misma vida y suerte de Cristo y de María. Así lo propone ya desde los primeros Ejercicios practicados en Roma cuando todavía era estudiante, y que renovará en Ejercicios posteriores:

"Para aliviar lo que Jesús y María sufrieron por mí en el Calvario, procuraré imitarlos y seguir su divino ejemplo... irme acostumbrando a sufrir y aún amar el desprecio y humillación... Cuando me vea enfermo, o sufra algún dolor, me acordaré del Calvario" (1863).

Una consecuencia de esta adhesión a Cristo crucificado será el espíritu y la práctica de penitencias y sacrificios, especialmente de orden espiritual. Así acompañará a Cristo en la pasión, dominará sus tendencias desordenadas y reparará los pecados del mundo:

"Los viernes, sábados, vigiliass de festividades y días de ayuno, castigaré mi paladar privándolo de alguna cosa" (1869).

"Llevar con paciencia cuantos trabajos Dios se dignare enviarme" (1869).

"Sufrir los trabajos de Jacona con paciencia y humildad, y no hablar de ellos: diciendo «sea por amor de Dios, más padeció Cristo por mí»" (1883).

Este su amor a Cristo crucificado se manifiesta en sentido martirial, ya desde los Ejercicios de seminarista en Roma, cuando meditaba la vida y pasión del Señor: "Me hizo saltar de gozo todo el día y aún ver con gusto los pensamientos de encarcelamiento, martirio" (1863).

Se nota un cierto presentimiento de martirio, probablemente bajo el influjo de la canonización de San Felipe de Jesús, mártir en Japón, a la que había asistido con gran emoción (8 de junio de 1862). En los Ejercicios de 1888, mientras construía el templo expiatorio dedicado al santo, le pide la gracia de marchar decididamente hacia la perfección de la caridad. A la corona del martirio hizo también alusión el obispo Montes de Oca en las fiestas de la consagración del templo expiatorio (1897).

La cruz es camino de resurrección. Los apuntes de Ejercicios no dejan de subrayar las meditaciones de Jesús resucitado. La vida gloriosa de Jesús se prolonga en sus seguidores: "Lo mismo nos ha de suceder a nosotros, si lo

imitamos en su pobreza, humildad, paciencia y demás virtudes en esta vida" (1863).

H) Un plan de vida realista, comprometido y perseverante

Sus propósitos de Ejercicios son un programa completo de vida espiritual, en relación con los aspectos principales de la vida apostólica. Los medios concretos que se señalan apuntan a reforzar la decisión de santificarse y de evangelizar eficazmente.

Hay que destacar la insistencia y constancia en proponer la celebración fervorosa de la Eucaristía (con preparación y acción de gracias), la meditación diaria, la visita al Santísimo Sacramento, la devoción mariana (rosario, sábados, ángelus), la confesión y dirección espiritual, el examen particular y general, la dedicación a los ministerios, los sacrificios concretos y actos penitencias, el estudio, los retiros periódicos, el descanso, etc.

Es un verdadero proyecto de vida, hecho con consulta continua a los directores de Ejercicios. Es admirable su perseverancia en los propósitos. Es también interesante observar la sintonía con lo que hoy en día propone la Iglesia a sus sacerdotes y también a la vida consagrada y laical comprometida.

Entre todos los propósitos destaca la insistencia en hacer "media hora de meditación todos los días" (1869). Llega a afirmar: "Desagraciado el día en que pase sin media hora de meditación" (1872). Argumenta su necesidad con testimonio de autores (1894), porque "sin meditación se pierde el sacerdote" (1871). Ese fue el consejo principal que recibió en Roma, cuando pidió orientación sobre su situación sacerdotal en medio de grandes contradicciones: "Que no más cuidase que no me faltare la meditación de por la mañana" (1877).

Desde los primeros Ejercicios practicados en Roma, ya habla de "establecer un cierto método de vida para no salir de él en adelante" (1863). En ese momento, no se pierde en detalles minuciosos, sino que apunta a "entregarme enteramente a la voluntad de Dios y poner los medios para hacerla" (1863).

En el arco de toda su vida, va repitiendo sus propósitos y la decisión firme de cumplirlos con la ayuda de la gracia:

"¡Divino Maestro!... Ayúdame a cumplir los propósitos" (1863).

"Propongo hacer esfuerzos siquiera para recobrar lo que he perdido" (1869).

"Establecer mi método antiguo de vida y no faltar a él" (1869).

"Hacer media hora de meditación todos los días, un cuarto de hora de lectura espiritual, examen particular y general, daré gracias un cuarto de hora, y tres horas de cilicio viernes y sábado" (1869).

"Cada año, por San Antonio, leeré y examinaré mis propósitos presentes y anteriores" (1883).

"Cada mes haré un día de retiro y me tomaré cuenta si he cumplido o no mis propósitos; el día señalado será el 13 de cada mes en honor de mi santo y como aniversario de mi Canta Misa" (1869).

"Tengo necesidad de reglamentar más mi vida" (1877).

"Leer estos propósitos por lo menos una vez al mes" (1883).

"Firme en mis propósitos y resuelto a morir antes que a quebrantarlos" (1894).

El plan completo de vida, manteniéndose en lo sustancial, tiene ciertos variantes. En algunos Ejercicios, que ya hemos resumido anteriormente, se encuentra una lista completa y numerada de estos propósitos, a veces incluso con horarios detallados. Ver especialmente los Ejercicios de 1869, 1872, 1878, 1883, 1888. En Ejercicios posteriores repite sólo la decisión de cumplir su plan (por ejemplo, en 1894).

Se valía de fechas especiales (San Antonio, aniversario de su primera Misa) para releer los propósitos y examinar su cumplimiento (1883). El día 13 de cada mes será de retiro para revisar sus propósitos (1869). El examen particular (al que es fiel desde el inicio de su vida sacerdotal) irá alternando sobre alguno de esos compromisos (1894).

Esta actitud firme de cumplir lo prometido hay que relacionarla con el *realismo* de conocerse a sí mismo y, al mismo tiempo, de *confiar en el amor de Dios*. El *amor apasionado por Cristo*, hasta seguirle radicalmente, es el que le lleva a concretar tiempos y espacios de la vida espiritual y apostólica.

I) Con María y como Ella

Hemos ido viendo, en el decurso de todos los Ejercicios Espirituales, su profunda y espontánea devoción mariana. En sus biógrafos (así como en su Diario) la devoción mariana es patente y ofrece abundantes datos para descubrir en él *un marianismo particular*. Pero las notas personales de Ejercicios hacen referencia al tema mariano de modo particular para una revisión de la propia vida. Especialmente se refiere a la anunciación, infancia de Jesús y Calvario. Subraya la humildad, pureza y pobreza de María (1863):

"Madre mía Santísima, en vuestras purísimas manos me pongo para que me hagáis fiel imitador de vuestra pureza y humildad. Amén" (1863).

A ella le confía, pues, sus propósitos y promete no dejar los actos devocionales. Los propósitos de primera Misa (1865) los irá renovando a su paso por los diferentes santuarios marianos, especialmente durante el año 1877: Belén, Nazaret, Loreto, Nuestra Señora de las Victorias (París), Lourdes, etc.

Como "ministro de la Iglesia" (1863) se adhiere a la fe y amor de la Iglesia para con María. Las devociones marianas recomendadas por la Iglesia serán las que él va a anotar como propósitos permanentes: rosario, ángelus, sábado, fiestas, mes de mayo, visitas a santuarios...

Está tan convencido de la devoción mariana que afirma: "Es indispensable para un sacerdote... un sacerdote no debe separarse de María" (1877). Por esto se dirige a ella con frecuencia en las notas de Ejercicios: "Conozco mi flaqueza, pero hallaré apoyo en María Santísima. A Ti me vuelvo, oh dulce María... obténme la suma pobreza espiritual" (1888). Sus propósitos tienen también este sabor mariano: "Aumentaré mi amor y devoción hacia Ella... le pido la gracia de guardar mis propósitos" (1894).

Su actitud mariana es de plena confianza filial: "María es mi Madre y

me ayudará a salvarme. Me entrego a tus brazos, Madre mía, sálvame" (1888); "¡Madre mía, no desampares a tu hijo Antonio!" (1894). Sus últimas palabras serán una invocación a María: "Me encomiendo a la Santísima Virgen de Guadalupe" (1898).

Esas notas de Ejercicios concuerdan con su marianismo manifestado continuamente en su Diario, y del que dan testimonio sus biógrafos. Los meses de mayo pasados en Oscott, así como el rezo frecuente del rosario durante su juventud, dejaron huella imborrable en su corazón. Al mes de mayo le llama "el mes de mi vocación al sacerdocio, el mes más lleno de recuerdos para mí" (1865). Y al terminar ese mismo año de su ordenación sacerdotal, escribe: "¡Bendita sea María, a cuya devoción debo la sin igual dicha de haber ingresado al sacerdocio!".

Los santuarios marianos jalonan las etapas principales de su vida, especialmente desde sus estudios en Roma: Genzano, Mentorella, Santa María la Mayor, Vicovoro... Después sería la Virgen de la Esperanza o de la Raíz (Jacona), el santuario de Guadalupe (para encomendar a los estudiantes enviados a Roma), Ocotlán, Zapopán... En sus peregrinaciones a Tierra Santa, recuerda con afecto los lugares marianos. En sus viajes a Europa no dejó de visitar Lourdes (1877), Loreto (1883), Nuestra Señora de las Victorias (varias veces), Fourbière (1883), Montserrat y Mercedes en Barcelona (1883). Durante su estancia en Vichy (septiembre de 1883), por razones de salud, redactó una oración mariana a la Virgen de la Esperanza, en la que expresa el sentido de su lema "valor y confianza": ... "¡Virgen piadosísima! ¡Esperanza nuestra!... humildemente postrados a tus plantas, imploramos valor y confianza para coronar nuestras obras!"

Así se explica su preocupación por ver honradas las imágenes de María, colaborando en coronación de la Virgen de la Esperanza en Jacona (1886), restaurando la antigua Colegiata guadalupana (desde 1886), colaborando en la elaboración y aprobación del texto definitivo del oficio de la Virgen en que se afirma la historicidad de las apariciones (1894). Ya Abad de Guadalupe, hizo posible la coronación pontificia de la imagen milagrosa (1895). En los "calvarios" que acompañaron todos estos esfuerzos, miró siempre a María para aprender de ella la sintonía con la voluntad de Dios.

Esa peregrinación mariana de su corazón y de su vida, queda resumida en su última invocación a la hora de su muerte: "¡Virgen de Guadalupe!"... Es el resumen de una vida que quiso ser toda de Dios: "Lo que Dios quiera". Los Ejercicios Espirituales marcaron los principales hitos de este itinerario que le unificó el corazón en la voluntad de Dios.

J) Entrega apasionada para anunciar a Cristo sin fronteras

Su deseo de salvar almas brotaba de su amor apasionado por Cristo. Quiso siempre imitarle, seguirle, aplicar los méritos de su sangre redentora a toda la humanidad. Su "misión" quería que fuera la misma de Cristo (1878). No buscaba cargos importantes ni éxitos clamorosos, sino sólo seguir el ejemplo del Señor:

"Jesús predica en todas partes... Su objeto es la conversión de las almas y la gloria de su Padre. Si yo busco en la Predicación la conversión de las almas y la gloria de Dios, y no mi propia gratificación, claro está que con igual gusto predicaré delante de uno, que de mil, del pobre y del rico, del docto y del ignorante" (1872).

Salvar almas fue ya el sueño de su juventud, cuando todavía era estudiante en Roma:

"Mi mayor complacencia ha sido el imaginarme entregado todo a tu servicio y a la salvación de las almas... imaginarme en mi Patria, viviendo pobremente y empleando mi herencia en socorrer a los pobres, predicando, dando ejercicios, catequizando y gastando en fin los días y noches en tu santo servicio; mi mayor deseo ha sido siempre, el ser digno de tu altar y padre verdadero del Pueblo que pongas en mis manos" (1863).

A veces se le plantea el dilema de si ha de disminuir la acción apostólica, para que no fuera detrimento a la vida espiritual. Pero la solución la encontró en cuidar armónicamente ambos aspectos de la vida, sin disminuir el tomo de entrega a la misión. Se puede notar incluso una cierta evolución cada vez más armónica en el modo de relacionar la vida interior con el apostolado:

"He perdido mucho... los mismos negocios del Ministerio, han sido la disculpa; pero no debían ser... He cuidado más de las almas ajenas que de la propia... El cuidado de salvar a otros, me ha de ayudar a salvarme" (1869).

"La salvación de las almas, es mi misión, mi último fin como sacerdote y párroco" (1877).

"Como sacerdote, mi fin es la gloria de Dios, el provecho del prójimo y mi propia santificación" (1878).

"Que salvándolas a ellas, salve la mía" (1894).

La misión sacerdotal es la misma de Jesús y de los Apóstoles. La alegría de ser sacerdote la cifra en ser "instrumento" de Cristo, para prolongar su misma misión:

"Cuando me vengán a la cabeza las dificultades y privaciones, que hay en el estado del Sacerdocio, recordaré que el sacerdote es un instrumento que sólo tiene vida cuanto está en manos de Dios, y de por sí, nada puede... Sus ministros sólo son instrumentos... nosotros mismos que somos sus sucesores (de los Apóstoles)... Yo deseo y estoy resuelto a ser Ministro tuyo y de tu Iglesia, porque creo que es ésta tu voluntad" (1863).

"Yo, ministro de Dios, dispensador de la palabra divina" (1872).

"¡ A mi voz Dios baja al altar!... Mis manos perdonan los pecados, tocan a Cristo, bautizan" (1877).

Las almas con el "mayor tesoro" que Cristo ha confiado a los suyos. Describiendo el celo del Señor por la salvación de las almas, añade:

"Con igual objetivo me hice yo sacerdote, y debo cumplir mi misión, siguiendo el ejemplo de mi Divino Maestro" (1894).

"Les confié (a los Apóstoles) la salvación de las almas. Mayor tesoro no podía confiarles. ¿Y a mí, cuántas almas me ha confiado? Las principales son las de las congregantes y huérfanas. ¿He trabajado mucho por salvarlas? Todos dirían que sí, pero mi conciencia me dice que no; que aún me falta mucho que hacer y perfeccionar" (1894).

Como el Señor, buscaba sólo "la gloria de Dios" (1872). La instancia por ser santo sacerdote y el gozo del ministerio invaden gran parte de los apuntes de Ejercicios. Su "consagración", que hizo con todo fervor al

ordenarse sacerdote (1865) y que fue renovando en Ejercicios posteriores, tenía como objetivo, según sus palabras: "Entregarme a la educación de la juventud" (1877). Es "consagración" que se hace vivencia de la misión.

Se siente indigno y, al mismo tiempo, profundamente amado y acompañado por Cristo. La soledad moral y la frustración no tienen lugar en su corazón. La fecundidad apostólica es posible cuando se quiere compartir el mismo camino pascual de Cristo y cuando la vida está profundamente relacionada con él, hasta "tenerlo continuamente presente delante de los ojos" (1877).

A modo de conclusión: El camino del "desierto" ha florecido en frutos espirituales y apostólicos

En una de sus visitas a Roma (1877), el P. José Antonio recibió una carta del Papa Pío IX, en la que le agradecía su visita y le animaba a continuar sus trabajos apostólicos, que el mismo Pontífice presagiaba llenos de dificultades. Las palabras del Santo Padre son proféticas, al afirmar de los numerosos "jóvenes" estudiantes enviados a Roma: "*Seguirán tus huellas, trabajando con igual ardor y fruto en la salvación de las almas*".

En las notas de Ejercicios Espirituales, el P. José Antonio deja entrever su fisonomía espiritual y apostólica de modo transparente y coherente. Cualquiera que lea hoy esas notas, con un corazón sensible al Evangelio, se da cuenta que allí se encuentra *la herencia apostólica de un gran maestro espiritual*.

Su vida está marcada con la impronta del Buen Pastor. De unos Ejercicios a otros Ejercicios, la vida queda orientada por unos hitos que están calcados en la vida de Cristo. *La consagración es para la misión*, como fiel "imitador de Cristo" (1894), según se había trazado desde el inicio de su vocación: "Entregado a tu servicio y a la salvación de las almas" (1863).

El *camino recorrido por el "desierto"* de los Ejercicios Espirituales, que jalonan toda la existencia terrena del P. José Antonio, *ha florecido y ha fructificado en una vida misionera, gastada por la caridad*. Se ha cumplido una vez más la profecía de Isaías: "El desierto y el yermo se regocijarán, florecerá el páramo y la estepa" (Is 35,1). Dios ha hecho fecundo a su fiel misionero, hablándole al corazón en el camino del *desierto*, para abrirle horizontes nuevos de una *misión* que traspasa el espacio y el tiempo.

APENDICE: Cronología de los Ejercicios Espirituales del P. José Antonio Plancarte y Labastida

... .. (hojas aparte, por transcribir mejor)